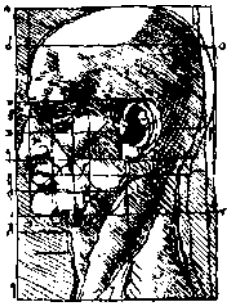
Søren **Kierkegaard**

DE UNA MUJER

Sobre el consuelo y la alegría

Edición bilingüe de
Nekane Legarreta

EDICIONES SÍGUEME



Søren Kierkegaard nació en Copenhague el año 1813. Estudió filosofía y teología. Tras la muerte de su padre en 1838, se apasionó por los problemas existenciales. Se graduó en 1841, recibiendo la licencia de pastor luterano. Dedicó su tiempo a la reflexión filosófica y a exhortar a sus contemporáneos por medio de escritos, en lo cual gastó su herencia. Murió, agotado y arruinado, el 11 de noviembre de 1854.

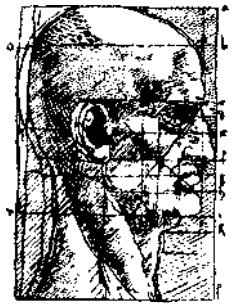
Entre sus obras cabe destacar: *O lo uno o lo otro* (1843), *Migajas filosóficas* (1844), *Postscriptum definitivo y no científico a las «Migajas filosóficas»* (1846), *Las obras del amor* (1847) y *El instante* (1855).

Nekane Legarreta Bilbao es doctora en filosofía por la Universidad Comillas (Madrid) y Licenciada en Ciencias políticas por la Liberty University, de Virginia (EE.UU.). Su trabajo doctoral lleva por título: *Método y objeto en la autoría de Kierkegaard o el arte de pescar con señuelos de pluma*. Desde 2004 se dedica a la investigación filosófica y a la traducción.

DE UNA MUJER

HERMENEIA
122

Colección dirigida por
Miguel García-Baró



SØREN KIERKEGAARD

DE UNA MUJER

SOBRE EL CONSUELO Y LA ALEGRÍA

Edición y traducción
NEKANE LEGARRETA

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2019

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Cultura y Deporte

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2019
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tel.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2034-5
Depósito legal: S. 172-2019
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

PRESENTACIÓN DE LA EDITORA 9

DISCURSO I 15
Versión original 16
Versión española 17

DISCURSO II 59
Versión original 60
Versión española 61

DISCURSO III 89
Versión original 90
Versión española 91

EPÍLOGO: *A propósito de la categoría «pena» en la obra de Kierkegaard*, por Nekane Legarreta 127

PRESENTACIÓN

NEKANE LEGARRETA

Hay muchos tópicos asociados con Søren Kierkegaard: pensador de la angustia, psicólogo de la desesperación, padre del existencialismo, filósofo irracionalista, luterano a ultranza, etc. Normalmente, la asociación de estas ideas con el autor no contribuye en absoluto a facilitar el acercamiento a un gran número de lectores. Además de estos muchos sambenitos, también ha sido cuestionada su visión de la mujer. Por ello, quizá le sorprenda al lector encontrarse ante el presente libro, con unas obras en las que la protagonista –junto con los temas del consuelo y la alegría– es una mujer.

De una mujer no trata de Kierkegaard, ni de la biografía de Kierkegaard, ni de la filosofía de Kierkegaard, ni de la teología de Kierkegaard, sino que, adentrándose en la lectura de algunos de sus escritos al hilo de una mujer, permite al lector situarse en el lugar más importante, que no es ni autor ni libro, sino su lectora o lector.

Me gustaría invitarte, por tanto, a que te introduzcas en la obra de Kierkegaard por una puerta diferente. Diferente, porque es una puerta que abre una persona como tú y como yo. Diferente, porque es una puerta que nos da a conocer a una mujer paradójicamente ejemplar, de la cual podemos aprender a recorrer el camino para recibir verdadero consuelo y alegría. Diferente, porque estas

piezas no obedecen ni al orden ni a la cronología ortodoxos de los escritos de Kierkegaard. Diferente, porque es la primera vez que estos textos se traducen a nuestra lengua y se presentan en edición bilingüe[1].

A propósito de esta invitación, permíteme, pues, exhortarte a que te liberes, en la medida de lo posible, de las preconcepciones antes mencionadas. Atrévete a ponerlas entre paréntesis para allanar el acercamiento a las obras por esta nueva puerta experimental en la que tú eres el más relevante –esto, lejos de ser idea mía, ciertamente lo he tomado prestado del mismo Kierkegaard–.

En las próximas páginas encontrarás tres breves escritos publicados por Kierkegaard bajo su propio nombre en tres años consecutivos a mediados del siglo XIX, años de madurez en su frenética actividad literaria, a pesar de su corta vida. Cada uno de ellos comprende un punto de vista sobre la misma cuestión: una prostituta que es guía y ejemplo; sí, en efecto, una mujer perdida es maestra de consuelo y alegría. Los tres escritos pertenecen al grupo de los calificados *genéricamente* como «discursos edificantes»; estos forman parte de los escritos religiosos firmados con su propio nombre y publicados por Kierkegaard junto a otras obras aparecidas bajo seudónimo desde el comienzo de su extensa producción en 1843. Digo *genéricamente* porque bajo dicho epígrafe de «discursos edificantes» se engloban diversos dis-

1. La traducción se ha realizado sobre las ediciones originales. El lector puede encontrar la edición de las obras en danés de Kierkegaard en el sitio web *Søren Kierkegaards Skrifter* (www.sks.dk). La versión digital no conserva la tipología gótica de mediados del siglo XIX. Con el objeto de facilitar la lectura, en la presente edición solo los títulos de los discursos respetan la tipología gótica original.

cursos que, aunque todos ellos sean edificantes, algunos lo son *per se*, otros lo son para ciertas ocasiones y diversos estados de espíritu, otros son discursos devocionales, otros discursos cristianos, etc.

El primero de los tres que ahora tienes en tus manos (Discurso I) es un discurso edificante *per se*, publicado de forma independiente el año 1850 con el título *La pecadora, Lucas 7, 47*. El segundo (Discurso II), *La pecadora, Lucas 7, 37ss*, data de 1849 y se publicó junto a otros dos discursos: *El sumo sacerdote, Hebreos 4, 15* y *El publicano, Lucas 18, 13*; se trata de un discurso específicamente pensado para la comunión de los viernes. Finalmente, el tercero (Discurso III), *A quien poco se le perdona poco ama, Lucas 7, 47*, vio la luz en 1851 junto con otro discurso, y también fue pensado para ser compartido en la comunión de los viernes.

Es importante destacar que, meditando sobre el mismo y único tema, cada uno de los discursos refleja un contexto, un momento puntual, un espacio/tiempo concreto, y arroja luz desde dicha posición corporal vital, generando un efecto caleidoscópico. El Discurso I, que transcurre en un ambiente festivo, en un opulento banquete, nos presenta a una mujer, la pecadora, como maestra y lo que podemos aprender de ella. El Discurso II nos sitúa en el momento previo a la comunión, alentados por la pecadora en la confesión ante el altar, que es la mesa festiva de un banquete. El Discurso III tiene lugar tras recibir la comunión, en el momento de abandonar la mesa guiados por el eco de las palabras asociadas a la pecadora; palabras que no hablan de los muchos pecados, sino del amor; palabras que no se refieren precisamente al hecho de que «poco ama», sino a que «ha amado mucho».

Alguien podría objetar inmediatamente que estos discursos, al fin y al cabo, no son sino sermones encubiertos, puesto que todos ellos se inician a partir de un fragmento de las Sagradas Escrituras (en esta ocasión Lucas 7, 47), y sospechar, por tanto, que leyendo este librito uno se expone a ser sermoneado. Pues bien, no es así; y no porque haya algo en contra de un buen sermón, de ninguna manera, sino porque en el prólogo a sus discursos Kierkegaard insiste una y otra vez en que no son sermones, sino simples discursos, precisamente porque él carece de autoridad, es decir, porque él no es quién para presentarse con autoridad bíblica ante nadie, y mucho menos para juzgar a nadie. Así pues, lectora o lector, no te sientas ni sermoneado ni prejuzgado. Simplemente acude a un banquete a hallar consuelo y alegría, a festejar. Ten presente que ni el autor ni su intención cuentan en este momento, sino una mujer, esa mujer perdida, y su lector, tú, en torno a la búsqueda del verdadero consuelo y la alegría. Tú, lectora o lector, o mejor dicho, oyente, siempre y cuando quieras aceptar la sugerencia de Kierkegaard de que los discursos sean proclamados en compañía y en voz alta.

Como anticipo, he aquí algunos de los interrogantes que se suscitarán a continuación, sin perder de vista el tema central, que consiste en que de una mujer podemos aprender el verdadero consuelo y la alegría. Sobre el verdadero consuelo: ¿qué es mejor: una seguridad fundamentada en terreno falso o una perturbadora inquietud que conduce al verdadero consuelo? Sobre la contemporaneidad con Cristo: ¿es una ventaja para creer en Él? Sobre el amor: ¿qué relación hay entre el egoísmo y el amarse a uno mismo? Sobre la interacción entre justicia y amor: ¿no alcanzan tanto la justicia como el amor el

mismo veredicto de culpabilidad o inocencia? Sobre el perdón: ¿acaso no funciona de acuerdo con un modelo meritocrático que, en última instancia, hace que un ser humano lo merezca o desmerezca? Sobre la indiferencia: ¿en qué sentido puede constituir el recto comportamiento? Sobre la impotencia: ¿cabe pensarse algún momento en el que ser incapaz de hacer absolutamente nada exprese amor? Sobre la ejemplaridad pública: ¿cómo es posible que una mujerucha que se arrastra, y además de mala vida, pueda ser un ejemplo para ilustrados, reputados, poderosos y sabios? Sobre la pena: ¿es algo que parece como si nos estorbara para el bienestar, es una enfermedad como la desesperación?

De esta última cuestión nos ocuparemos en el epílogo, pues la categoría «pena» cumple un papel central a lo largo de la obra de Kierkegaard, como elemento esencial asociado a la celebración de la vida, a la vida plena, como algo verdadero, bueno y bello.

SØREN KIERKEGAARD

DISCURSO I

En opbyggelig Tale.

af

S. Kierkegaard.

Kjøbenhavn.

Forlagt af Universitetsboghandler C. A. Reitzel.
Trykt hos Kgl. Hofbogtrykker Bianco Luno.
1850.

UN DISCURSO EDIFICANTE

de

SØREN KIERKEGAARD

Copenhague
Publicado por el Librero de la Universidad C. A. Reitzel
Impreso por el Impresor Real de la Corte Bianco Luno
1850

Mindet om afdøde
Michael Pedersen Kierkegaard,
min Fader,
helliges dette lille Skrift.

A la memoria del difunto
Michael Pedersen Kierkegaard,
mi padre,
se consagra esta pequeña obra.

FORORD

Uagtet denne lille Bog (som derfor blev kalden «Taler» ikke Prædikener, fordi dens Forfatter ikke har Myndighed til at *prædike*; «opbyggelige Taler» ikke Taler til Opbyggelse, fordi den Talende ingenlunde fordrer at være *Lærer*) kun ønsker at være, hvad den er, en Overflødighed, og kun begjerer at forblive i det Skjulte, som den blev til i Dølgsmaal, har jeg dog ikke taget Afskeed med den uden et næsten eventyrligt Haab. Forsaavidt den, ved at udgives, i uegentlig Forstand paa en Maade tiltræder en Vandring, lod jeg en liden Stund mit Øie følge den. Jeg saae da, hvorledes den gik sin Gang ad eensomme Veie eller eensom ad de alfare. Efter en og anden lille Misforstaaelse, idet den blev bedraget af en flygtig Lighed, traf den endelig hiin Enkelte, hvem jeg med Glæde og Taknemmelighed kalder *min* Læser, hiin Enkelte,

1. La expresión *individuo singular* es un modo de expresar el término tantas veces usado por Kierkegaard, «den Enkelte», que se refiere a ese individuo singular, esa lectora o lector especial, o ese oyente especial, que bien puede ser una congregación, a quien muchos de sus discursos edificantes fueron dirigidos. La categoría «den Enkelte» en la obra de Kierkegaard es muy compleja, pero baste decir ahora que está lejos de ser el individuo numérico («individ, -et»), cuya suma constituye el público o la masa; tampoco es el individuo que destaca por su singularidad del resto de individuos (por ejemplo,

PRÓLOGO

Aunque este pequeño libro (que se llama «discursos», no sermones, porque su autor no tiene autoridad para *predicar*; «discursos edificantes», no discursos para edificación, porque el hablante de ningún modo proclama ser *maestro*) desea ser solo lo que es, algo superfluo, y así como nació a escondidas solo desea permanecer oculto, no obstante, no me he despedido de él sin una esperanza casi fantástica. En tanto que al ser publicado está, en sentido figurado, iniciando un camino, dejé que mis ojos lo siguieran por un breve momento. Vi cómo se puso en marcha por rutas solitarias o caminó solitario por vías públicas. Tras una que otra equivocación por haberse dejado engañar por fugaces apariencias, finalmente dio con ese individuo singular[1], a quien con alegría y agradecimiento llamo *mi* lector, ese individuo singular a

la figura del genio), o el individuo aislado, encerrado en su subjetividad (por ejemplo, la figura del filósofo en su torre de marfil). «Den Enkelte» es la categoría que Kierkegaard toma prestada de Sócrates para expresar precisamente lo universal humano como alternativa a la categoría «género humano» o «humanidad». A lo largo de la obra de Kierkegaard, se trata de un concepto de individuo que se encamina a estar permanentemente interpelado por el otro, por el hermano, por el prójimo, así como por sí mismo; de ahí que este individuo sea susceptible de constituir una auténtica congregación humana universal. [Todas las notas a *De una mujer* son de la editora].

hvem den søger, efter hvem den ligesom udstrækker sine Arme, hiin Enkelte, der er velvillig nok til at lade sig finde, velvillig nok til at modtage den, hvad enten den i Mødets Øieblik træffer ham glad og trøstig eller «mødig og tankefuld». – Forsaavidt den derimod, ved at udgives, i egentligere Forstand forbliver i Stilhed, uden at komme af Stedet, lod jeg en liden Stund mit Øie hvile paa den. Den stod da der som en ubetydelig lille Blomst, i Skjul af den store Skov, hverken søgt formedelst sin Pragt eller sin Duft eller sin Næring. Men jeg saae da ogsaa, eller troede at see, hvorledes den Fugl, som jeg kalder *min* Læser, pludselig fik Øie paa den, kastede sig ned paa sin Vinge, plukkede den af, tog den til sig. Og da jeg havde seet dette, saae jeg ikke Mere.

Kjøbenhavn, den 5te Mai 1843.
S. K.

quien busca, a quien extiende sus brazos; ese individuo singular que es lo suficientemente benévolo para dejarse hallar, lo suficientemente benévolo para acogerlo, tanto si en el momento del encuentro se siente alegre y confiado como «cansado y pensativo». Por otra parte, en tanto que publicado, al estar pues quieto sin moverse del sitio, dejé que mis ojos descansaran en él por un momento. Allí yacía como una insignificante flor escondida en el gran bosque, buscada no por su esplendor, ni por su fragancia, ni por su valor culinario. Pero también vi, o creí ver, cómo el pájaro que yo llamo *mi* lector oteó de repente su presencia, descendió, la tomó, la portó consigo. Y una vez visto esto, ya no vi nada más.

Copenhague, 5 de mayo de 1843[2]
S.K.

2. El prólogo que Kierkegaard asigna a este discurso de 1850 es exactamente el mismo que apareció en la publicación de sus primeros discursos edificantes, *Dos discursos edificantes*, 1843.

SYNDERINDEN

Luc. VII. 37 flgg.

At en Qvinde fremstilles som Lærer, som Forbillede i Henseende til Fromhed, kan ikke forundre Nogen, der veed, at Fromhed eller Gudelighed efter sit Væsen er Qvindelighed. Skal da end «Qvinden tie i Menigheden», og forsaavidt ikke lære – nu, netop det at tie for Gud, netop det hører jo væsentligen med til den sande Gudelighed, og det maa Du altsaa kunne lære af Qvinden.

Af en Qvinde lærer Du derfor ogsaa den ydmyge Tro i Forhold til det Overordentlige, den ydmyge Tro, der ikke vantro, tvivlende spørger hvorfor? hvortil? hvorledes er dette muligt? men ydmygt troer som Maria, og siger «see, jeg er Herrens Tjenerinde» – hun *siger* det, men see, at sige det, er ret egentligen at tie. Af en Qvinde lærer Du den rette Ordets Hørelse, af Maria, der, skiøndt hun «ikke forstod de Ord, der bleve talede», dog «bevarede dem i sit Hjerte», altsaa ikke forlangte først at forstaae, men taus gjemte Ordet paa rette Sted; thi det er jo det rette Sted,

1. 1 Corintios 14, 34.
2. Literalmente en danés, servidora, «Tjenderinde».

LA PECADORA

Lucas 7, 37ss

Que una mujer sea presentada como maestra, como prototipo de la piedad, no puede sorprender a nadie que sepa que la piedad o la devoción, según su esencia, es feminidad. Aunque deba ser que «las mujeres en las asambleas callen»[1] y en esta medida no enseñen, precisamente callar ante Dios pertenece esencialmente a la verdadera devoción y, por consiguiente, deberías poder aprender esto de las mujeres.

De una mujer, por tanto, también aprendes tú la humilde fe en relación con lo extraordinario, la humilde fe que no pregunta incrédulamente, dubitativamente, ¿por qué?, ¿para qué?, ¿cómo es esto posible? Mas creer humildemente como María y decir «he aquí la esclava[2] del Señor»[3], ella lo *dice*; pero observa: decirlo es en realidad callar. De una mujer aprendes tú la recta escucha de la Palabra, de María, que a pesar de que «no comprendió las palabras que le fueron dichas», sin embargo «las conservaba meditándolas en su corazón»[4]. Por tanto, no exigió primero comprenderlas, sino que en silencio ocultó la Palabra en el lugar apropiado; pues, por supuesto, que

3. Lucas 1, 38.
4. Lucas 2, 19.

naar Ordet, den gode Sæd, «bevares i et fromt og smukt Hierte». Af en Qvinde lærer Du den stille, dybe, gudfrygtige Sorg, der tier for Gud, af Maria; thi vistnok gik der, som forudsagt var, et Sværd gjennem hendes Hjerte, men hun fortvivlede ikke, hverken over Forudsigelsen, ei heller da det skeete. Af en Qvinde lærer Du Bekymring for det ene Fornødne, af Maria, Lazari Søster, der taus sad ved Christi Fødder med sit Hjertes Valg: det ene Fornødne.

Saaledes kan Du ogsaa af en Qvinde lære den rette Sorg over sin Synd, af Synderinden, hun, hvis mange Synder længst, længst ikke bleve men vare glemte, men som selv evigt blev uforglemmelig. Hvorledes skulde det og være andet, end at man i denne Henseende maa kunne lære af en Qvinde! Thi vistnok har Manden, sammenlignet med Qvinden, mange Tanker – dersom dette ellers, især i denne Henseende, ubetinget er et Fortrin, da han saa desuden ogsaa har mange halve Tanker; og vistnok er Manden stærkere end den Svage, Qvinden, har langt flere Udveie, veed langt bedre at hjælpe sig: men da har Qvinden igjen Eet, Eet – ja, just det, at hendes Element er: Eet. Eet Ønske, ikke mange Ønsker, nei, kun eet Ønske, men saa ogsaa Sjelen heel sat ind; een Tanke, ikke mange Tanker, nei, kun een Tanke, men ved Lidenskabens Magt en uhyre Magt; een

5. Lucas 8, 15.
6. Lucas 2, 35.

es el lugar apropiado cuando la Palabra, la buena semilla, «es conservada en un piadoso y bello corazón»[5]. De una mujer aprendes tú la serena, profunda pena temerosa de Dios, que calla ante Dios: de María. Ciertamente sucedió según lo profetizado, que una espada le atravesaría el alma[6], pero no desesperó, ni de la profecía ni de su cumplimiento. De una mujer aprendes tú a preocuparte por lo único necesario, de María, la hermana de Lázaro, que en silencio se sentó a los pies de Jesús con la elección de su corazón: lo único necesario[7].

Asimismo, puedes tú aprender de una mujer la recta pena[8] del propio pecado, de la pecadora, de ella cuyos muchos pecados hace mucho, mucho tiempo, que no perduraron, sino que fueron perdonados, mientras que ella misma se volvió eternamente inolvidable. ¡Cómo podría ser de otro modo, si no que, en lo que respecta a este tema, uno pueda aprender de una mujer! Claro que, comparado con la mujer, el hombre tiene muchos pensamientos –si es que normalmente esto supone incondicionalmente una ventaja, especialmente en este sentido, ya que por añadidura también tiene muchos pensamientos a medias–. Claro que el hombre es más fuerte que la débil, la mujer; tiene muchos más recursos, sabe mucho mejor cómo ayudarse a sí mismo. Ahora bien, por el contrario, la mujer tiene una sola cosa, una –precisamente esa, es decir, su elemento es uno–. Un deseo, no muchos deseos; no, un solo deseo, pero se sigue también que su alma entera está en ello. Un pensamiento, no muchos pensamientos; no, solamente un pensamiento, pero en virtud del poder de la pasión un enorme poder. Una pena, no

7. Lucas 11, 41.42.
8. Sobre la categoría «pena», cf. el epílogo.

Sorg, ikke mange Sorger, nei, een Sorg, men saa dybt i Hiertet, at een Sorg rigtignok er uendelig meget mere end de mange; een Sorg, ja kun een Sorg, men saa ogsaa dybest inde – Sorg over sin Synd, som Synderinden. Og hvad er saa Alvor? Lad Manden i Henseende til Tanke have mere Alvor, i Henseende til Følelse, Lidenskab, Afgjørelse, i Henseende til ikke at komme sig og Afgjørelsen paa tvert ved Tanker, Forsætter, Beslutninger, i Henseende til ikke at skuffe sig selv ved at komme Afgjørelsen ganske nær, uden at det dog blev Afgjørelse, i denne Henseende har Qvinden mere Alvor; men Afgjørelse er jo just (især i gudelig Forstand, og atter, især i Forhold til Sorg over sin Synd) Alvoren.

SAA LADER OS DA AGTE PAA SYNDERINDEN OG PAA, HVAD VI AF HENDE KUNNE LÆRE.

Først kunne vi lære: at blive som hun, ligegyldige for alt Andet, i ubetinget Sorg over vore Synder, dog saaledes, at Eet er os vigtigt og ubetinget vigtigt: at finde Tilgivelse.

M. T. Bekymrede Mennesker seer man ofte nok i Livet; bekymrede Mennesker, som snart have det Ene, snart det Andet at bekymres over, stundom paa een Gang allehaande Forskjelligt; og bekymrede Mennesker, som ikke ret selv vide, hvorfor de ere bekymrede: men sjeldent allerede

muchas penas; no, una sola pena, pero tan profunda en el corazón que una sola pena es por cierto inmensamente superior a lo múltiple. Una pena, sí, solamente una pena, pero tan, tan honda: pena por su pecado, como la mujer que era, una pecadora. Entonces, ¿qué es seriedad? En lo que respecta a los pensamientos, dejemos que el hombre tenga más seriedad. En lo que respecta a los sentimientos, la pasión, la decisión; en lo que respecta a no frustrar la decisión y boicotearse a uno mismo por medio de pensamientos, intenciones, resoluciones; en lo que respecta a no engañarse a sí mismo al estar muy cerca de adoptar una decisión pero sin que llegue a serlo… en lo que respecta a todo esto, la mujer tiene más seriedad. Ahora bien, la decisión (especialmente en el sentido piadoso y, de nuevo, especialmente en relación con la pena por el pecado propio) es precisamente seriedad.

POR TANTO, PRESTEMOS ATENCIÓN A LA PECADORA Y A LO QUE PODEMOS APRENDER DE ELLA.

En primer lugar, podemos aprender a hacernos como ella, indiferentes hacia todo lo demás, con una pena incondicional por nuestros pecados, pero de manera que una sola cosa nos es importante e incondicionalmente importante: hallar el perdón.

Oyente mío, en la vida se ven muchas personas preocupadas; personas preocupadas que ahora tienen esto de que preocuparse, luego lo otro, a veces de golpe todo tipo de cosas diferentes, y personas preocupadas que no saben muy bien por qué están preocupadas. Pero es raro ver a alguien que está preocupado por una

at see En, der kun er bekymret for Eet, og saaledes ubetinget for dette Ene, at alt Andet bliver ham ubetinget ligegyldigt.

Dog dette sees, om end ikke almindeligt; jeg har seet – og Du vel ogsaa – seet Den, der blev ulykkelig i Elskov, og hvem saa Alt for stedse eller en Tid lang blev ligegyldigt; men dette var jo ikke Sorg over sin Synd. Den, hvis dristige Planer strandede alle i et Nu paa en uventet Hindring, og hvem saa Alt en Tid lang eller for stedse blev ligegyldigt; men det er ikke Sorg over sin Synd. Den, der kjæmpede med Tidens Længde og kjæmpede længe, han holdt ud, endnu holdt han ud, endnu igaar, idag udeblev Fornyelsens Liv derinde, han sank sammen, Alt blev ham ligegyldigt; men det er ikke Sorg over sin Synd. Den, hvis Væsen er Tungsind, hvorledes den Tungsindige betragter Alt fremmed og ligegyldig, hvorledes i en vis Forstand, som Luften kan være saa let, at man ikke kan aande den, Alt er ham for let, fordi hans Sind er saa tungt; men Sorg over sin Synd er dette ikke. Den, der Aar efter Aar med rædsom Livslyst dyngede Forbrydelse paa Forbrydelse, hvis meste Tid tilbragtes med at synde – indtil han stod der tilintetgjort, og Alt blev ham ligegyldigt; men sandeligen, Sorg over sin Synd var det ikke – der var Synder nok, Sorg over Synden derimod var der ikke. Der er overhovedet Eet, som er det ganske Almindelige, Du kan finde det hos Alle og hos Hver, hos Dig selv, som jeg finder det hos mig: Synd og Synder; der er Eet, der er sjeldnere: Sorg over sin Synd.

sola cosa y tan incondicionalmente por esta sola cosa que todas las demás se le vuelven incondicionalmente irrelevantes.

Y efectivamente se ve esto, pero no muy a menudo. Yo he visto –y tú seguro que también– a aquel que ha sido infeliz en el amor y para quien todo, o bien para siempre o bien para mucho tiempo, se le ha vuelto indiferente; pero esto, después de todo, no ha sido pena del propio pecado. A aquel cuyos planes más ambiciosos han naufragado debido a un obstáculo imprevisto, y para quien todo, para siempre o para mucho tiempo, se le ha vuelto indiferente; pero esto no es pena de su pecado. A aquel que luchó durante la vida y luchó por mucho tiempo, perduró y aguantó, incluso ayer y, sin embargo, hoy la renovada vida interior no llegó a darse, se derrumbó y todo se volvió indiferente para él; pero esto no es pena de su pecado. A aquel que por naturaleza es deprimido –¡vaya si el deprimido mira todo como algo ajeno y sin importancia!–, cómo en cierto sentido, así como el aire puede ser muy ligero para respirar, para él todo es demasiado ligero debido a que su mente es tan pesada; pero esto no es pena de su pecado. A aquel que, año tras año, con tremendas ganas de vivir acumula un crimen tras otro, cuyo tiempo en su mayor parte fue empleado en pecar –hasta que se paró ahí, aniquilado, y todo se volvió indiferente para él–; pero esto no era verdadera pena de su pecado; pecados había suficientes, pero no había pena de su propio pecado. En general, hay algo que es del todo común; lo puedes encontrar en todos y en cada uno, en ti tanto como yo lo encuentro en mí: pecado y pecados. Únicamente hay una cosa más extraña: pena del propio pecado.

Dog jeg har seet – og Du maaskee ogsaa – seet Den, der ubetinget kun sørgede over Eet, og over sin Synd: den fulgte ham overalt, ja eller den forfulgte ham, om Dagen og i Drømme om Natten, under Arbeidet, og naar han forgjeves søgte Hvile efter Arbeidet, i Eensomheden, og naar han forgjeves søgte Adspredelse i Selskab med Andre; den saarede ham bagfra, naar han vendte sig mod Fremtiden, og forfra, naar han vendte sig mod Fortiden, lærte ham at ønske Døden og frygte Livet, og saa om igjen, at frygte Døden og ønske Livet, saa den uden at aflive ham dog ligesom tog Livet af ham, angst for sig selv som for et Gjenfærd; den gjorde ham Alt, Alt uendelig ligegyldigt – men see, denne Sorg var Fortvivlelse. Der er over|hovedet Eet, der er det ganske Almindelige, Du kan finde det hos Alle og hos Hver, hos Dig selv, som jeg finder det hos mig: Synd og Synder; der er Eet, der er saare sjeldent: en sand Sorg over sin Synd, hvorfor det vel gjøres fornødent, at der hver Helligdag bedes i Kirkebønnen til Indgang, «at vi maatte lære at sørge over vore Synder». Vel Den, hos hvem den findes denne sande Sorg over sin Synd, saa det, at alt Andet er ham uendelig ligegyldigt, kun er det nægtende Udtryk for det Bekræftende: at Eet er ham ubetinget vigtigt; saa det, at alt Andet er ham ubetinget ligegyldigt, er en Dødssygdom, der dog er saare langtfra at være til Døden, men just er til Livet, fordi Livet er i

9. En 1848 Kierkegaard publica *Discursos cristianos*, obra dividida en cuatro partes según el tipo de discurso. La tercera presenta

Y he visto –y tú quizá también– a aquel que incondicionalmente se apenaba de una sola cosa, de su pecado. Le perseguía por todos los lados, sí, le perseguía de día y en sueños de noche, en el trabajo y cuando vanamente buscaba descanso tras el trabajo, en soledad o cuando vanamente buscaba diversión en compañía de otros; le hería por detrás[9], cuando se giraba hacia el futuro, y por delante, cuando se giraba hacia el pasado; le enseñó a desear la muerte y a temer la vida y, a la vez, a temer la muerte y a desear la vida, de manera que sin quitarle la vida, sin embargo, la vida le estaba siendo extirpada, aterrorizado de sí mismo como de un fantasma. Eso le hacía extremadamente indiferente hacia todo, absolutamente todo; pero mira, esa pena era desesperación. Por encima de todo hay una cosa que es muy común, la puedes encontrar en todos y en cada uno, en ti mismo, tal como yo la encuentro en mí mismo: pecado y más pecado. Y hay una cosa que es muy rara: una verdadera pena del propio pecado, razón por la cual cada día santo se hace necesario rogar en la oración de inicio de la misa «que aprendamos a apenarnos de nuestros pecados»[10]. Dichoso aquel que encuentra la verdadera pena de su pecado, de modo que todo lo demás le es indiferente, excepto el hecho de que (la indiferencia) es la expresión negativa de la confirmación de que hay solamente una cosa que le es incondicionalmente importante; de manera que el hecho de que todo lo demás le sea incondicionalmente indiferente es una enfermedad que está bien lejos de ser para muerte, sino que precisamente lo

los discursos que específicamente se basan en pensamientos que hieren por detrás, para edificación.

10. 2 Corintios 7, 8-10.

dette, at Eet er ham ubetinget vigtigt: at finde Tilgivelse. Vel ham; han sees saare sjeldent. Thi, m. T., det sees ofte nok i Verden, et Menneske, hvem det Uvigtige er blevet vigtigt, endnu oftere Mennesker, hvem allehaande Forskjelligt er blevet vigtigt; men sjeldent En, hvem kun Eet er vigtigt, og endnu sjeldnere En, om hvem det gjælder, at det Eneste, der er ham ubetinget vigtigt, ogsaa er i Sandhed det eneste Vigtige.

Agt derfor paa Synderinden, at Du af hende maatte lære.

Hende var alt Andet blevet ligegyldigt, hun havde ingen Bekymring uden den over sin Synd, eller enhver anden Bekymring, hun havde, var som var den ikke til, fordi hiin Sorg var hende ubetinget. Dette er, om Du saa vil, Velsignelsen, der er forbundet med kun at have een Sorg, Sorgløshed i Forhold til alt Andet, og det er Kjendetegnet paa kun at have een Sorg.

Saaledes med Synderinden. Men som det vistnok i Almindelighed gaaer til i Livet, hvor anderledes! Naar et Menneske, ikke fri – hvad jo intet Menneske er – for Synd og Skyld, tillige har andre Bekymringer, og han da er bekymret, nedbøiet, da forvexler han det maaskee, vil lade denne Nedtrykthed gjælde for Bekymring over sin Synd, som var det blot det, der forlangtes, at et Menneske skal være bekymret, istedetfor at det der fordres er, at han *skal* være bekymret over sin *Synd*, og at han

11. La enfermedad para muerte (Juan 11, 4) es la desesperación, según una obra que Kierkegaard publica el 30 de julio de 1849 bajo el pseudónimo Anti-Climacus, titulada *La enfermedad para muerte*. Por

es para vida[11], puesto que le va la vida en ello, en que una sola cosa le es incondicionalmente importante: hallar el perdón. Dichoso él, rara vez se le ve. Pues, oyente mío, en el mundo sí que se ve mucho a un hombre al que lo irrelevante se le vuelve importante, más aún, incluso, se ve a hombres para quienes todo tipo de cosas les son importantes, pero rara vez a uno para quien una sola cosa es importante. Y aún más raro es ver a uno de quien sea cierto que lo único que para él es incondicionalmente importante sea también, en verdad, lo único importante.

Presta atención, por tanto, a la pecadora, de quien has de aprender.

Para ella todo lo demás se ha vuelto indiferente. No tenía ninguna preocupación, excepto de su propio pecado; más bien, cualquier otra preocupación era como si no lo fuera, pues su pena le era incondicional. Esto es, si así lo deseas, la bendición asociada a tener una sola pena, libre de cuidado respecto de todo lo demás, y esta es la marca distintiva de tener una sola pena.

Así es con la pecadora. Pero, comparado con lo que normalmente sucede en la vida, ¡qué diferente! Cuando un hombre, no libre de pecado o culpa –y ningún hombre lo está[12]–, también tiene otras preocupaciones y, por tanto, está preocupado, abatido, entonces quizá lo confunda, haga que este abatimiento cuente como preocupación del propio pecado, como si todo lo que se exigiera fuera que una persona esté preocupada, cuando todo lo que se exige es que *ha de estar* preocupada de su propio *pecado* y que *no* ha de estar preocupado de *todo*

el contrario, con «enfermedad para vida» Kierkegaard se refiere a la pena, concretamente a la pena del propio pecado.

12. 1 Juan 1, 8.

skal *ikke være* bekymret over *Andet;* men han forvexler det, og mærker ikke, at hvis det var sin Synd han sørgede over, end sige, hvis han ene sørgede over den, vilde han mindre eller slet ikke føle de andre Bekymringer, benyttende Leiligheden til at udtrykke sand Sorg over sin Synd derved, at han bar disse andre Bekymringer lettere. Muligt forstaaer han det ikke saaledes, ønsker derimod, at han maatte fritages for sine andre Bekymringer, at han saa kunde sørge ene over sin Synd. Ak, neppe forstaaer han ganske hvad han begjerer, at saa vilde vel snarere Sagen blive ham altfor streng. Thi naar Gud i streng Straffedom vil bringe et Menneskes Synd over ham, da bærer han sig stundom saaledes ad, han siger: jeg vil fritage dette Menneske for enhver anden Bekymring, Alt skal smile om ham, Alt føie sig efter ham, Alt lykkes, hvad han rører ved – desto mindre skal det lykkes ham at glemme, desto stærkere skal han fornemme, hvad der nager. Saa den er ikke sand, den Undskyldning, der oftere høres, at man paa Grund af andre Bekymringer ikke ret kan komme til at sørge over sin Synd. Nei, «andre Bekymringer» er just Beleilighed til at udtrykke sand Sorg over sin Synd, ved at bære de andre Bekymringer lettere; og «andre Bekymringer» er ikke en Skjærpelse, men snarere en Lindring, idet der intet Raaderum bliver for Tankerne til at forvildes, men der strax er Opgave i Henseende til at udtrykke Sorg over sin Synd, ved at bære de andre Bekymringer taalmodigere, ydmygere, lettere.

Og Synderinden var alt Andet blevet ligegyldigt: alt Timeligt, Jordisk, Verdsligt, Hæder, Ære,

lo demás. Sin embargo, lo confunde y no cae en la cuenta de que si fuera su pecado aquello por lo que se apena –y, sobre todo, si se apenara solamente de ello–, menos o nada sentiría sus otras preocupaciones, y utilizaría la oportunidad para expresar verdadera pena de su pecado al soportar estas otras preocupaciones con más ligereza. Posiblemente, no lo entiende de esta manera, sino que más bien desea que se le dispense de sus otras preocupaciones, de modo que pueda apenarse solamente de su pecado. ¡Ay! Apenas entiende lo que está pidiendo, porque entonces ciertamente el asunto se le estaría poniendo sumamente riguroso. Pues cuando Dios, en riguroso juicio, llama la atención de un hombre sobre su pecado –y alguna vez así se comporta–, dice: dispensaré a este hombre de toda otra preocupación, todo le sonreirá, todo le complacerá, todo lo que toca tendrá éxito; pero tanto menos éxito tendrá en olvidar, tanto más poderosamente sentirá lo que le remuerde. Por tanto, no es verdad la excusa que a menudo se escucha, a saber, que a causa de otras preocupaciones no se puede tener recta pena del pecado propio. No, «otras preocupaciones» son precisamente lo propicio para expresar verdadera pena del propio pecado, al cargar con las otras preocupaciones de forma más ligera; y «otras preocupaciones» no son una exacerbación, sino más bien un alivio, ya que no llega a haber campo libre para que el pensamiento se extravíe, sino que de inmediato asume la tarea de expresar pena del propio pecado, al cargar con las otras preocupaciones más pacientemente, más humildemente, más ligeramente.

Y a la pecadora todo lo demás llegó a serle indiferente: todo lo temporal, terrenal, mundano, honor, gloria,

gode Dage, Fremtiden, Slægt, Venner, Menneskenes Domme; og alle Bekymringer, hvilket Navn de end kunne have, hun havde baaret dem let, næsten som et Intet, thi hende beskjeftigede i Bekymring kun Eet ubetinget: hendes Synd. Den sørgede hun over og ikke over dens Følger, Skammen, Vanæren, Ydmygelsen, nei hun forvexlede ikke Sygdommen med Lægemidlet. Ak, hvor sjeldent et Menneske, der, hvis han paa det Vilkaar kunde annamme sine Synders Tilgivelse, var villig til at lide den Straf at blive ganske aabenbar for Menneskene, śaa de kunde skue ham ind i hans Sjel, og see hver en lønlig Skyld! Ak, hvor sjeldent, at En saaledes bliver ubetinget ligegyldig; den samme Synd, for hvilken han selv fordømmer sig, og for hvilken han beder Gud om Tilgivelse, den samme Synd skjules maaskee med en Gierrigs ængsteligste Omhyggelighed, at Ingen faaer den at see.

Synderinden derimod var Alt blevet ligegyldigt: Omgivelsens Modstand, Gjestebudets Indsigelse, Pharisæernes kolde Fornemhed eller grusomme Spot – ja Stedet var jo som en uindtagelig Fæstning, befæstet just saaledes, at det maatte gjøre hendes Indtrængen umulig, hvis ikke alt Andet havde været hende ligegyldigt. Hvad maaskee ingen anden Qvinde, der ikke var sig bevidst at være en Synderinde, altsaa med mindre Fare, havde vovet, det vovede hun, hvem Alt var blevet ligegyldigt.

Og dog nei, det er ikke ganske saa, hun vovede det, fordi Eet var hende ubetinget vigtigt: at finde Tilgivelse. Og den var at finde derinde – derfor vovede hun det, det var det, der fik hende af

buenos tiempos, riqueza, futuro, familia, amigos, el juicio de la gente. Y todas las preocupaciones –cualquiera que sea el nombre que puedan tener–, ella las soportó ligeramente, como si nada, pues ella estaba atenta, incondicionalmente, a la preocupación sobre una sola cosa: su pecado. Ella tenía pena de esto y no de sus consecuencias: la vergüenza, la desgracia, la humillación; no, ella no confundió la enfermedad con el remedio. ¡Ay, cuán raro es que una persona en condiciones de recibir el perdón de sus pecados esté dispuesta a sufrir el castigo de quedar completamente expuesta ante la gente, de modo que pudieran mirar en su alma y ver cada culpa secreta! ¡Ay, cuán raro que alguien así llegue a ser incondicionalmente indiferente! El mismo pecado por el cual se ha condenado a sí mismo y por el cual ruega a Dios el perdón, el mismo pecado está quizá oculto con la extremadamente ansiosa escrupulosidad de un avaro para que nadie lo pueda ver.

A la pecadora, por el contrario, todo llegó a serle indiferente: la oposición de su entorno, las objeciones del festín, la fría superioridad y cruel mofa de los fariseos. Sí, el lugar era como un fuerte inquebrantable, fortificado de tal modo que habría de hacer imposible su entrada, a no ser que todo se le hubiera vuelto indiferente. Lo que quizá ninguna otra mujer, no consciente de ser pecadora y, por tanto, con menos peligro, se habría atrevido a hacer, se atrevió ella, a quien todo lo demás se le había vuelto indiferente.

Y, sin embargo, no, no es exactamente el caso. Ella se atrevió porque una sola cosa le era incondicionalmente importante: hallar perdón. Y era allí donde lo iba a encontrar. Por eso se atrevió, fue eso lo que la movió de

Stedet og drev hende fremad; men det, at alt Andet var blevet hende ligegyldigt, det var det, som gjorde, at hun selv neppe mærkede Modstanden. «Det er Fortvivlelsens Mod», vil Du sige. Ja, men sandeligen, hun er langt fra at være en Fortvivlet, eller var Den en Fortvivlet, hvem Eet er ubetinget vigtigt, naar dette Ene er det ubetinget Vigtige! Hun har Fortvivlelsens Kræfter. Det er dem, der gjøre hende ligegyldig for Alt og stærkere end al Omgivelsens Modstand, stærk, saa hun ikke segner under Skammen, ikke flyer Spotten; men hun, der har disse Kræfter, hun er ikke fortvivlet, hun er troende. Og saaledes træder hun ind ligegyldig for alt Andet. Dog vækker den ingen Opsigt, ingen Larm denne hendes ubetingede Ligegyldighed, thi hun er en Troende, og derfor saa stille, beskeden, ydmyg, saa ubemærkelig i sin uendelige Ligegyldighed for Alt, at hun ikke tildrager sig nogen Opmærksomhed ved sin Indtræden. Det var jo heller ikke hende end det Mindste vigtigt, at udtrykke sin Ligegyldighed for Alt; men Eet var hende uendelig vigtigt: at finde Tilgivelse. Dog, havde dette Ene ikke i den Grad været hende vigtigt, at alt Andet ubetinget havde været hende ligegyldigt, saa havde hun ikke fundet Veien ind i hiin Pharisæers Huus – hvor hun saa fandt Tilgivelsen.

Dernæst kan Du af Synderinden lære, hvad hun forstod, at hun i Henseende til at finde Tilgivelse slet Intet formaaer selv at gjøre.

Skulle vi betegne hendes hele Adfærd fra først til sidst, maae vi sige: hun gjør slet Intet.

su lugar y la empujó hacia adelante. Pero que todo lo demás se le hubiera vuelto indiferente, eso fue lo que hizo que apenas notara la oposición. «Este es el coraje de la desesperación», dirás. Sí, pero en verdad ella está bien lejos de estar desesperada, o ¡sería un desesperado aquel para quien solo una cosa es incondicionalmente importante, cuando esta cosa es incondicionalmente la más importante! Ella tiene la fuerza de la desesperación. Es esto lo que la hace indiferente a todo y más fuerte que la oposición del entorno; fuerte, de modo que no se rinde ante la vergüenza, no huye de la mofa; pero ella, la que tiene esta fuerza, no es una desesperada, ella es creyente. Y así, entra indiferente a todo lo demás. Pero esta su incondicional indiferencia no despierta ninguna sensación, ningún tumulto, pues ella es una creyente y, por tanto, tan serena, modesta, humilde, tan desapercibida en su infinita indiferencia a todo, que no atrae ninguna atención al entrar. Tampoco le importaba lo más mínimo tener que expresar su infinita indiferencia a todo. Solamente una cosa le era infinitamente importante: hallar perdón. Ahora bien, si esta única cosa no hubiera sido tan importante como para que todo lo demás le fuera incondicionalmente indiferente, no habría encontrado el camino de entrada a la casa de este fariseo, el lugar donde ella halló el perdón.

A continuación puedes aprender de la pecadora algo que ella comprendió: que, a la hora de hallar el perdón, por sí misma era absolutamente incapaz de nada.

Si tuviéramos que describir todo su proceder desde el comienzo hasta el final, deberíamos decir: ella no hizo absolutamente nada.

Hun ventede ikke med at gaae til hiint Huus, hvor hun vilde finde Frelseren og Frelsen, hun ventede ikke, til hun følte sig værdig. Nei, saa var hun længe blevet borte, maaskee aldrig kommet derhen eller derind; hun beslutter at gaae strax, i sin Uværdighed, just Følelsen af Uværdighed driver hende, altsaa er Beslutningen at gaae strax – saaledes gjør hun selv Intet, eller hun forstaaer, at hun selv Intet formaaer at gjøre; kan dette udtrykkes stærkere, end naar just Følelsen af Uværdighed er det, der bestemmer hende!

Saa forbereder hun sig til at gaae – dog ikke paa hvad hun vil sige eller andet Saadant, o nei, hun kjøber en Alabaster-Krukke med Salve, for at tage med sig. Saaledes efterkommer hun Skriftens Ord: «naar Du faster, da salv Dit Hoved og to Dit Ansigt, at ikke Menneskene skulle see Dig faste, men Din Fader, som er i Løndom». Festlig gaaer hun da til Gjestebudet – sandeligen, hvo skulde have gjettet, hvilket hendes Ærinde var, eller hvad hendes Indtræden i hiint Huus betydede hende! Dog hun forstaaer ganske, at hun selv Intet formaaer at gjøre. Istedetfor maaskee at hengive sig til Selvplagelse, som blev hun derved Gud velbehageligere, og kom hun derved Gud nærmere, istedetderfor *ødsler* hun – ja, det var Judas's Mening – hun ødsler *letsindigt* – ja, det er Selvplagerens Mening – hun ødsler paa, hvad der jordisk forholder sig til Festlighed, hun medtager en Alabaster-Krukke med Salve, festlig svarende til Gjestebudet.

13. Mateo 6, 17-19.

Ella no esperó a ir a esta casa, donde encontraría al Salvador y la salvación; no esperó a sentirse digna. No, entonces hubiera estado alejada por mucho tiempo, quizá nunca hubiera ido o entrado. Ella decide ir inmediatamente, en su indignidad, y es precisamente su sentido de indignidad lo que la impulsa. De ahí que la resolución sea ir ya y, de este modo, ella no hace nada, o ella comprende que por sí misma es incapaz de nada. ¡Se puede expresar esto con más fuerza, cuando es precisamente el sentido de indignidad lo que es determinante en ella!

Así pues, se prepara para ir. Pero no se preocupa de qué es lo que dirá ni de otras cosas por el estilo. ¡No! Compra un tarro de alabastro con perfume, para traerlo consigo. Así cumple con la palabra de las Escrituras: «Cuando ayunes perfuma tu cabeza y limpia tu rostro, para que nadie vea que estás ayunando, solo tu Padre que está en lo secreto»[13]. Se dirige entonces alegremente al festín. Ciertamente, ¡quién hubiera adivinado cuál era su recado, o lo que su entrada en esa casa significaba para ella! Sin embargo, comprende absolutamente que por sí misma es incapaz de nada. En lugar de entregarse al autotormento (como si así se pudiera hacer más agradable a Dios o se acercara por ello más a Dios), se dedica a *despilfarrar* (sí, esa fue la opinión de Judas)[14], despilfarra *frívolamente* (sí, esta es la opinión del que se autoatormenta); despilfarra en lo que, terrenalmente, es propio de un festejo: lleva consigo un tarro de alabastro con perfume, algo muy apropiado para el festín.

14. Juan 12, 4-6.

Hun træder ind. Hun forstaaer ganske, at hun selv Intet formaaer at gjøre. Hun hengiver sig derfor ikke til Selvanklagens Lidenskab i Udtryk, som bragte dette hende Frelsen nærmere, eller som gjorde dette hende Gud velbehageligere; hun overdriver ikke, sandeligen, det skal Ingen kunne beskylde hende for. Nei, hun gjør slet Intet, hun tier – hun græder.

Hun græder. Maaskee vil En sige: saa gjorde hun dog Noget. Nu ja, hun kunde ikke holde Taarerne tilbage. Dog var den Tanke faldet hende ind, at disse Taarer skulde være selv at gjøre Noget, saa havde hun ogsaa kunnet holde dem tilbage.

Altsaa hun græder. Hun har sat sig ved Christi Fødder, der sidder hun grædende. Dog lad os ikke glemme Festligheden, som hun ikke glemte den, just fordi hun ganske forstod, at hun i Henseende til at finde Tilgivelse selv slet Intet formaaer at gjøre; lad os ikke glemme Festligheden – og Salven, hun har taget med. Hun glemmer det ikke, det forstaaer hun ret egentligen som sin Gjerning: hun salver Christi Fødder med Salve, aftørrer dem med sit Hovedhaar, græder.

Kan Du, hvis Du ellers ikke veed det, gjette, hvad dette Billede betyder? Ja, da hun Intet siger, er det jo i en vis Forstand umuligt; og det løber jo som i Eet for hende, dette at salve hans Fødder, hvilket svarer til Festligheden, og det at græde, hvilket svarer til noget ganske Andet. Dog hvad det betyder, det vedkommer jo heller ikke Andre end hende, som ganske forstaaer, at hun slet Intet selv formaaer i Henseende til at finde Tilgivelse, og ham, om hvem hun ganske forstaaer, at han ubetinget formaaer Alt.

Entra. Comprende absolutamente que, por sí misma, es incapaz de nada. Por tanto, no se entrega a expresiones pasionales de autoacusación, como si ello la llevara más cerca de la salvación, o como si así resultara más agradable a Dios. Ella no exagera; verdaderamente, nadie la podría acusar de eso. No, ella no hace absolutamente nada, ella calla, ella llora.

Ella llora. Tal vez alguien diga: Pues entonces sí que hizo algo. Vale, sí, ella no pudo contener sus lágrimas. Pero si se le hubiera ocurrido que estas mismas lágrimas podrían hacer algo, entonces también las habría podido contener.

Así pues, llora. Se ha sentado a los pies de Cristo, y ahí yace llorando. Pero no olvidemos lo festivo –como tampoco ella lo olvidó–, precisamente porque comprendió plenamente que, para encontrar el perdón, por sí misma no era capaz, absolutamente, de nada. No olvidemos lo festivo ni el perfume que trajo consigo. Ella no lo olvida, entiende que precisamente allí está su cometido: unge los pies de Cristo con perfume, los seca con su cabello, llora.

¿Puedes, a no ser que lo sepas, adivinar qué significa esta imagen? Bueno, como ella no dice nada, está claro que en un sentido es imposible; y para ella todo confluye: este ungir de sus pies, que se corresponde con lo festivo, y el llorar, que se corresponde con algo totalmente distinto. Pero lo que esto significa no le concierne a nadie más que a ella –que comprende del todo que por sí misma es incapaz de absolutamente nada respecto a hallar perdón– y a Él –de quien ella comprende plenamente que es incondicionalmente capaz de todo–.

Saa hører hun ham tale med de ved Gjestebudet Tilstedeværende. Hun forstaaer heel vel, at han taler om hende, da han taler om, at der er Forskjel paa Skyldnere, at Een er de femhundrede Penninge skyldig, en Anden de halvtredsindstyve, men at det saa ogsaa er billigt, naar begge finde Tilgivelse, at den Første elsker mere end den Sidste. Det forstaaer hun nok, hvorledes, ak, det Ene, og hvorledes, Gud være lovet, ogsaa det Andet, passer paa hende. Men hun forstaaer tillige ganske, at hun selv Intet formaaer at gjøre. Hun blander sig derfor ikke i Samtalen, hun tier, holder ogsaa Øinene hos sig selv eller ved sin Gjerning, som hun passer, hun salver hans Fødder, aftørrer dem med sit Hovedhaar, græder. O, mægtige og sande Udtryk for: Intet at gjøre, saaledes at være som Fraværende, skjøndt Nærværende, ja skjøndt den Nærværende, om hvem Talen er.

Saa hører hun ham sige: «hende ere hendes mange Synder forladne»... det hører hun; han siger endnu mere, han tilføier: «*fordi* hun elskede meget». Jeg antager, at Dette har hun ikke engang hørt, det vilde maaskee have forstyrret hende, at der var et «fordi», og som henførtes til hende, maaskee vilde det ogsaa have ængstet Kjerligheden, at den saaledes prisedes. Derfor antager jeg, at hun ikke har hørt det, eller maaskee har hun hørt det, men hørt feil, saa hun har troet, han sagde: fordi han elskede meget, saa altsaa Talen var om hans uendelige Kjerlighed, at *fordi* den var saa uendelig, derfor bleve hende hendes mange Synder forladne, hvilket hun saa ypperligt kunde forstaae, det var jo, som kunde hun selv sagt det.

Entonces ella le escucha hablar con los presentes en el festín. Sabe muy bien que Él habla de ella cuando menciona la diferencia que había entre dos deudores, uno que debía quinientos denarios y el otro doscientos cincuenta, pero que también es razonable, cuando ambos hallan perdón, que el primero ame más que el último[15]. Ella entiende bien cómo –¡ay!– el primero y cómo –¡alabado sea Dios!– también el otro velan por ella. Pero lo que ella percibe por completo es que es incapaz de nada. Por tanto, no participa en la conversación. Calla y mantiene sus ojos dirigidos hacia sí o hacia su cometido, en el que se esmera: lava los pies, los seca con sus cabellos, llora. ¡Oh, poderosa y verdadera expresión de no estar haciendo nada, de estar así de ausente aunque presente, sí, la presente en torno a la cual gira la conversación!

Entonces le escucha decir: «Sus muchos pecados le son perdonados...»; esto es lo que escucha ella. Él dice aún algo más, añade: «porque ella ha amado mucho». Asumo que esto no lo escuchó ella, a quien quizá le hubiera perturbado el hecho de mencionar un «porqué» referido a ella, a quien quizá también le hubiera inquietado el amor que así estaba alabando. Por tanto, asumo que no lo oyó, o quizá lo oyó pero lo escuchó mal (según lo que ella creyó) y creyó que dijo: porque Él ha amado mucho, y por tanto la historia era sobre el amor infinito de Él, de *por qué* era tan infinito, gracias a lo cual sus muchos pecados (los suyos) le habían sido perdonados, cosa que ella podía entender perfectamente, pues sonaba como algo que ella misma hubiera dicho.

15. Lucas 7, 41-43.

Saa gaaer hun hjem igjen – en stum Person i dette hele Optrin. Hvo skulde gjette, hvad denne Gang har betydet hende, denne Gang, da hun gik derhen med Synden og Sorgen, og da hun gik derfra med Tilgivelsen og Glæden.

Altsaa hvad gjør da denne Qvinde, af hvem vi skulle lære? Svar: Intet, hun gjør slet Intet; hun øver den høie, sjeldne, yderst vanskelige, ægte qvindelige Kunst: at gjøre slet Intet, eller at forstaae, at man i Henseende til at finde Tilgivelse Intet formaaer at gjøre selv. «Hvor let!» ja, hvis ikke just Letheden var Vanskeligheden. Sandeligen, er Den, der overvinder sig selv, større end Den, der indtager en Stad: større end Den, der sætter Alt i Bevægelse, for dog selv at gjøre Noget, er i Forholdet til Gud og i Forhold til at annamme sine Synders Tilgivelse, Den, der kan blive ganske stille, for gudfrygtigt at lade Gud gjøre Alt, ganske forstaaende, at han i denne Henseende selv formaaer slet Intet at gjøre, at Alt, Alt, hvad et Menneske selv formaaer at gjøre, og var det end det Herligste, det meest Forbausende, dog i denne Henseende uendelig er Intet, er – hvis det ellers var noget, menneskelig talt, virkelig Godt, og ikke det svigefulde Hjertes sørgelige Selvbedrag – saa langt fra at bidrage end det Mindste til i fjerneste Maade at erhverve ham Syndernes Forladelse, at det meget mere bringer ham i en ny, en | ny Taknemmelighedens Gjeld til den uendelige Naade, der ovenikjøbet lod dette lykkes for ham. Nei – o, sørgelige Forvildelse, eller frygtelige Formastelse, om et Menneske end i fjerneste Maade kunde falde paa Sligt! – nei, i

Regresa a casa –un personaje silencioso en toda esta escena–. ¿Quién pudiera adivinar lo que este paso significó para ella? Este paso de ir allí con pecado y pena, y regresar con perdón y alegría.

Por tanto, ¿qué hace esta mujer de la cual hemos de aprender? Respuesta: nada, no hace absolutamente nada; practica el sublime, raro, extremadamente difícil y genuino arte femenino: no hacer nada, o comprender que para hallar perdón uno mismo no puede hacer nada. «¡Qué fácil!», sí, si la facilidad no fuera precisamente la dificultad. Qué verdad es que el que se conquista a sí mismo es más grande que el que captura una ciudad[16]; más grande que el que lo pone todo en movimiento, para al menos hacer algo, es aquel que en relación con Dios y respecto a recibir el perdón de sus pecados puede llegar a quedarse completamente sereno para, devotamente, dejar que Dios haga todo. Aquel que entiende completamente que, a este respecto, es incapaz de hacer nada, y que todo, todo lo que una persona es capaz de hacer por sí misma, aunque sea lo más glorioso, lo más sorprendente, sigue siendo a este respecto infinitamente nada. Está –si en otro sentido, humanamente hablando, fue algo realmente bueno y no un deplorable autoengaño del pérfido corazón– tan remotamente lejos de contribuir ni en lo más mínimo a recibir el perdón de los pecados que lo sitúa aún más en una nueva deuda, una deuda de gratitud por la infinita gracia que permitió que este logro fuera para él. No. ¡Ay, deplorable aberración o terrible presunción que a un ser humano pueda ocurrírsele esa idea ni remotamente! No, en relación con obtener el per-

16. Proverbios 16, 32.

Henseende til at erhverve Syndernes Tilgivelse, eller, *for* Gud formaaer et Menneske slet Intet; hvor skulde det ogsaa være muligt, da jo et Menneske selv i Forhold til det Mindste, han menneskelig talt formaaer, Intet formaaer, uden *ved* Gud!

Endeligen lære vi af Synderinden – vel ikke ligefrem af hende, men ved at betænke vort Vilkaar, sammenlignet med hendes – *at vi have een Trøst, som hun ikke havde.*

Maaskee vilde Nogen sige: ja hun havde let ved at troe sine Synders Tilgivelse, hun hørte det jo af Christi egen Mund; hvad der gjennem de mange Aarhundreder er erfaret af Tusinde og atter Tusinde, hvad der gjennem de mange Slægter som Erfaring blev overleveret fra Slægt til Slægt «at eet Ord af *ham* helbreder for Evigheder» – hvorledes maa hun ikke have fornummet og sandet dette, hun, som hørte det helbredende Ord af hans egen Mund!

Der hersker vistnok paa dette Punkt en almindeligere Misforstaaelse, at man, bedraget af sin Indbildning, ikke ret gjør sig Sagen nærværende, og derfor glemmer, at just Samtidigheden med Christus i een Forstand gjør det at troe allervanskeligst. Men det forstaaer sig, Den som saa, trods alle Vanskeligheder og Farer, virkelig troede, for ham var saa ogsaa eet Fortrin fremfor enhver Senere, at høre Ordet af Christi egen Mund, ikke som

17. Sobre la contemporaneidad con Cristo, Kierkegaard tiene varios textos, publicados tanto bajo su nombre como con pseudónimos. Cf., por ejemplo, *Ejercitación del Cristianismo* de Anti-Climacus y *Migajas filosóficas* de Johannes Climacus.

dón de los pecados, o *ante* Dios, un hombre es incapaz de absolutamente nada. Cómo podría ser posible si, en todo caso, incluso con respecto a lo más mínimo de lo que alguien es capaz humanamente hablando, es incapaz de ello si no es *mediante* Dios.

Finalmente, aprendemos de la pecadora –bueno, no directamente de ella, sino al considerar nuestra situación comparada con la de ella– *que tenemos un consuelo que ella no tuvo.*

Quizá alguien diga: sí, para ella fue fácil creer en el perdón de sus pecados, ella lo escuchó de la boca del mismísimo Cristo. Lo que durante muchos siglos han experimentado miles y miles, lo que durante las muchas generaciones ha sido transmitido como experiencia de generación en generación, «que una palabra de Él sana por toda la eternidad», ¡cómo no lo habrá ella percibido y sentido; ella, que escuchó estas palabras sanadoras de su mismísima boca!

Ciertamente, hay en este punto un malentendido bastante común, de manera que, engañado por la propia imaginación, uno no tiene este asunto presente correctamente y, por tanto, olvida que en un sentido la contemporaneidad con Cristo es precisamente lo que hace que creer sea lo más difícil de todo[17]. Pero se entiende que el que, a pesar de todas las dificultades y peligros, creyó realmente, para él hubo también una ventaja sobre cualquier otro, la de escuchar la palabra de la boca del mismísimo Cristo,

vi at læse det, og læse i Almindelighed om, at der i Christo er Syndernes Forladelse, men høre det sagt til sig selv af Christus, saa der da umuligt kan være Tvivl om, at det er mig, der er meent, at med mig er det i sin Rigtighed, at jeg har mine Synders naadefulde Forladelse, saalidet som der kan være Tvivl om, at det er Christi Ord.

Men saa har Sagen igjen en anden Side. Der er en Trøst, som medens Christus levede, endnu ikke var blevet til, som han altsaa ikke selv kunde tilbyde Nogen: Trøsten af hans Død som Forsoningen, som Pantet paa, at Synderne ere forladte. I levende Live er Christus for den med ham Samtidige fortrinsviis Forbilledet, om han end er Frelseren, og om end hans Liv er Lidelse, saa han end i levende Live kan siges at bære Verdens Synder; men det Fremtrædende er, han er Forbilledet. Og da Christendommen ikke er saadan en Lære, den samme hvo end Forkynderen er, men er i Forhold til hvo Forkynderen er, i Forhold til hvor sandt Forkynderens Liv udtrykker Læren: saa viste det sig derfor ogsaa, at naar Christus forkynder Christendom og som Forbilledet, da kan intet Menneske heelt holde ud med ham, de falde fra, selv Apostlene.

Men saa døer han. Og hans Død forandrer uendelig Alt. Ikke som afskaffede hans Død Betydningen af, at han tillige er Forbilledet, nei, men hans Død bliver den uendelige Trøst, det uendelige Forskud, at den Stræbende kommer til at begynde med, at der uendelig er gjort Fyldest, at den Tvivlende, den Forsagende bydes det høi-

no como cuando la leemos –y normalmente leemos que existe el perdón de los pecados en Cristo–, sino que ha escuchado decírselo al mismísimo Cristo. Así pues, no puede haber duda de que soy yo al que se refiere, de que es verdad que yo he recibido el misericordioso perdón de mis pecados; no puede haber tampoco duda de que es palabra de Cristo.

Sin embargo, esta cuestión tiene otra dimensión. Hay un consuelo que, mientras Cristo vivía, no había llegado a existir y que, por tanto, no se lo podía ofrecer a nadie: el consuelo de su muerte como redención, como garantía de que los pecados son perdonados. Durante su vida de viviente, Cristo es para sus contemporáneos principalmente el prototipo, aunque fuera el Salvador y aunque su vida fuera sufrimiento, de modo que en su vida de viviente puede decir que cargó con los pecados del mundo; pero lo relevante es que Él es el prototipo. Desde entonces, el Cristianismo no es como una doctrina que es la misma independientemente del que la proclama, sino que está relacionado con quien lo proclama, relacionado con cuán verdaderamente la vida del que lo proclama expresa la doctrina, de manera que así también quedó manifiesto que cuando Cristo proclama el Cristianismo y como prototipo, no hay ser humano que pueda resistirlo del todo; todos se alejan, incluso los apóstoles.

Pero entonces muere. Y su muerte lo cambia todo infinitamente. No es como si su muerte aboliera la importancia de que también es el prototipo, no, pero su muerte pasa a ser el consuelo infinito, el infinito anticipo, que hace que el que se esfuerza llegue a comenzar, que infinitamente resulta satisfactorio, que al dubitativo, al descorazonado le es ofrecida la suprema garantía

este Pant – umuligt at udfinde noget tilforladeligere! – at Christus er død for at frelse ham, at Christi Død er Forsoningen, er Fyldestgjørelsen. Denne Trøst havde Synderinden ikke. Hun hørte det af hans egen Mund, at hendes mange Synder vare hende forladte, det er sandt; men hun havde ikke hans Død at trøste sig ved, som den Senere har det. Tænkte Du Dig Synderinden i et senere Øieblik anfægtet tvivle, om nu virkelig ogsaa hendes mange Synder vare hende forladte, da vilde hun, forsaavidt hun ikke atter umiddelbart kunde høre det af Christus selv, finde Hvile i ligesom at høre Christus sige: tro det dog, Du har jo hørt det af min egen Mund. Den derimod, som lever mange Aarhundreder efter Christus, naar han anfægtes af den Tvivl, om hans Synder ogsaa ere ham forladte, han vil jo finde Trøst i ligesom at høre Christus sige til ham: tro det dog, jeg har ladet mit Liv for at forhverve Dig Dine Synders Forladelse, saa tro det dog, en større Forvisning er umulig. Til den Medlevende kan Christus kun sige: jeg vil hengive mig selv som et Offer for Verdens Synd, ogsaa for Din. Er dette nu lettere at troe, end naar han har gjort det, har hengivet sig, eller er Trøsten større af, at han siger, han vil gjøre det, end af, at han har gjort det? Ingen Kjerlighed er større end denne, at En sætter sit Liv til for en Anden; men naar er det lettest at troe, og naar Trøsten deraf størst, enten naar den Kjerlige siger: jeg vil gjøre det – eller naar han

18. El término «i ligesom» se puede traducir por «como», «semejante», «lo mismo que», pero aquí se ha optado por «con», según la cita bíblica de Colosenses 3, 1: «Ya que han resucitado con

–¡imposible encontrar nada más seguro!– de que Cristo ha muerto para salvarle, de que la muerte de Cristo es la redención, es el cumplimiento. Este consuelo no lo tuvo la pecadora. Ella escuchó de su propia boca que sus muchos pecados le fueron perdonados, eso es verdad; pero no contaba con su muerte para su consuelo, con la cual sí cuentan los que vienen después. Si te imaginas que a la pecadora, en un instante posterior, le entrara la duda sobre si realmente sus muchos pecados le eran ahora también perdonados, entonces, como no podría volver a oírlo directamente del mismo Cristo, encontraría reposo con[18] escuchar a Cristo decirle: simplemente créelo, después de todo lo has oído de mi propia boca. Por otro lado, el que vive muchos siglos después de Cristo, cuando le entra la duda sobre si sus pecados también le son perdonados, desde luego que encontrará igualmente consuelo con escuchar a Cristo decirle: simplemente créelo, he entregado mi vida con el fin de obtener para ti el perdón de tus pecados; así pues, simplemente créelo, es imposible una garantía mayor. Al contemporáneo, Cristo solamente le puede decir: Yo me entregaré como sacrificio por los pecados del mundo, también por los tuyos. ¿Es esto más fácil de creer ahora que cuando lo hizo, cuando se ofreció? ¿O es el consuelo mayor por decir que lo va a hacer que por haberlo hecho? No hay amor más grande que este, que uno entregue su vida por otro[19]; pero ¿cuándo es más fácil creer? ¿Y cuándo es mayor el consuelo recibido, cuando el que ama dice que

Cristo…»; en danés este verso dice: «Nu, hvor *i ligesom* Kristus er blevet oprejst til et nyt liv…».

19. Juan 15, 13.

har gjort det? Nei, først naar han har gjort det, først da er Tvivlen gjort saa umulig, saa umulig som det er muligt; og først naar Christus er offret som Forsoningens Offer, først da er den Trøst blevet til, der gjør det at tvivle om sine Synders Forladelse saa umuligt – ja, saa umuligt, som det er muligt; thi den er kun for Troen denne Trøst.

lo va a hacer o cuando lo ha hecho? No, no es hasta que lo hace cuando por primera vez la duda es tan imposible, tan imposible como es posible; y no es hasta que Cristo se ofrece como sacrificio para la redención cuando llega a existir el consuelo que hace que dudar del perdón de sus pecados sea tan imposible –sí, tan imposible, como es posible–, pues este consuelo es solamente para la fe.

DISCURSO II

"Øverstepræsten" — "Tolderen" — "Synderinden",

tre Taler

ved Altergangen om Fredagen.

Af

S. Kierkegaard.

Kjøbenhavn.

Forlagt af Universitetsboghandler C. A. Reitzel.

Trykt hos Kgl. Hofbogtrykker Bianco Luno.

1849.

«EL SUMO SACERDOTE» «EL PUBLICANO» «LA PECADORA»

TRES DISCURSOS

PARA LA COMUNIÓN DE LOS VIERNES

de

SØREN KIERKEGAARD

Copenhague

Publicado por el Librero de la Universidad C. A. Reitzel

Impreso por el Impresor Real de la Corte Bianco Luno

1849

FORORD

«Hiin Enkelte, hvem jeg med Glæde og Taknemlighed kalder *min* Læser», modtage Gaven. Vistnok er det at give saligere end det at modtage; men er dette saa, er jo just den Givende i een Forstand den Trængende, trængende til den Salighed at give; og naar saa er, er jo Dens Velgjerning den største, Dens, der modtager – og saa er det jo dog saligere at modtage end at give.

Han modtage den! Hvad jeg første Gang, da jeg udsendte den lille Bog, der (jvf. To opbyggelige Taler 1843 Forordet) blev sammenlignet, og ogsaa bedst kunde sammenlignes med «en ubetydelig lille Blomst, i Skjul af den store Skov», hvad jeg den Gang troede at see, det seer jeg atter «hvorledes hiin Fugl, som jeg kalder *min* Læser, pludselig faaer Øie paa den, kaster sig ned paa sin Vinge, plukker den af og tager den til sig»; eller, fra den anden Side og i et andet Billede, jeg seer atter hvad jeg den Gang saae, hvorledes den lille Bog «gaaer sin Gang ad eensomme Veie eller eensom ad de alfare … indtil den endelig træffer hiin Enkelte, hvem jeg kalder *min* Læser, hiin Enkelte, hvem den søger, efter hvem den ligesom udstrækker sine Arme»: det er, jeg saae og seer, at den lille Bog modtages af hiin Enkelte, hvem den søger, og som søger den.

Først i September 1849.
S. K.

PRÓLOGO

Quiera «ese individuo singular, a quien con alegría y gratitud llamo *mi* lector», recibir este regalo. Es verdad que dar es mayor bendición que recibir, pero si es así, en un sentido el dador es el necesitado, al necesitar la bendición de dar; y si esto es así, entonces la mayor bendición es la del que recibe y, por tanto, es realmente mayor bendición recibir que dar. ¡Quiera él recibirlo! Otra vez veo lo que creo haber visto la primera vez, cuando lancé el librito (cf. prólogo a *Dos discursos edificantes*, 1843) que comparé –y bien que podía compararse– con «una insignificante flor oculta bajo el gran bosque»; lo que entonces creí ver, lo veo de nuevo, «cómo el pájaro que llamo *mi lector* de repente otea su presencia, desciende, la toma y la porta consigo». O, por otro lado, y con otra imagen, veo otra vez lo que entonces, cómo el librito «se abre camino por rutas solitarias o vías públicas… hasta que finalmente se encuentra con ese individuo singular a quien llamo *mi* lector, ese individuo singular a quien busca, a quien, como si dijéramos, extiende sus brazos»; es decir, vi y veo que el librito es acogido por ese individuo singular a quien busca y quien lo busca.

Comienzos de septiembre, 1849
S. K.

«SYNDERINDEN»

BØN

Herre Jesus Christus, for retteligen at kunne bede Dig om Alt, bede vi Dig først om Eet: hjælp os, at vi maatte elske Dig meget, forøg Kjærligheden, opflam den, luttre den. O, og denne Bøn vil Du høre, Du der jo dog ikke – grusomt – saaledes er Kjerlighed, at Du kun er Gjenstanden, ligegyldig ved, om Nogen elsker Dig eller ikke; Du der jo ikke – i Vrede – saaledes er Kjerlighed, at Du kun er Dommen, nidkjer, hvo der elsker Dig og hvo ikke. O, nei saaledes er Du ikke, saa vilde Du ogsaa kun indgyde Frygt og Angest, det vilde saa være forfærdeligt «at komme til Dig», frygteligt «at blive i Dig», og saa var Du jo ikke selv den fuldkomne Kjerlighed, der udjager Frygt. Nei, forbarmende, eller kjerligt, eller i Kjerlighed er Du jo Kjerlighed saaledes, at Du selv elsker Kjerligheden frem, der elsker Dig, opelsker den til at elske Dig meget.

1. Mateo 11, 28.
2. Juan 15, 5.
3. Juan 4, 18.
4. En esta oración, el autor utiliza dos verbos derivados del verbo amar, «at elske»: «at elsker frem» o «fremelsker» y «opelsker». Ambos significan cultivar, criar, engendrar. Con el objeto de mantener la aliteración del texto, se ha optado por traducir «at elsker frem» como *derramar* por contener el sonido «amar» y sugerir el inagotable brotar o manar del amor; y «opelsker» como *amamantar*, por contener también el sonido amar, además de ser sinónimo de criar.

«LA PECADORA»

ORACIÓN

Señor Jesucristo, para poder rectamente pedirte todo, te pedimos primero una sola cosa: ayúdanos a amarte más, aviva el amor, inflámalo, purificalo. ¡Oh! Y esta oración la escucharás, tú que no eres –cruelmente– un amor tal que sea solamente el objeto, indiferente a si alguien te ama o no; tú que no eres –encolerizado– un amor tal que sea solamente juicio, celoso de quién te ama o quién no. ¡Oh, no! Tú no eres así, pues solamente infundirías temor y ansia que harían espantoso «venir a ti»[1], aterrador «permanecer en ti»[2], de modo que no serías el amor perfecto que rechaza el temor[3]. No, piadosamente, o amorosamente, o enamorado, eres Tú un amor tal que Tú mismo amas y derramas[4] el amor que te ama, lo amamantas para que te ame más.

Luc. VII, 47. DERFOR, SIGER JEG DIG, ERE HENDES MANGE SYNDER HENDE FORLADNE; THI HUN ELSKEDE MEGET.

M. T., Du veed, om hvem Talen er, at den er om hiin Qvinde, hvis Navn er: Synderinden. «Da hun fornam, at Christus sad tilbords i en Pharisæers Huus, henlede hun en Alabaster-Krukke med Salve; og hun stod bag ved hos hans Fødder, græd og begyndte at væde hans Fødder med Taarer og aftørrede dem med sit Hovedhaar, og kyssede hans Fødder, og salvede dem med Salve».

Ja, hun elskede meget. Thi der gives jo Modsætninger, som ere hinanden imod paa Liv og Død, eller det er dog for den ene af Modsætningerne som den frygteligste Tilintetgjørelse at nærme sig den anden. Saaledes naar man er en Synder, eller en Synderinde – at nærme sig den Hellige, at blive aabenbar lige over for Ham, altsaa i Hellighedens Belysning. O, ikke flyer Natten mere skrækket tilbage for Dagen, der vil tilintetgjøre den, og hvis der gives Spøgelser, ikke skrækker et Gjenfærd angestfuldere sammen, naar det gryer ad Dag, end Synderen gyser tilbage for den Hellige, der, som Dagen, gjør Alt aabenbart. Saa længe han kan, flyer Synderen, unddrager sig saa længe han kan fra denne Gang til Døden, for dette Møde med Lyset, opfindsom i skulkende Undskyldning og Udflugt og Bedrag og Besmykkelse.

Men hun elskede meget; og hvad er det stærkeste Udtryk for at elske meget? det er, at hade sig selv – *hun gik ind til den Hellige.* Hun, en Synderinde! Ak, en Qvinde; i en Qvinde er dog Undseelsens Magt den stærkeste, stærkere end Livet, hellere slipper hun Livet, end at hun slipper Undseelsen. Sandt nok, denne Undseelse burde jo have afholdt hende fra, forhindret hende i at synde; men

Lucas 8, 47: POR ESO TE DIGO QUE LE SON PERDONADOS SUS MUCHOS PECADOS, PORQUE HA AMADO MUCHO.

Oyente mío, tú sabes sobre quién es el discurso, sobre esa mujer cuyo nombre es «la pecadora», «quien al enterarse de que Cristo estaba a la mesa en casa del fariseo, tomó un vaso de alabastro con perfume, y por detrás se puso a sus pies, llorando, y comenzó a regar sus pies con lágrimas y a secarlos con sus cabellos; y besaba sus pies y los ungía con el perfume».

Sí, ella ha amado mucho. Desde luego que hay opuestos que están enfrentados el uno contra el otro a vida o muerte; o que para cada uno de ellos supone la más horripilante aniquilación acercarse al otro. Lo mismo ocurre, cuando se es un pecador o una pecadora, al acercarse al Santo, al revelarse ante Él, por tanto, a la luz de la santidad. Ay, no huye la noche más despavorida del día que la quiere aniquilar y, si hay fantasmas, no se prolonga una aparición al alborear el día más invadida por el ansia, que el pecador que tiene miedo del Santo que, como el día, lo revela todo. Tanto como puede, huye el pecador, inventivo en trampear excusas y evasiones y engaños y enmascaramientos, se elude tanto como puede de este camino para muerte, de este encuentro con la luz.

Pero ella ha amado mucho; y ¿cuál es la más potente expresión de amar mucho? Es odiarse a sí misma: *ella entró directa hacia el Santo*. Ella, ¡la pecadora! Ah, una mujer; en una mujer la fuerza del pudor es desde luego lo más fuerte, más fuerte que la vida; preferiría entregar la vida que entregar su pudor. Verdaderamente este pudor la tenía que haber retenido, prevenido de pecar; pero a su

saa dog igjen vel ogsaa sandt: naar saa en Qvinde atter kommer til sig selv, saa er Undseelsen kun desto mægtigere, knusende, tilintetgjørende. Maaskee var det Dette, der gjorde hende Gangen til Tilintetgjørelsen lettere, at hun var tilintetgjort. Og dog, menneskelig talt, kunde der endnu være Tale om Skaansel; o, endog en Synder, der i Sandhed har tilstaaet sig selv, eller dog veed det med sig selv, at han er tilintetgjort, han skaanede dog maaskee sig selv, hvis han Ansigt til Ansigt skulde blive aabenbar for den Hellige; han skaanede sig selv, det vil sige, saa meget elskede han dog endnu sig selv. Men hun – er der da ingen Skaansel, slet ingen? nei der er ingen Skaansel! – hun hadede sig selv: hun elskede meget.

Hun gik ind til den Hellige *i Pharisæerens Huus*, hvor de mange Pharisæer vare samlede, der vilde dømme hende, ogsaa saaledes, at det var Forfængelighed, afskyelig Forfængelighed især af en Qvinde, at trænge sig frem med sin Synd, hun som skulde skjule sig for alle Menneskers Øine, i en Afkrog af Verden. Hun kunde have vandret Verden rundt og været vis paa intetsteds at finde saa streng en Dom, som den der ventede hende i Pharisæerens Huus af de stolte Pharisæer; og paa den anden Side, der er maaskee dog ingen Lidelse saa beregnet paa at martre just en Qvinde som Spottens Grusomhed, der ventede hende i Pharisæerens Huus af de stolte Pharisæer. Men hun – er der da ingen Med-

5. Nótese que el verbo usado en danés para *amarse a sí mismo* es «at elsker sig selv», que se contrapone aquí al *odiarse a sí mismo* («at hade sig selv») de la pecadora para quien no cabe indulgencia. Más adelante (cf. nota 9 del presente discurso) se utiliza la voz «selvkjerlighed» que se traduce por *amor de sí* y se presenta como un amor necesario, introduciendo una aparente contradicción con el presente

vez es también verdad que cuando una mujer regresa a sí misma de nuevo, su pudor es más fuerte, más aplastante, más aniquilador. Quizá sea esto lo que hizo más leve su camino hacia la aniquilación, porque ya estaba aniquilada. Y, humanamente hablando, cabría considerar la indulgencia; ay, incluso un pecador que en verdad se ha confesado a sí mismo, o al menos sabe para sí mismo que ha sido aniquilado, quizá fuera indulgente consigo mismo, si tuviera que mostrarse cara a cara ante el Santo; fuera indulgente consigo mismo, es decir, que aún seguiría amándose a sí mismo[5]. Pero ella, ¿es que no tenía indulgencia alguna en absoluto? No, ¡no hay indulgencia! Se odiaba a sí misma: ella ha amado mucho.

Ella entró directa hacia el Santo *en la casa del fariseo*, donde estaban reunidos los muchos fariseos que la juzgarían, también en este sentido, en que era vanidad, despreciable vanidad, especialmente que una mujer avanzara con su pecado, ella que debería ocultarse de los ojos de toda la gente en un apartado rincón del mundo. Podría haber dado la vuelta al mundo y estar segura de no encontrar en ningún lugar un juicio tan severo como el que le esperaba en la casa del fariseo por parte de los orgullosos fariseos; y por otro lado, quizá no exista un sufrimiento mejor diseñado para martirizar precisamente a una mujer como la crueldad de la mofa que le esperaba en la casa del fariseo por parte de los orgullosos fariseos.

fragmento. Kierkegaard dirá entonces que sin amor de sí caeríamos en la blasfemia de creer que un ser humano puede amar a Dios sin tener necesidad de Él. La contradicción se complica aún más, pues el amor de sí puede concebirse como recto amor a sí mismo o como egoísmo (desviado amor a sí mismo). Para ahondar en esta cuestión, cf. *Las obras del amor*, que Kierkegaard publicó en 1847.

lidenhed, der sparer hende for denne Grusomhed? nei, der er ingen Medlidenhed! – hun hadede sig selv: hun elskede meget.

Hun gik ind til den Hellige, i Pharisæerens Huus, *til Gjestebudet*. Til Gjestebud! Du gyser, Du gyser tilbage fra at følge hende; hvor gysende det er, overbevises Du let om, thi Du vil bestandigt fristes til at glemme, at det Hele foregaaer ved et Gjestebud, at det ikke er et «Sorrigs-Huus» men et «Gjestebuds-Huus». Ved et Gjestebud kommer der en Qvinde ind; hun medbringer en Alabaster-Krukke med Salve – ja, det svarer til Gjestebudet; hun sætter sig ved en af Gjesternes Fødder – og græder: det svarer ikke til Gjestebudet. I Sandhed, hun forstyrrer Gjestebudet, denne Qvinde! Ja, men det forstyrrede ikke hende, denne Synderinde, hun der, vistnok ikke uden at gyse, ikke uden at gyse tilbage, dog gik fremad til Gjestebudet – og til Bekjendelsen; hun hadede sig selv: hun elskede meget.

O, tungt som intet Andet hviler Syndens tunge Hemmelighed paa et Menneske; der er kun Eet, som er tungere: at skulle gaae til Bekjendelsen. O, frygtelig som ingen anden Hemmelighed er Syndens Hemmelighed; der er kun Eet, som er endnu frygteligere: Tilstaaelsen. Derfor har menneskelig Medlidenhed deeltagende opfundet, hvad der kan lindre og understøtte denne svære Fødsel. Paa det hellige Sted, hvor Alt er stille alvorsfuld Høitidelighed, og i et skjultere Indelukke derinde, hvor Alt er Taushed som Gravens, og Skaansomhed som Dommen over de Afdøde: der tilbydes Synderen Leilighed at bekjende sin Synd. Og menneskelig Medlidenhed

6. Eclesiastés 7, 2.

Pero ella, ¿es que no hay compasión que le ahorre esta crueldad? No, ¡no hay compasión! Se odiaba a sí misma: ella ha amado mucho.

Ella entró directa hacia el Santo en la casa del fariseo, *al festín*. ¡Al festín! Te estremeces, tienes miedo de seguirla. Es fácil convencerse de lo estremecedor que es, pues estarás continuamente tentado de olvidar que esto está sucediendo en un festín, que esto no es una «casa de luto», sino una «casa de banquete»[6]. A un festín entra una mujer; porta consigo un tarro de alabastro con perfume –sí, esto se corresponde con el festín–; ella se recuesta a los pies de uno de los invitados; y llora: esto no se corresponde con el festín. En verdad, ella perturba el festín, ¡esta mujer! Sí, pero eso no le perturbó a ella, esta pecadora, la cual ciertamente no sin estremecerse ni tampoco sin tener miedo entró en el festín, y a confesarse. Se odiaba a sí misma: ella ha amado mucho.

Ay, no hay ninguna otra carga que pese más que la secreta carga del pecado sobre una persona; una sola cosa es más pesada: tener que ir a confesarse. Ay, no hay ningún otro secreto más espantoso que el secreto del pecado; una sola cosa es más espantosa: la confesión. Por tanto, la compasión humana ha inventado misericordiosamente lo que puede aliviar y auxiliar este difícil nacimiento. En el lugar santo donde todo es serena solemnidad y en un recinto más escondido[7], dentro del cual todo es silencio como el de la tumba e indulgencia como el juicio sobre los muertos, ahí se brinda al pecador la oportunidad para confesar su pecado. Y la compasión humana inventó el

7. Kierkegaard se refiere al confesionario.

opfandt Lindring, at Den, der modtog Bekjendelsen, var skjult, at Synet af ham ikke skulde gjøre det for tungt – ja, for tungt for Synderen at lette sin Samvittighed. Tilsidst opfandt menneskelig Medlidenhed, at der end ikke behøvedes en saadan Bekjendelse, eller en saadan skjult Hører; for Gud i Løndom, der jo dog alligevel veed Alt, skulde Bekjendelsen kun være, og kunde da forblive skjult i Ens Inderste. Men ved et Gjestebud – og en Qvinde! Et Gjestebud; det er ikke noget skjult afsides Sted, ei heller er Belysningen et Halv-Dunkel, ei heller er Stemningen som mellem Gravene, og de Hørende hverken tause eller usynlige tilstede. Nei, dersom Dølgsmaal og Skumring og Afsideshed og Alt hvad dertil hører i Forhold til det at bekjende sin Synd er Lindring: et Gjestebud det var dog den grusomste Opfindelse. Hvo er da denne Grusomme, at vi med vore Bønner kunne formilde ham til at skaane hende? Ingen, ingen Grusoms Opfindelse var saa grusom, Sligt opfandt kun hun, Synderinden; hun – o, ellers er dog den Grusomme Een, Den, der pines, en Anden! – hun opfandt selv Marteren, var selv den Grusomme, hun hadede sig selv: hun elskede meget.

Ja, hun elskede meget. «Hun satte sig ved Christi Fødder, vædede dem med Graad, aftørrede dem med sit Hovedhaar» – hun udtrykker: jeg formaaer bogstaveligen slet Intet, Han formaaer ubetinget Alt. Men dette er jo at elske meget. Naar man selv mener at formaae Noget, kan man vel nok elske, men man elsker ikke meget; og i samme Grad som man mener selv at formaae mere, i samme Grad elsker man mindre. Hun derimod elskede meget. Hun gjør ikke Ord, ei heller at hun forsikkrer – o,

alivio de que la persona que recibiera la confesión estuviera oculta, de manera que estar siendo observado no lo hiciera demasiado pesado –sí, demasiado pesado para que el pecador aligerara su conciencia–. Finalmente, la compasión humana inventó que ni siquiera fuera necesario este tipo de confesión o este tipo de oyente oculto. La confesión debiera ser solamente para Dios en secreto, quien de todos modos ya lo sabe todo y, por tanto, así podría mantenerse oculta en lo más profundo del interior de uno mismo. Pero ¡en un festín y una mujer! Un festín no es un lugar oculto y remoto, ni la luz es tenue, ni el ambiente es como de entre tumbas, ni están los oyentes en silencio o invisiblemente presentes. No; si la clandestinidad y el crepúsculo y el aislamiento y todo lo que se escucha relacionado con la confesión del pecado son un alivio, un festín sería el invento más cruel. ¿Quién entonces es el cruel a quien nuestros ruegos puedan ablandarlo para que sea indulgente con ella? No, ningún invento de crueldad fue más cruel; ella sola inventó algo así, ella, la pecadora. Ella –¡pero, ay, normalmente el cruel es una persona y el torturado es otra!–, ella misma inventó la tortura, ella misma fue la cruel. Se odiaba a sí misma: ella ha amado mucho.

Sí, amó mucho. «Se recostó a los pies de Cristo, los empapó con sus lágrimas, los secó con sus cabellos». Ella expresa: Literalmente, no soy capaz de nada, Él es capaz de todo incondicionalmente. Pero esto es precisamente amar mucho. Cuando se piensa que se es capaz de algo, desde luego que se puede amar, pero no amar mucho; y en el mismo grado en que uno se cree capaz de algo, en el mismo grado ama menos. Ella, sin embargo, amó mucho. Ella no dice una palabra, ni tampoco

kun altfor ofte svigefulde Udtryk, der saa let gjør en ny Forsikkring fornøden, at det virkelig er, som man forsikkrer. Hun forsikkrer ikke, hun handler: hun græder, hun kysser Hans Fødder. Hun er ikke betænkt paa at standse sine Taarer, nei, at græde er jo hendes Gjerning. Hun græder; det er ikke hendes Øine, men med sit Hovedhaar er det Hans Fødder hun aftørrer: hun formaaer bogstaveligen slet Intet, Han ubetinget Alt – hun elskede meget. O, evige Sandhed, at Han formaaer ubetinget Alt; o, ubeskrivelige Sandhed i denne Qvinde, o, ubeskrivelige Sandhedens Magt i denne Qvinde, der mægtigt udtrykker Afmagten, at hun formaaer bogstaveligen Intet: hun elskede meget.

Ja, hun elskede meget. Hun sidder grædende ved Hans Fødder: hun har ganske glemt sig selv, glemt enhver forstyrrende Tanke i hendes eget Indre, er ganske stille, eller stillet, som det syge Barn, der stilles ved Moderens Bryst, hvor det græder ud og glemmer sig selv; thi ikke lykkes det at glemme saadanne Tanker og dog huske paa sig selv, skal det lykkes, maa man glemme sig selv – derfor græder hun, og alt som hun græder, glemmer hun sig selv. O, salige Graad, o, at der i at græde ogsaa er denne Velsignelse: er Glemsel! Hun har ganske glemt sig selv, glemt Omgivelsen med alt dens Forstyrrende; thi umuligt at glemme en saadan Omgivelse, naar man ikke glemmer sig selv, det var jo en Omgivelse som beregnet paa frygteligt og qvalfuldt at erindre hende om sig selv: men hun græder, og alt som hun græder, glemmer hun sig selv. O, salige Selvforglemmelsens Taarer, naar det at hun græder, naar ikke engang det mere erindrer hende om, hvorover hun græder: saaledes har hun ganske glemt

una aseveración –ay, tantas veces una expresión engañosa necesita fácilmente de una nueva aseveración de que realmente es como uno asevera–. Ella no asevera, actúa: llora, besa los pies de Él. Ella no piensa en detener sus lágrimas: no, llorar, después de todo, es su obra. Ella llora; no son sus propios ojos, sino que son los pies de Él los que ella seca con sus cabellos: literalmente, ella no es capaz de nada; Él, incondicionalmente, de todo. Ella amó mucho. Oh, verdad eterna, que Él sea incondicionalmente capaz de todo. Oh, indescriptible verdad en esta mujer. Oh, indescriptible fuerza de la verdad en esta mujer, que poderosamente expresa la impotencia de que no es capaz literalmente de nada: ella amó mucho.

Sí, amó mucho. Yace llorando a sus pies. Se ha olvidado completamente de sí misma, olvidado cada perturbador pensamiento de sus propias entrañas. Está completamente serena o apaciguada, como el hijo enfermo que se apacigua en el seno de su madre donde llora hasta no poder más y se olvida de sí mismo. Pues no se logra olvidar estos pensamientos y, a la vez, seguir pensando en uno mismo. Para lograrlo, se ha de olvidar uno de sí mismo: por eso llora ella, y al llorar se olvida de sí misma. ¡Oh, benditas lágrimas! ¡Que en el llorar también se halla esta bendición: el olvido! Se ha olvidado de sí misma completamente, ha olvidado el entorno con todas sus perturbaciones; imposible olvidar un entorno así cuando uno no se olvida de sí mismo, pues desde luego que era un entorno calculado de manera espantosa y agonizante para hacerle acordarse de sí misma. Pero llora, y al llorar se olvida de sí misma. Oh benditas lágrimas de autoolvido, cuando el hecho de estar llorando no le hace recordar ni siquiera una vez por lo que llora: hasta tal punto se

sig selv. Men det sande Udtryk for det at elske meget er jo just ganske at glemme sig selv. Naar man husker sig selv, kan man vel elske, men ikke elske meget; og i samme Grad som man mere husker sig selv, i samme Grad elsker man mindre. Dog hun har ganske glemt sig selv. Men jo større Tilskyndelsen i samme Øieblik er til at erindre eller tænke paa sig selv – naar man dog glemmer sig selv og tænker paa den Anden: desto mere elsker man. Saaledes er det jo Tilfældet i Forhold af Kjerlighed mellem Menneske og Menneske, om end disse Forhold ikke ganske svare til hvad her er Talen om, medens de dog kunne belyse det. Den, der i det Øieblik, da han selv er meest beskjeftiget, i det Øieblik, der er ham selv det kostbareste, glemmer sig selv og tænker paa en Anden, han elsker meget; Den, der, selv hungrig, glemmer sig selv og giver den Anden det ringe Forraad, som kun er nok for Een, han elsker meget; Den, der, i Livsfare, glemmer sig selv og overlader den Anden den eneste Redningsplanke, han elsker meget. Og saaledes ogsaa Den der i det Øieblik, da Alt i hans eget Indre og Alt omkring ham ikke blot erindrer ham om ham selv, men vil tvinge ham mod hans Villie til at huske paa sig selv – naar han dog glemmer sig selv, han elsker meget, som hun gjorde det.

«Hun sidder ved hans Fødder, salver dem med Salve, aftørrer dem med sit Hovedhaar, kysser dem – og græder». Hun siger Intet, er altsaa heller ikke hvad hun siger; men hun er hvad hun ikke siger, eller hvad hun ikke siger det er hun, hun *er* Betegnelsen, som et Billede: hun har glemt Mælet og Sproget og Tankernes Uro og, hvad der end mere er Uro, glemt dette Selv, glemt sig selv, hun

ha olvidado completamente de sí misma. Mas la verdadera expresión de amar mucho es precisamente olvidarse de sí mismo completamente. Cuando uno se acuerda de sí mismo, puede muy bien amar, pero no amar mucho; en el mismo grado en que uno se acuerda de sí mismo, en ese mismo grado ama menos. Ella, sin embargo, se ha olvidado de sí misma completamente. Pero cuanto mayor sea la incitación, en ese mismo instante de acordarse o pensar en sí mismo, si, sin embargo, se olvida de sí mismo o piensa en el otro, esto más que ama. Así es el caso en relación con el amor entre hombre y hombre; aunque estas relaciones no se correspondan del todo con lo que aquí se está tratando, sí podrían iluminarlo. Aquel que en el instante en el que está más preocupado de sí mismo, en el instante en el que es él mismo el más valioso, se olvida de sí y piensa en otro, ama mucho. Aquel que, hambriento, se olvida de sí mismo y ofrece al otro las escasas provisiones suficientes solamente para uno, ama mucho. Aquel que en peligro mortal se olvida de sí mismo y cede al otro la única tabla de salvación, ama mucho. Y, así también, aquel que en el instante en el que todo en su interior y todo a su alrededor no solamente le recuerda a sí mismo, sino que quiere forzarle contra su voluntad a acordarse de sí mismo, si, no obstante, se olvida de sí, ama mucho, tal como ella lo hizo.

«Ella yace a sus pies, los unta con ungüento, los seca con sus cabellos, los besa (y llora)». No dice nada, tampoco es lo que dice, sino lo que no dice, o lo que no dice es lo que es ella, ella *es* el signo, como una imagen. Ha olvidado habla y lenguaje y el desasosiego del pensamiento y, lo que es aún más desasosiego, ha olvidado este simismo, se ha olvidado de sí misma. Ella, la perdida que

den Fortabte, der nu er fortabt i sin Frelser, fortabt i Ham hviler ved Hans Fødder – som et Billede. Og det er næsten som betragtede Frelseren selv et Øieblik hende og Sagen saaledes, som var hun ikke et virkeligt Menneske, men et Billede. Vistnok for at gjøre Anvendelsen paa de Tilstedeværende desto mere indtrængende taler Han ikke *til* hende, Han siger ikke «Dig tilgives dine mange Synder, fordi Du elskede meget», Han taler *om* hende, Han siger: hende ere hendes mange Synder forladne, fordi hun elskede meget; skjøndt hun er nærværende, er det næsten som var hun en Fraværende, det er næsten som forvandlede Han hende til et Billede, en Parabel, næsten som sagde Han: Simon, jeg haver Noget at sige Dig. Der var engang en Qvinde, hun var en Synderinde. Da Menneskens Søn en Dag sad tilbords i en Pharisæers Huus, kom ogsaa hun derind. Pharisæerne spottede og dømte hende, at hun var en Synderinde. Men hun satte sig ved Hans Fødder, salvede dem med Salve, aftørrede dem med sit Hovedhaar, kyssede dem og græd – Simon, jeg vil sige Dig Noget: hende bleve hendes mange Synder forladne, fordi hun elskede meget. Det er næsten som en Fortælling, en hellig Fortælling, en Parabel – og dog foregaaer i samme Øieblik paa Stedet det Samme virkeligt.

Men *«hende bleve jo ogsaa hendes mange Synder forladne»* – og hvorledes kunde dette udtrykkes stærkere, sandere end derved, at det er Alt glemt, hun den store Synderinde forvandlet til et Billede. Idet der siges: Dig

8. Sobre la idea de imagen en este pasaje, Kierkegaard anota tres comentarios en sus diarios: a) La pecadora es como una efigie y, sin embargo, el centro en torno al cual pivota la acción; b) compara el comportamiento de Cristo con el de una madre; al convertir a la pecadora en imagen, en ejemplo, Cristo actúa como una madre que, por defender a su hijo, lo oculta en sus faldas; hasta tal punto el amor ma-

ahora está perdida en su Salvador, perdida en Él, descansa sobre sus pies: como una imagen. Y es casi como si el mismo Salvador, por un instante, la concibiera a ella y la situación de este modo, como si ella no fuera una persona real, sino una imagen. Parece que, para hacer el empleo de la imagen a los presentes tanto más penetrante, no le habla *a* ella; Él no dice: «Te perdono tus muchos pecados porque has amado mucho», Él habla *acerca de* ella. Él dice: Sus muchos pecados le son perdonados, porque ella ha amado mucho. Aunque ella está presente, es como si fuera una ausente, es como si la hubiera transformado en una imagen, una parábola. Como si hubiera dicho: Simón, tengo algo que contarte. Había una vez una mujer que era una pecadora. Cuando un día el Hijo del Hombre estaba a la mesa en casa de un fariseo, entró ella también. Los fariseos la vieron y la juzgaron como una pecadora. Pero ella se recostó a sus pies, los ungió con ungüento, los secó con sus cabellos, los besó y lloró. Simón, te diré algo: a ella se le perdonaron sus muchos pecados, porque había amado mucho. Es casi como un cuento, un cuento sagrado, una parábola. Sin embargo, está sucediendo en el mismo instante sobre el mismo lugar realmente.

Pero «*también sus muchos pecados le fueron perdonados*». De qué otra manera podría ser expresado esto con más fuerza, más verdad, sino gracias a que todo ello es olvidado, a que ella, la gran pecadora, es transformada en una imagen[8]. Cuando se dice: Tus pecados te

terno, en este caso el de Cristo, «engulle» al «hijo de su alma»; c) en este discurso usa prototipos, «el Sumo Sacerdote», «el Publicano», «la Pecadora», o sea, imágenes eternas anónimas, ya que, según el autor, un nombre distrae. La flecha apunta al lector, pues Kierkegaard piensa que un prototipo aboca a que una persona piense en sí misma.

forlades Dine Synder, o hvor let kommer da ikke Erindringen tilbage i hende om sig selv, hvis hun ikke først var styrket ved denne uendelige Glemsel: hende bleve hendes mange Synder forladne. «Hun elskede meget», derfor glemte hun ganske sig selv; hun glemte ganske sig selv, «derfor bleve hende hendes mange Synder forladne» – glemte, ja de ligesom druknedes med hende i Glemsel, hun forvandles til et Billede, hun bliver en Erindring, dog ikke at den erindrer hende om hende selv, nei, som hun glemte det ved at glemme sig selv, har ogsaa den, ikke længst men strax, glemt hvad hun hedder, hendes Navn er: Synderinden, hverken mere eller mindre.

Og vilde nu Nogen sige: der var dog noget Selvkjerligt i denne Qvindes Kjerlighed; Pharisæerne opholdt sig jo ogsaa over, at hun nærmede sig til Christus, og sluttede deraf noget Ufordeelagtigt om Ham, at Han ingen Prophet var – dette udsatte hun Ham altsaa for, hun med sin Kjerlighed, det er, med sin Selvkjerlighed. Vilde Nogen sige: der var dog noget Selvkjerligt i denne Qvindes Kjerlighed, i Trangen elskede hun jo dog i Grunden sig selv. Vilde Nogen tale saaledes, da vilde jeg svare: naturligviis, og derpaa tilføie: Gud bedre det, det er nu engang ikke anderledes – og saa tilføie: Gud forbyde, at jeg nogensinde fordristede mig til at ville elske min Gud eller min Frelser anderledes; thi var der intet i den Forstand Selvkjerligt i denne min Kjerlighed, saa vilde jeg vel indbilde mig, at jeg kunde elske dem uden at trænge til dem – og for denne Formastelse bevare Gud mig!

9. He aquí el texto del amor de sí necesario que está en aparente contradicción con el párrafo sobre el amarse a sí mismo y la indulgencia recogido en la nota 1.

son perdonados, ay, cuán fácilmente no le llegarían los recuerdos de sí misma, si no fuera porque antes ha sido fortalecida por este infinito olvido: a ella se le perdonaron sus muchos pecados. «Ella ha amado mucho»; por tanto, ella se olvidó de sí completamente. Se olvidó de sí misma completamente, «por tanto, a ella le fueron perdonados sus muchos pecados». Olvidado, sí, como ahogados con ella en el olvido, ella transformada en una imagen; ella se torna en un recuerdo, pero no para acordarse de sí misma, no, sino de que ella se ha olvidado del recuerdo al olvidarse de sí misma, y también ha olvidado –no eventualmente, sino de inmediato– cómo se llama. Su nombre es: la pecadora, nada más y nada menos.

Si ahora alguien dijera: Había, sin embargo, algo de amor de sí en el amor de esta mujer; los fariseos mismos hicieron una excepción al dejar que ella se acercara a Cristo, y concluyeron de ello algo desfavorable sobre Él: que no era ningún profeta; a esto también lo expuso ella con su amor, es decir, con su amor de sí. Si alguien dijera: Desde luego que había algo de amor de sí en el amor de esta mujer; desde luego, en su necesidad, en el fondo se amaba a sí misma. Si alguien hablara así, le contestaría: Naturalmente; y luego añadiría: Dios nos ampare, no cabe otro modo. Y entonces añadiría: Que Dios me perdone por pretender querer amar a mi Dios o a mi Salvador de cualquier otro modo, pues si no hubiera literalmente amor de sí[9] en este mi amor, estaría imaginándome que podría amarles sin estar necesitado de ellos. Y de esta blasfemia, ¡que Dios me libre!

M. T., denne Qvinde var en Synderinde. Pharisæerne dømte hende, de dømte endog Christum, at Han vilde indlade sig med hende, de dømte – og just deraf – at Han ingen Prophet var, end sige da Verdens Frelser, medens Han just derved viste sig som Verdens Frelser. Denne Qvinde var en Synderinde – dog blev hun og er et Forbillede; salig Den, som ligner hende i at elske meget! Syndernes Forladelse, hvilken Christus tilbød medens Han levede, vedbliver fra Slægt til Slægt at tilbydes Alle i Christo. Det siges til Alle, hver især, Dine Synder ere Dig forladte; de modtage Alle, hver især, ved Alteret Pantet paa, at Synderne ere dem forladte: salig Den, der ligner Synderinden i at elske meget! Thi om det end siges til Alle, det er dog kun sandt, naar det siges til Den, der, som hiin Qvinde, elskede meget! Det er sandt, Dine Synder ere Dig forladte i Christo; men dette Sande, som ogsaa derfor siges til hver især, er dog i en anden Forstand endnu ikke sandt, det maa gjøres til Sandhed af hver især. Saaledes er hiin Qvinde et evigt Billede; ved sin store Kjerlighed gjorde hun sig, om jeg saa tør sige, uundværlig for Frelseren. Thi at der er Syndernes Forladelse, hvad Han erhvervede, det gjør hun til Sandhed, hun som elskede meget. Du kan derfor vende det, hvorledes Du vil, og siger dog i Grunden det Samme. Du kan prise hende salig, at hendes mange Synder bleve hende forladte, og Du kan prise hende salig, at hun elskede meget: i Grunden siger Du det Samme – naar Du da vel lægger Mærke til, at Den, hun elskede meget, just var Christus, og naar Du da tillige ikke glemmer,

Oyente mío, esta mujer era una pecadora. Los fariseos la condenaron. También condenaron a Cristo por querer involucrarse con ella, juzgaron –y solamente por ello–que no era un profeta; ¡como para decir que era Salvador del mundo!, mientras que fue precisamente por ello por lo que se manifestó como Salvador del mundo. Esta mujer era una pecadora, mas llegó a ser y es un ejemplo. ¡Bienaventurado el que la imita en amar mucho! El perdón de los pecados, que Cristo ofreció durante su vida, continúa siendo ofrecido a todos en Cristo de generación en generación. Dice a todos, a cada uno en particular: Tus pecados te son perdonados; todos reciben, cada uno en particular, ante el altar la promesa de que los pecados son perdonados. ¡Bienaventurado el que imita a la pecadora en amar mucho! Aunque se diga a todos, ¡solamente es verdad cuando se dice a aquellos que como esta mujer han amado mucho! Es verdad, tus pecados te son perdonados en Cristo. Pero esta verdad que, por tanto, también se dice a cada uno individualmente, es desde luego, en otro sentido aún, no del todo verdad: ha de hacerse verdad por parte de cada uno individualmente. Así es como esta mujer es una imagen eterna; con su amor se hizo, por decirlo de algún modo, indispensable al Salvador. Que haya perdón de los pecados, algo que Él adquirió para nosotros, lo hace ella verdad, ella que amó mucho. Por tanto, puedes darle el giro que quieras y seguir diciendo en el fondo lo mismo. Puedes considerarla bienaventurada, porque sus muchos pecados le fueron perdonados, y puedes considerarla bienaventurada porque amó mucho –en el fondo estás diciendo lo mismo–, siempre y cuando tomes buena nota de que al que amó mucho fue precisamente

at Christus er Naaden og Naadens Giver. Hvad er det nemlig for en Prøve, i hvilken hendes Kjerlighed forsøges, i Henseende til hvad er det hun kan siges at elske meget, hvad er det hun elsker mindre? Er Prøven den: at elske Christum høiere end Fader og Moder, Guld og Gods, Ære og Anseelse? Nei, Prøven, hvori denne Qvinde forsøges, er: at elske sin Frelser mere end sin Synd. O, der var maaskee Den, som elskede Chri|stum mere end Fader og Moder og Guld og Gods og Ære og Liv, og dog elskede sin Synd mere end sin Frelser, elskede den, ikke i Betydning af at ville blive i den, vedblive at synde, men i Betydning af ikke ret at ville bekjende den. Frygteligt er det i en vis Forstand, men sandt er det, og Enhver, der har blot noget Kjendskab til det menneskelige Hjerte, vil sande det: der er Intet, som et Menneske hænger saa fortvivlet fast ved, som ved sin Synd. Og derfor er en fuldkommen oprigtig, dyb, aldeles sand, ganske skaanselløs Syndsbekjendelse, det er den fuldkomne Kjerlighed, en saadan Syndsbekjendelse det er at elske meget.

Nu er Talen forbi. Men ikke sandt, m. T., om end Pharisæerne have dømt, at hiin Qvinde høist upassende trængte sig ind ved et Gjestebud: idag er hun dog vel ikke kommet paa urette Sted, mellem Skriftestolen og Alteret! O, glem Taleren, som her har talet, glem hans Kunst, hvis han ellers har udviist nogen, glem hans Feil, som maaskee vare mange, glem Talen om hende – men glem ikke hende; hun er paa denne Vei en Veileder, hun som elskede meget, og hvem derfor de mange Synder bleve forladte. Hun er langt fra at være noget afskrækkende Billede, hun er tvertimod mere tilskyndende end alle Talers Tilskyndelser, naar det gjælder om at følge

a Cristo, y siempre y cuando tampoco te olvides de que Cristo es la gracia y dador de la gracia.

¿Cuál es entonces la prueba en la que su amor es probado? ¿En relación con qué se puede decir que ella ama mucho? ¿Qué es lo que ella ama menos? ¿Es la prueba amar a Cristo más que al padre, a la madre, el oro y los bienes, el honor y la reputación? No, la prueba en la que esta mujer es probada es amar a su Salvador más que a su pecado. Ay, hubo quizá alguien que amó a Cristo más que al padre y a la madre y el oro y los bienes y el honor y la vida y, sin embargo, amó su pecado más que a su Salvador, lo amó, no en el sentido de querer continuar en él, de perdurar en el pecado, sino en el sentido de no querer confesarlo. Es espantoso en un sentido, pero es verdad, y todo el que tenga algo de conocimiento del corazón humano lo verificará: no hay nada a lo que un hombre se abrace tan desesperada y firmemente como a su pecado. Y es por ello por lo que una confesión perfectamente honesta, profunda, en todo verdadera, completamente implacable es el amor perfecto; tal confesión del pecado es amar mucho.

Ahora ha acabado el discurso. Pero ¿no es verdad, oyente mío, que aunque los fariseos hayan juzgado que esta mujer irrumpió de la manera más impropia en un festín, ¡hoy no ha venido al lugar incorrecto, entre el confesionario y el altar!? Ay, olvida al ponente que aquí ha hablado: olvida su arte, si es que algo de ello ha mostrado; olvida sus fallos, que quizá han sido muchos; olvida el discurso sobre ella, pero no la olvides a ella. Ella es en este camino una guía, ella que ha amado mucho, y a la que por tanto sus muchos pecados le han sido perdonados. Ella está lejos de ser una imagen desalentadora; por el contrario, es más instigadora que todos los discursos

hiin Indbydelse, som fører til Alteret «kommer hid alle I, som arbeide og ere besværede»; thi der gaaer hun i Spidsen, hun som elskede meget, hun som derfor ogsaa fandt Hvile for sin Sjel i at elske meget, ja eller i at hendes mange Synder bleve hende forladte, ja, eller, hun som, fordi hun elskede meget, fandt Hvile derved, at hendes mange Synder bleve hende forladte.

motivadores, cuando se trata de aceptar la invitación que lleva a comulgar: «Venid a mí todos los que estéis cargados y atribulados»[10]. Ella marcha a la cabeza, ella que ha amado mucho, ella que, por tanto, encontró reposo para su alma en amar mucho, sí, o en el perdón de sus muchos pecados; sí, o ella que por haber amado mucho encontró reposo en esto, en que sus muchos pecados le fueron perdonados.

10. Mateo 11, 28.

DISCURSO III

To Taler

ved Altergangen om Fredagen.

Af

S. Kierkegaard.

Kjøbenhavn.

Forlagt af Universitetsboghandler C. A. Reitzel.

Trykt hos Kgl. Hofbogtrykker Bianco Luno.

1851.

DOS DISCURSOS PARA LA COMUNIÓN DE LOS VIERNES

de

SØREN KIERKEGAARD

Copenhague

Publicado por el Librero de la Universidad C. A. Reitzel

Impreso por el Impresor Real de la Corte Bianco Luno

1851

I Slutningen af 1849.

En Ubenævnt,
hvis Navn engang vil nævnes,
helliges
med dette lille Skrift den hele Forfatter-Virksomhed,
hvad den var fra Begyndelsen.

A finales de 1849

A una persona innombrada,
cuyo nombre un día será nombrado
se consagra
con este pequeño escrito, toda la obra como autor,
como ha sido desde el principio.

FORORD

En trinviis fremadskridende Forfatter-Virksomhed, der tog sin Begyndelse med «Enten – Eller», søger her sit afgjørende Hvilepunkt, ved Alterets Fod, hvor Forfatteren, personligt sig sin Ufuldkommenhed og Skyld selv bedst bevidst, ingenlunde kaldersig et Sandheds-Vidne, men kun en egen Art Digter og Tænker, der, «uden Myndighed», intet Nyt har havt at bringe, men «villet læse de individuelle, humane Existents-Forholds Urskrift, det Gamle, Bekjendte og fra Fædrene Overleverede igjennem endnu engang, om muligt paa en inderligere Maade» (jvf. min Efterskrift til «Afsluttende Efterskrift»).

Saaledes vendt har jeg her intet videre at tilføie. Dog lad mig blot udtale Dette, hvad der paa en Maade er mit Liv, mig mit Livs Indhold, dets Fylde, dets Lykke, dets Fred og Tilfredshed – Dette eller denne Livs-Anskuelse, der er Menneskeligheds og Menneske-Liighedens Tanke: christeligt er ethvert Menneske (den Enkelte), ubetinget ethvert Menne-

1. *O lo uno o lo otro*, publicada en 1843, aunque no sea el primer texto que Kierkegaard sacó a la luz, sí es el primer título que, según sus propias palabras, marca el comienzo de lo que él denomina «su obra como autor».

2. Vor Frue Kirke, Copenhague (Nuestra Señora de Copenhague), ca. 1200. Catedral de la capital de Dinamarca donde Kierke-

PRÓLOGO

Una autoría, que comenzó con *O lo uno o lo otro*[1] y avanzó paso a paso, quiere encontrar aquí[2] su decisivo lugar de descanso, al pie del altar, donde el autor, personalmente muy consciente de su propia imperfección y culpa, ciertamente no se refiere a sí mismo como un testigo de la verdad, sino simplemente como un autor y pensador singular, el cual, *sin autoridad*, no ha tenido nada nuevo que mostrar, sino que «ha querido una vez más interpretar, si cabe de una manera más íntima, el texto original de las relaciones de la existencia humana, el viejo texto familiar que nos transmitieron nuestros padres» (véase mi post scriptum al *Post scriptum definitivo*)[3].

Mirando en esta dirección[4], no tengo nada más que añadir. Permítanme, sin embargo, expresar solamente esto: lo que en cierta manera es mi vida, el contenido de mi vida, su plenitud, su alegría, su paz y su satisfacción. Esto, o esta visión de la vida, que es la idea de humanidad y de la igualdad humana: cristianamente, todo ser humano (el individuo singular), incondicionalmente cada ser humano, repito, incondicionalmente cada

gaard asistía como feligrés. Fue una de las iglesias donde compartió sus discursos edificantes con la congregación.

3. *Post Scriptum no científico y definitivo a «Migajas filosóficas»* (1845).

4. Hacia el altar.

ske, endnu en Gang, ubetinget ethvert Menneske Gud lige nær; og hvorledes nær og lige nær? elsket af ham. Altsaa Liigheden er der, den uendelige mellem Menneske og Menneske. Er der nogen Forskjel, o, denne Forskjel, hvis den er, den er som Fredsommeligheden selv; uforstyrret forstyrrer den ikke i fjerneste Maade Liigheden, Forskjellen er: at Een betænker, at han er elsket, maaskee Dag ud og Dag ind, maaskee i 70 AarDag ud og Dag ind, maaskee kun med een Længsel, efter Evigheden, for ret at kunne tage fat og fare fort, sysler med denne salige Beskjeftigelse, at betænke, at han – ak, og ikke for sin Dyds Skyld! – er elsket; en Anden tænker maaskee ikke paa, at han er elsket, maaskee gaaer Aar efter Aar, Dag efter Dag, og han tænker ikke paa, at han er elsket, eller han er maaskee glad og taknemlig for at være elsket af sin Hustru, af sine Børn, af Venner, af Medlevende, men han tænker ikke paa, at han er elsket af Gud, eller han sukker maaskee over ikke at være elsket af Nogen, og han tænker ikke paa, at han er elsket af Gud. «Dog», saaledes maatte den Første vel sige, «jeg er uskyldig, jeg kan jo ikke for, om en Anden overseer eller forsmaaer den Kjerlighed, der paa ham ødsles lige saa rigeligt som paa mig». Uendelige guddommelige Kjerlighed, som ingen Forskjel gjør! Ak – menneskelige Utaknemlighed! – dersomdet saa var Liigheden mellem os Mennesker, i hvilken vi ganske ligne hinanden, at Ingen af os ret tænker paa, at han er elsket!

Idet jeg derpaa vender mig til den anden Side, ønskede jeg, og vilde jeg tillade mig (takkende for

ser humano, es igualmente próximo a Dios –¿en qué medida próximo e igualmente próximo?–, es amado por Él. Por tanto, hay igualdad, infinita igualdad, entre los seres humanos. Si se da alguna diferencia, ¡ah, esta diferencia!, si existe, es como de por sí lo conciliador; impertérrita, la igualdad no se altera ni remotamente. La diferencia es que una persona tenga presente que es amada, que lo mantenga presente quizás un día tras otro, quizás un día tras otro durante setenta años, quizás con un solo anhelo, de eternidad, de modo que así pueda agarrarse a este pensamiento y seguir adelante, empleado en esta bendita tarea de tener presente que él –¡ah, y no por su virtud!– es amado. Tal vez otra persona no piense en que es amada, tal vez pase un año tras otro, un día tras otro, sin pensar en que es amada; o tal vez esté feliz y agradecido de ser amado por su esposa, sus hijos, sus amigos y contemporáneos, pero no piense en que es amado por Dios; o tal vez se lamente de no ser amado por nadie, ni piense que Dios le ama. «Ahora bien –es posible que comente la primera persona–, soy inocente; después de todo, no puedo evitar que otra persona ignore o desdeñe el amor que con la misma riqueza se derrama sobre él que sobre mí». ¡Infinito, divino amor, que no hace distinción! ¡Ay, ingratitud humana! ¡Y si la igualdad entre nosotros, seres humanos, que tanto nos parecemos, fuera que ninguno de nosotros realmente piensa en que es amado!

Mientras me giro para mirar en la otra dirección[5], me gustaría permitirme la libertad (en agradecimiento por

5. Hacia la congregación.

hvad Deeltagelse og Velvillie der kan være blevet mig beviist) ligesom at overrække og anbefale Skrifterne til det Folk, hvis Sprog jeg med sønlig Hengivenhed og med næsten qvindelig Forelskelse er stolt af at have den Ære at skrive, dog ogsaa fortrøstende mig til, at det heller ikke skal have Skam af, at jeg har skrevet det.

Kjøbenhavn, i Eftersommeren 1851.
S. K.

la simpatía y la buena voluntad que me han sido mostradas) de presentar como tal y de brindar estos escritos a las personas cuya lengua, con devoción filial y casi femenina atracción, tengo el honor de emplear, también con el consuelo de que no será en su descrédito que los haya escrito.

Copenhague, veranillo de San Miguel de 1851
S. K.

LUC. VII, 47

BØN

Herre Jesus Christus! Du som vistnok ikke kom til Verden for at dømme, Du var dog, ved at være Kjerligheden der ikke blev elsket, Dommen over Verden. Vi kalde os Christne, vi sige, at vi vide Ingen at gaae til uden til Dig – ak til hvem skulle vi saa gaae hen, naar det, just ved Din Kjerlighed, ogsaa over os bliver Dommen, at vi elske lidet? til hvem, o Trøstesløshed, hvis dog ikke til Dig; til hvem, o Fortvivlelse, hvis Du virkelig ikke vilde forbarmende antage Dig os, tilgivende vor store Synd mod Dig og mod Kjerligheden, vi som syndede meget ved at elske lidet!

LUC. VII, 47: MEN HVEM LIDET FORLADES ELSKER LIDET

A. T. Ved Alteret lyder jo Indbydelsen «kommer hid alle I, som arbeide og ere besværede, jeg vil give Eder Hvile». Den Enkelte følger saa Indbydelsen; han gaaer op til Alteret. Derpaa vender

1. Juan 12, 47.
2. Juan 6, 68.

LUCAS 7, 47

ORACIÓN

Señor Jesucristo, tú que ciertamente no viniste al mundo para juzgar[1], sino que al ser amor que no fue amado tú fuiste el juicio sobre el mundo. Nos llamamos cristianos; decimos que no sabemos donde acudir excepto a ti; pues ¿a quién habríamos de acudir[2] cuando, precisamente por tu amor, recae sobre nosotros también el juicio de que amamos poco? A quién, ¡qué desconsuelo!, sino a ti; a quién, ¡qué desesperación!, si tú realmente no nos recibieras apiadándote de nosotros, perdonándonos nuestro gran pecado contra ti y contra el amor[3], ¡nosotros que pecamos mucho al amar poco!

LUCAS 7, 47: A QUIEN POCO SE LE PERDONA, POCO AMA

Devoto oyente, ante el altar se escucha pues la invitación: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré»[4]. El individuo singular responde a la invitación; se acerca al altar. Después se da la vuelta y

3. Juan 3, 17.19.
4. Mateo 11, 28.

han tilbage, forladende Alteret – da er der et andet Ord, det kunde være Indskriften over Kirkens Dør indvendig, ikke til at læse af dem, som gaae ind i Kirken, men kun til at læse af dem, som gaae ud af Kirken, dette Ord: hvem Lidet forlades, elsker lidet. Det første Ord er Alterets Indbydelse, det andet er Alterets Retfærdiggjørelse, som blev der sagt: hvis Du ved Alteret ikke fornam Dine Synders, hver Din Synds Forladelse, da ligger det i Dig selv, Alteret er uden Skyld, Skylden Din, fordi Du kun elsker lidet. O, som det er en vanskelig Sag i at bede ret at kunne komme til Amen – thi Den, der aldrig har bedet, ham synes det let nok, let nok at blive snart færdig; men Den, der følte Trang til at bede og begyndte at bede, hændes det vel, at det bestandigt er ham, som havde han noget Mere paa sit Hjerte, som kunde han ikke hverken faae sagt Alt, eller faae det Alt sagt som han ønskede det sagt, og saa kommer han ikke til Amen – saaledes er det ogsaa en vanskelig Sag, ret at annamme Syndernes Forladelse ved Alteret. Der tilsiges Dig alle Dine Synders naadefulde Forladelse. Hør det ret, tag det ganske bogstaveligen, alle Dine Synders Forladelse; Du skal fra Alteret kunne gaae bort, saa, gudelig forstaaet, let om Hjertet som et nyfødt Barn, paa hvem Intet, Intet tynger, altsaa endnu lettere om Hjertet, forsaavidt meget har tynget paa Dit Hjerte; der er ved Alteret Ingen, som beholder Dig end ikke den mindste af Dine Synder,

5. La disposición de Vor Frue Kirke: en el centro de la nave, presidiendo el altar, se encuentra el Cristo de Thorvaldsen con la inscripción de la invitación (Mateo 11, 28), y al pie de la nave, en

abandona el altar[5]. Entonces se encuentra con otras palabras –podrían ser la inscripción sobre la puerta de la iglesia, por dentro, no para ser leídas por aquellos que entran en la iglesia, sino solamente para aquellos que salen de ella–, las palabras: A quien poco se le perdona, poco ama. Las primeras palabras son la invitación a la sagrada comunión; las últimas son la justificación de la sagrada comunión, como si se dijera: Si en el altar no has sentido[6] el perdón de tus pecados, de cada uno de tus pecados, esto radica en ti; la sagrada comunión es sin mácula, la falta es tuya, porque tú amas solo un poco. Así como al rezar rectamente es difícil poder llegar a decir amén –al que nunca ha rezado le parece lo bastante fácil, fácil terminar rápidamente; pero para el que sintió la necesidad de rezar y comenzó a rezar, de seguro sucede que continuamente parece que tiene algo más sobre su corazón, como si no pudiera ni decirlo todo, ni decirlo todo como quería decirlo, y por tanto no alcanza a decir el amén–, de esta misma manera es también un asunto difícil recibir rectamente el perdón de los pecados en el altar. Allí se te pronuncia el misericordioso perdón de todos tus pecados. Escúchalo correctamente, tómalo por completo literalmente: el perdón de tus pecados. Podrás marcharte del altar tan ligero de corazón, en sentido divino, como un bebé recién nacido, sobre el cual nada, nada pesa; por tanto, incluso más ligero de corazón en la medida en que mucho ha pesado en tu corazón. En el altar

la entrada principal al templo, dos relieves también de Thorvaldsen: «La Compasión» y «El Ángel de la Guarda».

6. La palabra danesa es «fornam», pretérito de «fornemme»: sentir, percibir, comprender, saber, oír. Cf. las diferentes versiones de la Biblia para el versículo 1 Samuel 4, 6.

Ingen – hvis Du ikke selv gjør det. Saa kast dem da alle fra Dig; og Erindringen om dem – at Du ikke i den beholder dem; og Erindringen om, at Du har kastet dem fra Dig – at Du ikke i den beholder dem hos Dig: kast det Alt fra Dig, Du har slet Intet at gjøre uden troende at kaste af Dig, og at kaste af Dig hvad der jo tynger og besværer. Hvad kan være lettere! Ellers er det det Tunge, at skulle tage Byrder paa sig; men at turde, at skulle kaste af sig! Og dog hvor vanskeligt! Ja, endnu sjeldnere end En der paatog sig alle Byrder, endnu sjeldnere En der fuldkommede den tilsyneladende saa lette Opgave, efter at have modtaget Forsikkringen om sine Synders naadefulde Forladelse og Pantet derpaa, at føle sig ganske lettet for enhver – end den mindste Synd, eller for enhver – ogsaa den største Synd! Hvis Du kunde see i Hjerterne, Du vilde vistnok see, hvorledes Mangen, besværet, sukkende under den tunge Byrde, gaaer op til Alteret; og naar man saa gaaer derfra, hvis Du kunde see i Hjerterne, Du vilde muligt see, at der dog i Grunden ikke var en Eneste, der gik ganske lettet derfra, og Du vilde maaskee stundom see, at der var Den, der gik end mere besværet bort, besværet ved Tanken om, at han vel ikke havde været en værdig Gjest ved Alteret, siden han ingen Lindring fandt.

At dette er saa, ville vi ikke fordølge for hinanden, vi ville ikke tale saaledes, at Talen lader uvidende om, hvorledes det gaaer til i Virkeligheden, fremstiller Alt saa fuldkomment, at det slet ikke passer paa os virkelige Mennesker. O, nei, hvortil skulde saa Talen hjælpe! Men derimod, naar Ta-

no hay nadie que retenga contra ti ni el más insignificante de tus pecados[7], nadie, a no ser que tú mismo lo hagas. Así pues, arrójalos todos, y su recuerdo, no sea que en él los retengas; y arroja el recuerdo de que los has arrojado, no sea que los retengas en él. Arrójalo todo; no tienes nada que hacer excepto, creyendo, arrojarlos y arrojar lo que pesa y agobia. ¡Qué puede ser más sencillo! Normalmente, lo pesado es tener que llevar la carga a cuestas; pero atreverse ¡a tener que arrojarla lejos de uno mismo! Y sin embargo, ¡qué difícil! Sí, incluso más rara que una persona que se echó sobre sí toda su carga, más rara es la persona que logró la aparentemente tan sencilla tarea de, tras haber recibido la confirmación del misericordioso perdón de sus pecados y el compromiso que conlleva, sentirse completamente aliviado de todo pecado, incluso del más mínimo, o aliviado ¡incluso hasta del pecado más grande! Si pudieras escrutar los corazones, desde luego que verías cuántos van a comulgar apesadumbrados, suspirando bajo la pesada carga; y cuando regresan del altar, si pudieras escrutar sus corazones, posiblemente verías que, prácticamente, no habría siquiera uno que regresara completamente aliviado, y a veces quizá veas a alguien que regresa incluso más pesaroso, pesaroso por el pensamiento de que probablemente no era un invitado digno de comulgar, porque no halló alivio.

Que esto es así no nos lo ocultaremos mutuamente; no queremos hablar de manera que el discurso ignore cómo suceden las cosas en la realidad, describiéndolo todo a la perfección, como para que no encaje con nosotros, personas reales. Ah, no, ¡de qué serviría entonces

7. Juan 20, 23.

len gjør os saa ufuldkomne som vi ere, da hjælper den os til at bevares i en stadig Stræben, hverken berusede i Drømme at indbilde os, at Alt var afgjort med denne ene Gang, eller i stille Mismod at forsage, fordi det denne Gang ikke lykkedes os efter Ønske, ikke skeete, som vi havde bedet og begjeret.

Lader os da i de foreskrevne korte Øieblikke betænke dette Ord: men hvem Lidet forlades, elsker lidet, et *Dommens Ord,* men ogsaa et *Trøstens Ord.*

Og Du, m. T., lad Dig ikke forstyrre af, at jegtaler saaledes nu i dette Øieblik, inden Du gaaer op til Alteret, maaskee formenende og fordrende, at Den, der skal tale i dette Øieblik, han burde tale paa en anden Maade, anvende Alt for at berolige den Enkelte og gjøre ham tryg; hvis han da bagefter erfarede, at den hellige Handling dog ikke fuldkomment havde været til Glæde og Velsignelse for en Enkelt, da kunde han jo tale til ham paa en anden Maade. O, min Ven, deels er det sandeligen ikke saa, at det kun er en Enkelt hvem det Fuldkomne ikke lykkes, nei, det er kun en Enkelt hvem det Fuldkomne lykkes; deels er der en Bekymring, en inderlig Bekymring, som maaskee understøtter bedre til at det Høieste maa lykkes et Menneske, bedre end den for store Tillid og den for sorgløse Frimodighed. Der er en Længsel efter Gud, en Tillid til Gud, en Fortrøstning, en Haaben paa Gud, en Kjerlighed, en Frimodighed: men hvad der sikkrest finder ham er dog maaskee Sorgen efter Gud; Sor-

el discurso! Si, por el contrario, el discurso nos hace tan imperfectos como somos, entonces nos ayuda a mantenernos en un esfuerzo continuo; no nos hace imaginar, embriagados de sueños, que todo queda decidido esta vez, ni, en silencioso desánimo, renunciar porque esta vez no conseguimos nuestro anhelo, no sucedió lo que habíamos orado y deseado.

Permítasenos, en los breves instantes prescritos, considerar las siguientes palabras: Pero a quien poco se le perdona, poco ama –una *frase sentenciadora*, pero también una *frase consoladora*–.

Y tú, oyente mío, no te molestes porque yo hable así en este instante previo a comulgar, quizá opinando y exigiendo que el que debiera hablar en este momento habría de hacerlo de otro modo, dedicándose a tranquilizar al individuo singular y a hacerle sentirse seguro. Si el hablante se enterara después de que el acto sagrado no había sido completamente un gozo y una bendición para un individuo, entonces, claro que podría hablarle de otro modo. Ay, amigo mío, por un lado, verdaderamente no es que haya un solo individuo que no logre lo perfecto, no, es solamente un individuo quien logra lo perfecto. Por otro lado, hay una preocupación, una sincera preocupación que quizá ayude mejor a que un hombre logre lo más alto, mejor que tener demasiada confianza y despreocupada franqueza. Hay un anhelo de Dios, una confianza en Dios, una dependencia, una esperanza en Dios, un amor, una franqueza: pero lo que con más seguridad lo encuentre a Él, sin embargo, quizá sea tener pena de Dios[8]; ape-

8. Cf. el Discurso I, donde la maestra de esta pena –nótese bien que no pena del propio pecado– es la dolorosa, la que llora, a la que la espada de la aflicción le cruzó el alma: María, la madre de Jesús.

gen efter Gud – det er ingen flygtig Stemning, der strax forsvinder, idet man nærmer sig Gud, tværtimod den er maaskee dybest, just naar den kommer Gud nærmest, som den saaledes Sørgende er meest bange for sig selv, jo nærmere han kommer Gud.

Hvem Lidet forlades, elsker lidet. Det er Dommens Ord.

I Almindelighed fremstilles det vel saaledes: Retfærdigheden, det er den strenge Dom; Kjerligheden er den Milde, som ikke dømmer, og dømmer den, Kjerlighedens Dom er den milde Dom. Nei, nei, Kjerlighedens Dom er den strengeste Dom. Var ikke den strengeste Dom, der er gaaet over Verden, strengere end Syndfloden, strengere end Babels Forvirring, end Sodoma og Ghomorras Undergang, var den ikke Christi uskyldige Død, der dog var Kjerlighedens Offer? Og hvilken var Dommen? dog vel den: «Kjerligheden» blev ikke elsket. Saaledes ogsaa her. Dommens Ord lyder ikke: hvem Lidet forlades, han syndede meget, saa altsaa hans Synder vare for store og for mange, til at de kunne tilgives; nei, Dommen lyder: han elsker lidet. Det er altsaa ikke Retfærdigheden, der strengt negter Syndernes Tilgivelse og Forladelse; det er Kjerligheden, der mildt og forbarmende siger: *jeg* tilgiver Dig Alt – forlades Dig kun Lidet, saa er det fordi Du kun elsker lidet. Retfærdigheden sætter strengt Grændsen og siger: ikke videre, nu er Maalet fyldt, for Dig er ingen Forladelse; men derved bliver det ogsaa. Kjerligheden siger: Alt er Dig tilgivet – forlades Dig kun Lidet, da er det fordi Du kun elsker lidet; saa der altsaa kom-

narse de Dios. No es un estado de ánimo efímero que inmediatamente desaparece a medida que uno se acerca a Dios; al contrario, quizá es más profundo cuanto más cerca está uno de Dios, tal y como el así apenado está más temeroso de sí mismo cuanto más se acerca a Dios.

A quien poco se le perdona, poco ama. Es una frase sentenciadora.

Normalmente el asunto se presenta del siguiente modo: la justicia es el juicio severo; el amor es suavidad que no juzga, y si juzga, el juicio del amor es el juicio suave. No, no, el juicio del amor es el juicio más severo. ¿Acaso no fue el juicio más severo lanzado al mundo, más severo que el diluvio[9], más severo que la confusión de Babel[10], más que la destrucción de Sodoma y Gomorra[11], la muerte inocente de Cristo, que con todo fue el sacrificio del amor? ¿Y cuál fue el juicio? Ciertamente fue el siguiente: «El amor» no fue amado. Lo mismo sucede aquí. La frase sentenciadora no dice: A quien poco se le perdona, peca mucho, de ahí que sus pecados fueran enormes y demasiados para poder ser perdonados. No, el juicio pronuncia: Poco ama. Por tanto, no es la justicia la que severamente niega el perdón y remisión de los pecados; es el amor, que suave y misericordiosamente dice: Te perdono todo –si se te perdona poco, se debe a que amas solamente un poco–. La justicia establece severamente los límites y dice: Ya basta, ahora queda establecido el límite, para ti no cabe el perdón; no hay nada más que decir. El amor dice: Todo te es perdonado –si se te perdona poco, ello se debe a que amas solamente

9. Génesis 7, 8.
10. Génesis 11, 9.
11. Génesis 19, 1-29.

mer en ny Synd til, en ny Skyld, den at forskylde at kun Lidet tilgives, at forskylde det ikke ved de begangne Synder, men ved Mangelen paa Kjerlighed. Vil Du lære at frygte, da lær at frygte, ikke Retfærdighedens Strenghed, men Kjerlighedens Mildhed!

Retfærdigheden seer dømmende paa et Menneske, og Synderen kan ikke udholde dens Blik; men Kjerligheden, naar den seer paa ham, ja om han end unddrager sig dens Blik, slaaer Øiet ned, han fornemmer dog alligevel, at den seer paa ham; thi Kjerligheden trænger langt inderligere ind paa Livet, ind ved Livet, ind der, hvorfra Livet udgaaer, end Retfærdigheden, som frastødende befæster det svælgende Dyb mellem Synderen og sig, medens Kjerligheden jo staaer paa hans Side, anklager ikke, dømmer ikke, tilgiver og forlader. Retfærdighedens dømmende Stemme kan Synderen ikke udholde, han søger, om muligt, at lukke sit Øre for den; men om han end vilde, det er ham umuligt ikke at høre Kjerligheden, hvis Dom, o frygtelige Dom, er: Dine Synder ere Dig forladte! Frygtelige Dom, hvis Ord dog i og for sig ere Intet mindre end det Forfærdelige; og just derfor kan Synderen ikke lade være at høre, hvad der dog er Dommen. Hvor skal jeg henflye fra Retfærdigheden, tager jeg Morgenrødens Vinger og flyver til det yderste Hav, da er den der, og skjuler jeg mig i Afgrunden, da er den der, og saaledes paa ethvert Sted, dog nei, der er eet Sted, hvor jeg kan flye hen: til Kjerligheden; men naar Kjerligheden dømmer Dig, og Dommen er – o, Rædsel! – Dommen er: Dine Synder ere Dig

un poco–. Y así, viene un nuevo pecado, una nueva culpa, la culpa de haber sido perdonado solamente un poco, una culpa incurrida no por los pecados cometidos, sino por falta de amor. Si quieres aprender a temer, entonces aprende a temer, ¡no la severidad de la justicia, sino la suavidad del amor!

La justicia mira sentenciadoramente a una persona y el pecador no puede soportar su mirada. Pero el amor, cuando lo mira, sí, incluso si él evita su vista, si baja la mirada, percibe sin embargo que le está mirando, porque el amor penetra en la vida mucho más internamente, en lo profundo de la vida, allí donde emana la vida, que la justicia, la cual repeliendo establece un hondo abismo entre el pecador y ella, mientras que el amor se mantiene a su lado, no acusa, no juzga, sino que perdona y confía. El pecador no puede soportar la voz sentenciadora de la justicia; intenta, en la medida de lo posible, taparse los oídos. Pero aun queriendo esto mismo, sería imposible no oír al amor, cuyo juicio, ay aterrador juicio, es: ¡Tus pecados te son perdonados! Aterrador juicio, aunque las palabras en sí mismas están lejos de ser aterradoras; y por ello precisamente el pecador no puede evitar escuchar lo que empero es el juicio. ¿A dónde escaparé de la justicia? Si tomo las alas de la aurora, si voy a parar a lo último del mar, allí se encuentra[12]. Y si en el seol me acuesto, allí se encuentra, y del mismo modo en cualquier lugar. Mas no, hay un lugar adonde puedo huir: al amor. Pero cuando el amor te juzga, y el juicio es –¡qué horror!–, el juicio es: ¡Tus pecados te son perdona-

12. Salmo 139.

forladte! Dine Synder ere Dig forladte – og dog er der Noget (ja dette Noget er i Dig, hvor i al Verden skulde det ellers finde sit Tilholdssted, naar Kjerligheden tilgiver Alt!), der er Noget i Dig, som gjør, at Du fornemmer, at de ere Dig ikke forladte. Hvad er saa den strengeste Doms Rædsel mod denne Rædsel! Hvad er saa Vredens strenge Dom, Forbandelsen, mod denne Dom: Dine Synder ere Dig forladte! Saa er jo næsten Retfærdigheden Mildhed, der siger, som Du siger: nei, de ere Dig ikke forladte! Hvad er «Brodermorderens» Lidelse, naar han flygtig og ustadig frygter, at Enhver skal kjende ham paa Retfærdighedens Mærke, der dømte ham – hvad er denne Lidelse mod den Ulyksaliges Qvaler, hvem det blev Dommen, ikke Frelsen: Dine Synder ere Dig forladte! Frygtelige Strenghed! At Kjerligheden, at det er Kjerligheden, den tilgivende Kjerlighed, der, ikke dømmende, nei, ak selv lidende derved, dog forvandles til Dommen; at Kjerligheden, den tilgivende Kjerlighed, der ikke vil, som Retfærdigheden, gjøre Skylden aabenbar, tværtimod vil skjule den ved at tilgive og forlade, at det dog er den, der, ak selv lidende derved,gjør Skylden frygteligere aabenbar end Retfærdigheden!

Tænk denne Tanke: det Selvforskyldte. Det er selvforskyldt, siger Retfærdigheden, at der for det

13. Génesis 4, 13-15.

14. El término utilizado en danés es «det selvforskyldte», que deriva del adjetivo «selvforskyldt». Normalmente significa *por culpa propia* y en los textos bíblicos es usual verlo en una expresión que se traduce como *llevarse su merecido*. Cf., por ejemplo, Lucas 23, 41, sobre el buen ladrón, que dijo: «Og vi har fået den med rette; *vi*

dos! Tus pecados te son perdonados, y sin embargo hay algo (desde luego que ese algo está en ti, ¡dónde si no podría hallarse su paradero, cuando el amor lo perdona todo!), hay algo en ti que hace que sientas que no te han sido perdonados. ¡Qué es el horror del juicio más severo frente a este horror! Qué es el juicio más severo de la ira, la maldición, frente a este horror: ¡Tus pecados te son perdonados! Así, ciertamente es casi un consuelo que la justicia diga como tú dices: ¡No, no te están perdonados! Qué es el sufrimiento del fratricida cuando, huidizo e inestable, teme que todos lo reconozcan por la señal de la justicia que le condenó[13]; qué es dicho sufrimiento frente al tormento del desdichado para quien las siguientes palabras se convierten en juicio y no salvación: ¡Tus pecados te son perdonados! ¡Aterradora severidad! ¡Que el amor, que sea el amor, el amor redentor, el que sin juzgar, eso no, sino él mismo sufriente, sea empero transformado en el juicio! ¡Que el amor, el amor redentor, que no quiere, como la justicia, poner la culpa de manifiesto, sino que al contrario quiere ocultarla mediante el perdón y la remisión, que sea empero lo que él mismo sufriente haga la culpa más aterradoramente manifiesta que la justicia!

Medita sobre esta idea: lo autoinfligido[14]. Es autoinfligido, dice la justicia, respecto de aquello por lo cual

får kun løn som forskyldt, men han har intet ondt gjort» («Y nosotros con razón, porque *nos lo hemos merecido* con nuestros hechos; en cambio, éste nada malo ha hecho» (Biblia de Jerusalén). Ahora bien, aquí se traduce por *lo autoinfligido*, pues el presente contexto permite distanciarlo tanto de la autoculpa como de lo automerecido, porque es precisamente según quien actúe de juez, o bien la justicia o bien el amor, por lo que la persona sea imputada como merecedora del castigo por haber sido culpable o reciba verdadero consuelo, sea perdonada, remitida a un nuevo comienzo, redimida.

Menneske ingen Tilgivelse er; den tænker derved paa hans mange Synder, thi Retfærdigheden kan Intet glemme. Kjerligheden siger: det er selvforskyldt – den tænker derved ikke paa hans mange Synder, o nei, den er villig til at glemme dem alle, den har glemt dem alle; og dog, det er selvforskyldt, siger Kjerligheden. Hvilket er det Forfærdeligste? dog vel det Sidste, der jo næsten lyder som afsindig Tale; thi Anklagen er ikke hans Synder, nei, Anklagen er: det er ham tilgivet, det er ham Alt tilgivet. Tænk en Synder, der synker i Afgrunden, hør dette Angestraab, naar han i sidste Suk lader Retfærdigheden, hvilken hans Liv spottede, vederfares Ret og siger: det er selvforskyldt. Forfærdeligt! Der er kun eet Forfærdeligere, hvis det ikke er Retfærdigheden han taler til, men Kjerligheden og siger: det er selvforskyldt. Lader Retfærdigheden sig ikke spotte, sandeligen endnu mindre Kjerligheden. Strengere end Retfærdighedens strengeste Dom over den største Synder er Kjerlighedens: ham forlades Lidet – fordi han kun elsker lidet.

Hvem Lidet forlades, elsker lidet. Det er Dommens Ord, men ogsaa et *Trøstens* Ord.

Ikke veed jeg, m. T., hvad Du forbrød, hvilken Din Skyld, Dine Synder ere; men den Skyld bleve vi dog nok alle, mere eller mindre, skyldige i: kun at elske lidet. Saa trøst Dig da ved Ordet, som jeg trøster mig ved det. Og hvorledes trøster jeg mig? Jeg trøster mig ved, at Ordet jo Intet udsiger om den guddommelige Kjerlighed, men kun Noget om min. Ordet siger ikke, at nu er den guddommelige Kjerlighed blevet træt af at være Kjerlighed,

no cabe el perdón de una persona; así que piensa en sus muchos pecados, pues la justicia no puede olvidar nada. El amor dice: Es autoinfligido. Así pues, no piensa en sus muchos pecados, no, está deseando olvidarlos todos, los ha olvidado todos; y, sin embargo, es autoinfligido, dice el amor. ¿Cuál es el más horrible? Pues bien, el último, lo cual suena a discurso demencial, porque la imputación no son sus pecados, no, la imputación es: Le ha sido perdonado, todo le ha sido perdonado. Piensa en un pecador que se hunde en el abismo, oye su grito de angustia cuando con su último suspiro vindica a la justicia, a la cual su vida ha burlado, que dice: Es lo autoinfligido. ¡Terrible! Solamente hay una cosa más terrible si no es la justicia con quien él habla, sino con el amor, que dice: Es lo autoinfligido. La justicia no se deja burlar[15], en verdad aún menos el amor. Más severo que el juicio más severo de la justicia sobre el mayor pecador es el del amor: Poco se le perdona... porque poco ama.

A quien poco se le perdona, poco ama. Es una frase sentenciadora, pero también una frase *consoladora.*

No sé, oyente mío, cuál es tu crimen, tu culpa, cuáles tus pecados, pero seguramente todos nosotros somos culpables, en mayor o menor medida, de la culpa de amar solamente un poco. Halla consuelo, entonces, en la frase, así como yo hallo consuelo en ella. Y ¿cómo hallo consuelo? Me consuelo porque la frase no dice nada sobre el amor divino, sino solamente algo sobre el mío. La frase no dice que ahora el amor divino se haya cansado de ser amor, que ahora haya cambiado, cansado del des-

15. Gálatas 6, 7.

at den nu har forandret sig, træt af i ubeskrivelig Forbarmelse ligesom at ødsles paaMenneskenes utaknemlige Slægt eller paa mig Utaknemlige, at den nu er blevet noget Andet, en mindre Kjerlighed, dens Varme afkjølet, fordi Kjerligheden blev kold i Menneskenes utaknemlige Slægt eller i mig Utaknemlige. Nei, derom taler Ordet slet ikke. Og trøst Dig, som jeg trøster mig – hvorved? Derved, at Grunden, hvorfor Ordet ikke siger det, er, at det hellige Ord ikke lyver, saa det da ikke tilfældigviis eller grusomt er blevet fortiet i Ordet, medensdet dog i Virkeligheden er saa, at Guds Kjerlighed er blevet træt af at elske. Nei, naar Ordet ikke siger det, saa er det heller ikke saa; og om Ordet sagde det – nei Ordet kunde ikke sige det, thi Ordet kan ikke lyve. O, i dybeste Sorg saligste Trøst!

Hvis Guds Kjerlighed i Sandhed havde forandret sig; hvis Du Intet havde hørt derom, men bekymret over Dig selv, at Du hidtil kun havde elsket lidet, med fromt Forsæt havde stræbt at bringe Kjerligheden i Dig til at flamme, og ved det Samme, ved hvilket Du bragte den i Flamme, næret Flammen – og nu, om end beskæmmet i Følelsen af, hvor ufuldkommen dog Din Kjerlighed var, nu vilde Du nærme Dig Gud, for, efter Skriftens Ord, at forlige Dig med ham: men han havde forandret sig! Tænk Dig en elskende Pige; bekymret tilstaaer hun sig selv, hvor lidet hun dog hidtil har elsket – nu saa vil jeg da ogsaa, siger hun til sig selv, blive lutter Kjerlighed. Og det lykkes hende; disse Bekymringens Taarer, hun fælder i Sorg over sig selv, disse Taarer – de slukke ikke Ilden, nei dertil

perdicio, como si dijéramos, de la indescriptible misericordia sobre la desagradecida raza humana o sobre mí, el desagradecido. La frase no dice que el amor divino se haya ahora transformado en otra cosa, un amor menor, cuyo calor se haya entibiado debido a que el amor se volvió frío en la desagradecida raza humana o en mí, el desagradecido. No, las palabras no hablan de esto en absoluto. Halla consuelo como yo hallo consuelo. ¿En qué? En esto: en que la razón por la cual no dicen eso es porque la palabra sagrada no miente; así pues, por tanto, no es que se haya suprimido accidental o cruelmente en la frase mientras que en realidad es verdad que el amor de Dios se ha cansado de amar. No, si la frase no lo dice, entonces no es el caso; y si la frase lo dijera... no, la frase no podría decirlo, porque la palabra no miente. ¡Ay, en la más honda pena el más beatífico consuelo!

Si el amor de Dios hubiera cambiado de veras; si tú no hubieras oído nada al respecto, pero, preocupado por ti por haber amado solo un poco, con devoto propósito te hubieras esforzado en reavivar el fuego del amor en ti y, tal y como lo habías inflamado, lo alimentaras, y ahora, aunque te avergonzaras de lo imperfecto que aun así es tu amor, ahora quisieras acercarte a Dios para, de acuerdo con las Escrituras[16], reconciliarte con Él... ¡pero Él habría cambiado! Imagínate una joven enamorada: preocupada, se confiesa a sí misma lo poco que ha amado hasta ahora, pero ahora se dice a sí misma: Me convertiré en puro amor. Y lo logra. Las lágrimas de preocupación que derrama por pena de sí misma, estas lágrimas no apagan el fuego; no, es más, son para enardecerlo;

16. 2 Corintios 5, 20.

ere de for brændende, o nei, just disse Taarer bringer Ilden til at flamme: men imidlertid havde den Elskede forandret sig, han var ikke mere den Kjerlige. O, een Bekymring for et Menneske! O, for et Menneske kan een Bekymring være nok, mere kan intet Menneske bære; skulde et Menneske, idet han i Selvbekymring maatte tilstaae sig selv, hvor lidet han hidtil havde elsket Gud, ængstes af den Tanke, om Gud nu ikke imidlertid kunde have forandret sig: saa, ja saa vil jeg fortvivle, og jeg vil fortvivle strax, thi saa er der Intet mere at bie paa, hverken i Tid eller i Evighed. Men derfor trøster jeg mig ved Ordet; og jeg spærrer mig enhver Udflugt, og jeg skaffer alle Undskyldninger til Side og alle Besmykkelser, og blotter Brystet, hvor jeg skal saares af Ordet, der dømmende trænger ind, dømmende «Du elskede kun lidet». O, træng kun dybere ind, end dybere, Du helbredende Smerte «Du elskede slet ikke» – selv naar Dommen lyder saaledes, jeg fornemmer i een Forstand ingen Smerte, jeg fornemmer en ubeskrivelig Salighed; thi just min Dom, Dødsdommen over mig og min usle Kjerlighed, den indeholder tillige noget Andet: Gud er uforandret Kjerlighed.

Saaledes trøster jeg mig. Og jeg finder skjult en Trøst i Ordet, som vel ogsaa Du finder, m. T., just naar Du hører Ordet saaledes, at det saarer Dig. Thi der staaer ikke, hvem Lidet forlades, *«elskede»* lidet, nei der staaer: *elsker* lidet. O, naar Retfærdigheden dømmer, den gjør Regnskabet op, den

no, precisamente estas lágrimas hacen que el fuego se inflame. Pero, mientras tanto, el amado había cambiado, había dejado de ser el amante. ¡Ay, una preocupación para una persona! Una preocupación puede ser suficiente para una persona; ningún ser humano puede soportar más. Si una persona, cuando preocupada por sí misma ha de confesarse a sí misma lo poco que ha amado a Dios hasta ahora, se angustia por la idea de que mientras tanto Dios haya podido cambiar, entonces, sí, entonces desesperaré, y desesperaré de inmediato, porque entonces no queda nada que esperar, ni en el tiempo ni en la eternidad. Mas por lo tanto me consuelo con la frase y bloqueo todas las salidas de escape y aparto de mí todas las excusas y todas los enmascaramientos y pongo al descubierto mi pecho en el que seré herida por la frase que sentenciadoramente penetra juzgando: «Has amado solo un poco». Ay, y solo penetras más hondamente, incluso más hondamente, tú dolor sanador, cuando este es el juicio: «No has amado nada en absoluto». Aun cuando este sea el juicio, en un sentido no noto el dolor, noto una indescriptible dicha; pues precisamente mi condena, la condena de muerte que pesa sobre mí y mi miserable amor, contiene algo distinto: Dios es amor inmutable[17].

Así hallo consuelo. Y escondido en la frase encuentro un consuelo como tú, oyente mío, claro que también encuentras, precisamente cuando escuchas la frase así, de manera que te hiere. Pues no mantiene que a quien poco se le perdona, *amó* poco; no, lo que mantiene es: *ama* poco. Ay, cuando la justicia enjuicia hace balance de las

17. El último discurso edificante que Kierkegaard publicó fue en septiembre de 1855, muy poco antes de morir, y se titula *La inmutabilidad de Dios*.

slutter af, den bruger den forbigangne Tid, den siger: han *elskede* lidet, og siger dermed, at nu er den Sag for stedse afgjort, vi To ere skilte ad, har ikke mere med hinanden at skaffe. Ordet, Kjerlighedens Ord derimod lyder: hvem Lidet forlades, han elsker lidet. Han elsker lidet; han *elsker*, det vil sige: saaledes er det nu, nu i dette Øieblik – mere siger Kjerligheden ikke; uendelige Kjerlighed, at Du saaledes bliver Dig selv tro i end Din mindste Yttring! Han elsker lidet nu, i dette Nu. Men hvad er Nuet, og hvad er Øieblikket – hurtigt, hurtigt er det forbi; og nu, i det næste Øieblik, nu er Alt forandret, nu elsker han, om ikke meget, han stræber dog at elske meget; nu er Alt forandret, kun ikke «Kjerligheden», den er uforandret, uforandret den Samme, der kjerligt har biet paa ham, kjerligt ikke nænt at lade det være afgjort med ham, ikke nænt at søge Skilsmissen fra ham, men er blevet hos ham, og nu er det ikke Retfærdigheden, der afsluttende siger: han elskede lidet, nu er det Kjerligheden, der glad i Himlensiger: han elskede lidet, det er, nu er det forandret, det var den Gang, nu, nu elsker han meget.

Men er det saa dog i Grunden ikke saa, at Syndens Forladelse *fortjenes,* vel ikke ved Gjerninger, men ved Kjerlighed; naar det siges, at hvem Lidet forlades, elsker lidet, ligger saa ikke deri, at det er Kjerligheden, der gjør Udslaget, om Ens Synder, og hvorvidt Ens Synder skulle tilgives – og saa *fortjenes* jo Syndernes Forladelse? O, nei. I det samme Evangelium noget tidligere (V. 42 Slutning) taler Christus om to Skyldnere, af hvilke den Ene var

cuentas, las cierra, utiliza el tiempo pasado, y dice: *Amó* poco; y por tanto dice que el asunto está ahora zanjado; los dos quedamos separados, sin tener nada que ver el uno con el otro. Las palabras, las palabras del amor por el contrario proclaman: A quien poco se le perdona, poco ama. *Ama* poco; ama, es decir, esto es así ahora, ahora en este mismísimo momento: más no dice el amor; ¡infinito amor que te mantienes fiel a ti mismo de este modo, incluso en tu más mínima expresión! Ama poco ahora, en este momento. Pero qué es el ahora, y qué el momento –rápido, rápido, se fue–. Y ahora, en el siguiente instante, ahora todo ha cambiado, ahora ama, aunque no mucho, se esfuerza sin embargo en amar mucho; ahora todo ha cambiado, excepto «el amor», pues es inmutable, inmutablemente el mismo que amorosamente le ha estado esperando, que amorosamente no ha querido dejarlo, no ha querido buscar la separación, sino que ha permanecido a su lado. Ahora no se trata de la justicia que resolutoriamente dice: Amó poco; ahora es el amor que con gozo en el cielo dice[18]: Amó poco, es decir, ahora ha cambiado; una vez fue así, ahora, ahora ama mucho.

Pero, aun así, ¿acaso no es en el fondo el perdón de los pecados algo *merecido*, claro que no por las obras, sino por el amor? Cuando se dice que a quien poco se le perdona ama poco, ¿acaso no implica esto que es el amor quien decide el resultado, si los pecados de uno y hasta qué punto los pecados de uno habrán de ser perdonados y, por tanto, *se merece* el perdón de los pecados? Oh, no. Un poco antes en el mismo evangelio (v. 42 hasta el final), Cristo habla acerca de dos deudores, uno de

18. Lucas 15, 17.

Meget, den Anden Lidet skyldig, og som begge fandt Til|givelse – han spørger: hvilken af disse To bør elske meest? Og Svaret er: Den, hvem Meget blev tilgivet. Agt nu paa, hvorledes vi dog ikke komme ind i det Fortjenstliges usalige Egne, men hvorledes Alt bliver indenfor Kjerligheden! Naar Du elsker meget, forlades Dig Meget – og naar Dig Meget forlades, elsker Du meget. See her den salige, Frelsens Tilbagevenden i Kjerligheden! Først elsker Du meget, og Meget bliver Dig saa forladt – o, og see, saa tager Kjerligheden endnu stærkere paa, dette, at saa Meget blev Dig forladt, det fremelsker endnu engang Kjerligheden, og Du elsker meget, fordi Meget blev Digforladt! Det er med Kjerligheden her som med Troen. Tænk Dig En af hine Ulykkelige, hvem Christus helbredede ved et Mirakel. For at skulle helbredes maa han troe – nu troer han, og bliver helbredet. Nu er han helbredet – og nu bliver Troen end een Gang stærkere, nu da han er frelst. Det er ikke saaledes: han troede, og saa skeete Miraklet, og saa var det forbi; nei Opfyldelsen forøger ham end een Gang Troen, efter Opfyldelsen er hans Tro een Gang saa stærk, som da han troede, førend han blev frelst. Og saaledes med det at elske meget. Stærk er den Kjerlighed,guddommelig stærk i Svaghed, den Kjerlighed, som elsker meget, og hvilken saa Meget forlades; men endnu stærkere er Kjerlighedens anden Gang, naar den samme Kjerlighed anden Gang elsker, elsker, fordi Meget blev forladt.

M. T. Du erindrer vel Begyndelsen af denne Tale. Man kan i det høitidelige Øieblik forstyrre paa tvende Maader: ved at tale om det Uvedkommende,

los cuales debía mucho y el otro poco, y de que ambos hallaron el perdón, y pregunta: ¿Cuál de estos dos debería amar más? Y la respuesta es: Aquel a quien más se le ha perdonado. Nótese cómo, sin embargo, no hemos entrado en la desventurada región de lo meritorio, ¡cómo todo permanece dentro del amor! Cuando amas mucho, se te perdona mucho; y cuando se te perdona mucho, amas mucho. ¡Observa aquí la bienaventurada recurrencia de la salvación en el amor! Primero amas mucho, y entonces se te perdona mucho. ¡Oh, lo ves, entonces el amor se refuerza más aún! El que hayas sido perdonado mucho, amamanta[19] al amor de nuevo y amas mucho ¡porque mucho se te ha perdonado! Aquí con el amor pasa como con la fe. Imagina uno de esos desafortunados a los que Cristo sanó con un milagro. Para ser sanado, la persona ha de creer; ahora cree y es sanado. Ahora es sanado, y su fe es el doble de firme ahora que ha sido salvado. No sucede del siguiente modo: creyó y entonces aconteció el milagro y entonces todo se terminó. No, el cumplimiento acrecienta en él su fe; tras el cumplimiento, su fe es dos veces más firme de lo que era antes de ser salvado. Del mismo modo sucede con amar mucho. El amor que ama mucho y que entonces se le perdona mucho es fuerte, divinamente fuerte en su debilidad, pero aún más fuerte es el amor por segunda vez, cuando el mismo amor ama otra vez; ama, porque se le ha perdonado mucho.

Oyente mío, seguramente recuerdas el comienzo de este discurso. En este solemne momento se puede molestar de dos formas: hablando de algo irrelevante, aunque

19. «Fremelsker», cf. Discurso II, nota 4.

selv om dette forresten er baade vigtigt og Talen betydningsfuld; eller ved at tale forstyrrende om Det, som i et saadant Øieblik er En det nærmeste. «Hvem Lidet forlades, elsker lidet» – det kunde synes forstyrrende just i dette Øieblik, forinden Du nu gaaer op til Alteret, hvor Du jo annammer alle Dine Synders Forladelse. O, men som det Opbyggelige i sit Første altid er det Forfærdende, og som al sand Kjerlighed i sit Første altid er Uro, og som Kjerlighed til Gud i sit Første altid er Sorg: saaledes er hvad der synes det Forstyrrende ikke altid det Forstyrrende; det i Sandhed Beroligende er altid i sit Første det Foruroligende. Men er der nogen Sammenligning mellem disse tvende Farer: den, i bedragersk Tryghed at være beroliget, og den, at foruroliges ved at blive mindet om det Foruroligende – nu om hvilket Foruroligende? om *det* Foruroligende: at ogsaa det kan tilgives, hvis man hidtil kun elskede lidet. Det er selsomtmed det Foruroligende; Den, der ret dannedes ved dette, det er sandt, han seer ikke saa stærk ud som Den, der blev uvidende derom. Men i det sidste Øieblik da er han, just ved Afmagten, dog maaskee den Stærkeste, i det sidste Øieblik lykkes, just ved Afmagten, maaskee ham, hvad der ikke lykkes den Stærkeste.

Saa velsigne da Gud denne foruroligende Tale, at den kun til det Gode maatte have foruroliget Dig, at Du ved Alteret beroliget maatte fornemme, at Du annammer alle Dine Synders naadefulde Forladelse.

el asunto sea por otro lado importante y el discurso significativo; o hablando perturbadoramente sobre algo que en ese preciso instante es para uno lo más próximo. «A quien poco se le perdona, poco ama»: esto podría parecer perturbador en este momento, antes de ir a comulgar, donde ciertamente recibes el perdón de los pecados. Ay, pero así como algo que edifica es siempre terrible al principio, y así como el amor verdadero está siempre inquieto al principio, y así como el amor a Dios es siempre pena al principio, de manera similar, lo que parece perturbador no es siempre perturbador, lo verdaderamente aquietador es siempre inquietante al principio. Pero ¿acaso hay alguna comparación entre estos dos peligros, el de ser aquietado por una falsa seguridad y el de ser perturbado por dejarse recordar lo inquietante? ¿Qué inquietante? Lo inquietante que es que, si hasta ahora uno ha amado solo un poco, esto también puede ser perdonado. La inquietud es extraña, pues es verdad que quien se forma rectamente en esto no parece tan fuerte como quien permanece ignorándolo. Pero en el último momento, precisamente con su debilidad, es quizá más fuerte; en el último momento quizá triunfa, precisamente con su debilidad, donde el fuerte es vencido.

Que Dios bendiga entonces este discurso inquietante para que te haya inquietado solamente para bien, para que tú, aquietado en la comunión, te des cuenta de que recibes el misericordioso perdón de todos tus pecados.

EPÍLOGO

A PROPÓSITO DE LA CATEGORÍA «PENA» EN LA OBRA DE KIERKEGAARD

POR NEKANE LEGARRETA

La pena es una categoría vertebrada de forma transversal a lo largo de la obra de Kierkegaard. Recorre toda su extensión, pero sin constituir un monográfico, como es el caso, por ejemplo, del concepto de ansia (véase *Begrebet Angest*, publicado en español bajo el título *El concepto de angustia*); tampoco se le dedica un tratado específico, como sucede con la categoría «desesperación» en *La enfermedad para muerte* (véase *Sygdommen tin Døden*, publicado en español bajo el título *La enfermedad mortal*). Respetando la línea del autor, lo suyo es, por consiguiente, que en este epílogo no corresponda hacer un estudio exhaustivo sobre la pena. Ahora bien, merece que le dediquemos un pequeño espacio, a modo de puerta de entrada, porque la pena es un elemento muy sugerente y de gran hondura en los escritos de Kierkegaard y, como se ha podido entrever en estos discursos, cierta pena guarda muy estrecha relación tanto con la vida bien vivida como con saber amar de veras.

Kierkegaard marca el comienzo de su andadura como autor –y autor de autores– en 1843, con un pie en la ruta de los escritos llamados estéticos, en su mayoría firmados por diferentes autores creados por él –los consabidos pseudónimos–, y con otro en la ruta de los escritos genéricamente conocidos como religiosos, algunos publicados bajo pseudónimo, si bien la mayoría lo fueron bajo

su propio nombre. Caminando bípedo por una sola ruta, aunque parezcan dos o muchas más, esta intricada coautoría polinómica y sinfónica le permite a Kierkegaard acercarnos como lectores a explorar desde multitud de puntos de vista esta vida que nos vamos haciendo, y entre sus muchas cuestiones, la riqueza de este sentimiento humano que es la pena.

En los dos primeros libros que publica en 1843, *O lo uno o lo otro* y *Dos discursos edificantes*, ya brotan en corro, entre otros tantos temas, la pena, el consuelo y la alegría, y lo hacen de la mano de unas mujeres y de la palabra del apóstol Santiago, a quien, por cierto, en su momento el reformista Lutero había extirpado del canon. Casi diez años después, en los últimos discursos que salen a la luz poco antes de su muerte –*Dos discursos para la comunión de los viernes* (1851), uno de los cuales forma parte de la presente edición, *Para un examen de sí mismo recomendado a este tiempo* (1851) y *La inmutabilidad de Dios* (1855)–, continúan en boca de Kierkegaard la pena y el consuelo, manteniendo a la mujer como maestra de ambos y la palabra del apóstol Santiago como misericordiosa autoridad.

En efecto, de una mujer, bajo diversos nombres y rostros que figuran en las artes, aprendemos a situar la pena, a educarla y a ejercitarla. Esta categoría se introduce por primera vez en *O lo uno o lo otro* como un sentimiento en clave estética, es decir, asociado a los sentidos (*aisthesis*), a lo erótico sensual y a ciertas damas célebres de la literatura universal y el arte (*aisthetike*) que son prototipos de la pena. Cual torrente, este sentimiento va fluyendo por textos posteriores y diferentes contextos con nuevos puntos de vista y adquiriendo cuerpo de sentimiento

éticamente deseable y religiosamente encomendado. A fin de poner en reserva la concepción de los estadios de la vida kierkegaardianos como pasos en los que estadios supuestamente inferiores como el estético (o incluso el ético) se desdeñan en aras de alcanzar lo supuestamente supremo, es decir, lo estrictamente religioso, cabe destacar que en el conjunto de la obra de Kierkegaard la pena se muestra como una categoría elástica que abarca todas las concepciones de la vida; la pena es una categoría del todo humana, una categoría estética, ética y religiosa. Antígona se apena, la Margarita de Fausto se aflige, y Jesús se conmueve con las lágrimas de las hermanas de Lázaro y llora por su amigo.

En español, la voz «pena» tiene numerosos significados, que van desde el contexto jurídico, en tanto que castigo impuesto por delito o falta, hasta el contexto ornitológico, en tanto que pluma de ave e incluso pluma de escribir. En danés, el término fundamental utilizado por Kierkegaard es *sorg*, que se traduce como pena, dolor, pesar, duelo, preocupación, disgusto, pesadumbre, congoja, aflicción, tribulación, tristeza, luto. Una sola acepción, es decir, la pena como cuidado, aflicción o sentimiento interior grande, según definición de la RAE, engloba un amplio campo semántico, aunque su uso más inmediato, parafraseando a María Moliner, sea el de tristeza por la muerte de un ser querido, un desengaño o una ingratitud. Dicho campo semántico, además del extenso listado ya indicado para la traducción de *sorg*, incluye la pena como desazón, consternación, abatimiento, desolación, cuita, melancolía, desconsuelo. Semánticamente, ni en español ni en danés la pena es desesperación. Kierkegaard, desde luego, tampoco las confunde y, si bien de la deses-

peración cuelga el título de enfermedad espiritual para muerte, la pena llega a ser un precepto, equiparable con el mandamiento del amor en la forma de *amarás* o *has de amar*: *te apenarás* o *has de apenarte*.

Presento a continuación cuatro momentos en el desarrollo de la pena. Son cuatro momentos asociados a un tipo de pena específico que Kierkegaard describe en diferentes textos y cuyo hilo conductor es el consuelo; podría quedar resumido en la siguiente bienaventuranza: «Dichosos los que lloran, porque serán consolados».

1. *Sobre la sanación de encontrarse con las damas de la pena*[1]

Kierkegaard, filósofo del amor, en el primer libro que marca el punto de partida de su obra como autor, *O lo uno o lo otro*, indudablemente reflexiona sobre este eterno tema. Uno de los modos sencillos de acercarse a este libro es pensando que iniciamos un viaje. Partimos de la mano del amor, en este caso, del amor en su faceta erótico-sensual, y a través de los sentidos y del arte hacemos camino hacia el interior de una persona, el interior de cada uno de nosotros. Se trata así de la travesía de la búsqueda del tiempo interior y de la verdad que encierra la estética. Esta ruta de introspección tiene una doble vertiente, como su nombre indica: desde luego que llama al despertamiento de la interioridad personal de cada lector, pero, sobre todo, en este caso concreto nos invita a asomarnos a la corrala seductora del amor, a inspeccionar, y al mismo tiempo a sentirnos convocados por la ex-

1. La pena reflexiva se desarrolla principalmente en el volumen I de Søren Kierkegaard, *O lo uno o lo otro*, Trotta, Madrid 2006.

periencia de otras vidas humanas, a convertirnos en una audiencia conmovida por la interioridad que comparten unas mujeres. El foco principal ilumina el escenario de unas damas del imaginario occidental, gracias a las cuales podemos aprender a ver y a vernos de otro modo, a escuchar y a escucharnos de otro modo.

Kierkegaard sabe bien que el arte y la literatura son un motor humano que agudiza nuestros sentidos y provoca nuestros sentimientos. Desde la antigua Grecia, la belleza y la armonía de la forma, junto con la catarsis de la tragedia, han contribuido a la fundamentación estético-religiosa de lo humano. En nuestro recorrido, a propósito de lo erótico-sensual cualificado espiritualmente, Kierkegaard va a presentarnos varios personajes de la música y de la literatura universales. Lo que a simple vista parece consistir en que nos fijemos en unos caballeros y las aventuras y desventuras de sus amoríos –como es el caso de Don Juan y Fausto– resulta ser más bien un deslumbrante ornamento. La travesía al interior queda trasvasada a otros derroteros, si no dirigimos nuestro ejercicio introspectivo hacia las aparentemente eclipsadas damas. Ellas, las Antígonas, Elviras o Margaritas, son las elegidas para iniciarnos en hacernos más humanos mediante un hondo sentimiento que todas ellas comparten: la pena. Ni trivialicemos ni entronicemos la pena; y tengamos presente que no se trata de cualquier pena, sino de aquella que puede brotar a raíz de un amor frustrado.

La objeción típica a Kierkegaard resuena ya: ¡la pena! Una vez más nos encontramos con algo que parece situarse en las antípodas de la alegría, el placer y la dicha. Y ¿por qué la pena, si estamos hablando del amor, de lo erótico-sensual, de la belleza? ¿Por qué demonios

escoge Kierkegaard la pena y no la alegría, el gozo y el placer del amor erótico? Porque alegría, gozo y placer del amor erótico son estéticamente conmensurables con lo externo y encuentran su expresión artística esencial en la belleza y la sublimidad de la forma. Su elemento esencial es el espacio, lo visible y palpable; de ahí que la pintura y la escultura sean su arte por excelencia. Pero lo que Kierkegaard propone, por la vía de la percepción sensorial y la estética, es llegar a la verdad, no ya a la belleza; y no porque lo bello y lo sublime no sean humanamente muy relevantes, sino porque este viaje se enmarca dentro del horizonte de la verdad, y ello también incluye verdad estética[2].

Recordemos que este camino nos invita a indagar la interioridad, el tiempo interior, cuyo elemento esencial es, pues, precisamente el tiempo, no el espacio, y cuya expresión artística esencial –la música y la literatura– se mueve en la esfera de lo audible, que es el órgano del espíritu por excelencia. Por una parte, la estética de lo audible indecible en el efervescente despertar de lo erótico sensual cualificado espiritualmente, como es el caso de su eminente expresión en el Don Juan de Mozart; por otra, la estética de lo decible invisible, como es el caso de las siluetas de nuestras eclipsadas damas. Eclipses, siluetas: terminología utilizada por Kierkegaard, en parte para sugerir su procedencia de las sombras de la vida y en parte para subrayar la dificultad de identificarla; siluetas que evocan el escenario interior espiritual de estas mujeres. La ruta está laberínticamente dispuesta de manera que

2. El autor acude al *Laocoonte* de G. E. Lessing para los límites de la pintura y la poesía.

los sentidos de la escucha y el habla se relacionan en sus propios límites; de ahí que justamente lo inmediato erótico sensual encuentre su elemento esencial en lo audible indecible, es decir, en la música, y en cambio lo decible cuyo elemento esencial es el lenguaje sea precisamente la descripción no de lo exterior, sino de lo externamente invisible, apenas siluetas; es decir, la descripción de lo interior no conmensurable con lo exterior.

Para todo este complejo y desafiante ejercicio, Kierkegaard encuentra una valiosa aliada en una tipología especial de pena: la pena reflexiva que viene asociada a la vivencia de un primer amor, a la pérdida de la amada o del amado por un amor frustrado. Todas las damas que Kierkegaard describe han experimentado el primer amor erótico no como algo numérico, sino como amor original y verdadero. Todas ellas han sufrido un engaño. La vivencia de este amor les ha llevado a encontrarse consigo mismas de otro modo, han conocido su sensualidad, su corporalidad, su individualidad, la entrega de sí mismas de otro modo. De esta manera, el engaño no es un simple factor externo, sino que implica la totalidad de la vida de un ser humano, el núcleo íntimo de su vida. Y en palabras del propio Kierkegaard, «para el amor, un engaño es una paradoja absoluta y en ello radica la necesidad de una pena reflexiva, porque el engaño es una paradoja que el amor no puede pensar y que, sin embargo, va a pensar»[3].

Esta pena reflexiva no es la pena que tantas veces percibimos rápidamente en el encuentro con otra persona, no reposa en ninguna determinación externa concreta.

3. *O lo uno o lo otro*, 195.

Este tipo de pena yace sumergida, se refugia y se encierra en el interior de una persona, deambula en el desasosiego de la reflexión sobre el engaño acaecido, ocultándose, y lo suyo es que el rostro no permita presentir nada, ni lo más mínimo de dicha pena. «Y en verdad la pena se desliza tan secretamente por el mundo que solo aquel que tiene simpatía por ella, solo a él, le es dado presentirla»[4].

Ahora bien, podríamos pensar en otras penas reflexivas que no necesariamente conciernen a la vida interior de una persona. Imaginemos la personalidad de un individuo extremadamente reflexivo, que tiende a transformar toda contingencia que le produzca pena en pena reflexiva. Este tipo de pena, además de encerrar cierta morbidez, puede anunciarse en lo exterior, al estar sujeto al vaivén de la contingencias de la vida que puedan producirla. Por este motivo, no nos es útil en nuestro viaje hacia la interioridad desde categorías estéticas; ello no excluye que sea interesantísimo, por ejemplo, desde el punto de vista psicológico.

La relevancia de la reflexión estética y la posibilidad de hablar de verdad estética en la obra de Kierkegaard quedan manifiestas, y el gozne que lo hace posible es la pena reflexiva que aprendemos de unas mujeres, individuos singulares[5]. No solo a lo religioso le corresponde el consuelo y la edificación; lo estético comparte esta posibilidad y Kierkegaard la defiende siendo crítico con el modo en que la época moderna ha encumbrado el concepto de individuo. Según él, la época moderna

4. *Ibid.*, 191.
5. Cf. Discurso I, nota 1.

ha extirpado al individuo de todos sus determinantes sustanciales, ha transubstanciado todo el elemento fortuito de una persona –su época, su tierra, su familia, su nación, etc.–, lo ha transubstanciado en el individuo y la subjetividad como sujeto aislado, lo cual no es sino afirmar un individuo, afirmarse uno mismo en tanto que número. Y el aislamiento del individuo, el aislamiento de la subjetividad, lejos de brotar de la interioridad de una pena reflexiva (idea que probablemente algún lector haya entretenido), precisamente consiste en esto, es decir, en afirmarse uno mismo en tanto que número, en querer afirmarse en tanto que uno. Kierkegaard observa que lo que se consigue de este modo es que el individuo sea automáticamente responsable de su vida, lo cual no lleva sino a una responsabilidad invertida y también a un malentendido en lo que propiamente es la naturaleza de la pena como categoría estética y, en general, la naturaleza de lo trágico. Esta inversión afecta específicamente a la noción de culpa trágica, una categoría estética que la época moderna ha convertido violentamente en categoría ética. Cuando una época pierde el elemento trágico y lo invierte, crece en desesperación –afirma Kierkegaard–, pues en lo trágico está implícita una pena y una sanación que nos hace más humanos.

Kierkegaard rescata la benignidad, infinita benignidad, que contiene ser interpelado por lo trágico, entendido estéticamente, en humana conmiseración ante lo fatídico acontecido. Lo trágico, estéticamente, es a la vida humana lo que la gracia divina y la compasión; es incluso más suave, dirá Kierkegaard, y por ello tan benigno como el amor maternal que consuela al atribulado.

2. *Sobre el deber de apenarse y el deber de amar*

Varios años después de *O lo uno o lo otro*, Kierkegaard publica una serie de meditaciones, una vez más, sobre el amor, con el título de *Las obras del amor*. En ellas también habla de la pena y de la distancia radical entre la categoría «pena» y la categoría «desesperación». En cierto momento, cuando el autor delibera sobre el precepto cristiano de amar, apenarse llega a alcanzar la relevancia del mandamiento del amor; es decir, mi deber de apenarme, tu deber de apenarte, ocupará, en su caso apropiado, no solo el lugar de lo verdadero, sino también el lugar de lo bello. En definitiva, será verdadero y bello haberte afligido, haberte apenado. Kierkegaard describe esta situación en el contexto de un amor frustrado similar al de las damas de la pena, un amor frustrado por la pérdida del amado o de la amada. En lugar de parafrasear las palabras de Kierkegaard, permitamos que *Las obras del amor* nos hablen con toda franqueza:

> El amor inmediato puede conocer la desgracia y caer en la desesperación. Podría parecer que el hecho de que tenga la fuerza de la desesperación es un síntoma de la fortaleza de ese amor, pero esto no es más que una apariencia de fortaleza; pues la fuerza de la desesperación, por mucho que se la ensalce, no es más que impotencia y su victoria constituye a la par su ruina. El hecho de que el amor inmediato pueda llegar hasta la desesperación demuestra que es un amor desesperado y que, incluso cuando es dichoso, ama con las fuerzas de la desesperación, amando a otro hombre «más que a uno mismo, más que al mismo Dios». De la desesperación se puede afirmar: solamente el desesperado es capaz de desesperar. Cuando el amor inmediato se desespera de una desgracia, entonces no hace sino quedar al descubierto que *ya estaba* desesperado, que en su dicha también había sido desesperado. La desesperación radica en el hecho de relacionarse con otro individuo o cosa con una pasión infinita; porque el hombre, si no está desesperado, solamente puede entregarse con una pasión infinita a lo que es eterno. De esta manera el amor inmediato está desesperado, y si confiesa conocer la dicha es porque su desesperación se le oculta. Por eso, al hacerse desgraciado, queda al descubierto que estaba desesperado. En cambio, el amor que, convirtiéndose en deber, se sometió a la transformación de la eternidad es un amor que jamás puede desesperar, precisamente porque no *está* desesperado. Concretamente, la desesperación no es algo que pueda acontecerle al hombre como un suceso más, por ejemplo, la dicha o la desdicha. No, la desesperación es una alteración en su más profunda esencia. Tan abajo y tan profundo no puede deslizarse ningún destino ni suceso; estos solamente son capaces de dejar al descubierto que la alteración *estaba* allí. Por esta razón, la única seguridad contra la desesperación consiste en someterse a la transformación de la eternidad, recurriendo al «debes» del deber. Cualquiera que no se someta a esta transformación *está* desesperado. La dicha y el éxito pueden ocultárselo; en cambio, la desgracia y las adversidades no son las que, según su opinión, le hacen desesperar, sino que solamente descubren que ya estaba desesperado. Hablar de otro modo no es más que confundir superficialmente los más altos conceptos. No es la desdicha la que realmente hace a un hombre desesperado, sino que la causa está en que le falte lo eterno. La desesperación es que le falte a uno lo eterno. La desesperación radica en el hecho de no haberse sometido a la transformación de la eternidad, recurriendo al «debes» del deber. Por lo tanto, la desesperación no consiste en la pérdida del amado –esto no es más que una desgracia, dolor o sufrimiento–, sino en la carencia de lo eterno.
>
> Veamos ahora cómo el amor del mandamiento está asegurado contra la desesperación. La cosa no puede ser más sencilla: mediante ese «tú debes amar». Porque en ello se contiene,

sobre todo, la exigencia de que no has de amar de tal manera que la pérdida del amado ponga al descubierto que ya estabas desesperado, es decir, que no debes amar de una manera desesperada. ¿Se prohíbe con ello amar? De ningún modo. ¡Estaría bueno que el mandamiento que nos dice «debéis amar» nos prohibiera imperativamente el que amásemos! Por tanto, el mandamiento prohíbe solamente amar de una manera que no sea la encomendada; esencialmente, el mandamiento no es prohibitivo, sino preceptivo: «Tú debes amar». Por tanto, el mandamiento del amor no asegura contra la desesperación recurriendo a débiles y tibios motivos consoladores, por ejemplo: «que no hay que tomar las cosas tan a pecho». ¿Semejante sabiduría lamentable, «que intenta ignorar las lágrimas en todo caso», no supondrá una desesperación mayor que la desesperación del amante? ¿No se tratará de una especie aún peor de desesperación? Desde luego, el mandamiento del amor, al encomendar que se ame, está prohibiendo la desesperación. Esta audacia solamente la puede tener la eternidad. ¿Quién sería capaz, fuera de la eternidad, de pronunciar legítimamente este «debes» que, precisamente en el instante en que el amor está a punto de desesperar en virtud de su desgracia, prescribe amar? ¿Qué otro hogar podría tener este mandato si no es el de la eternidad? Pues cuando en la temporalidad resulta ya imposible poseer al amado, entonces la eternidad afirma: «Amarás», y de esta manera la eternidad salva al amor de la desesperación, precisamente al tornarlo eterno. Cuando la muerte separa a los que se aman y la desesperación está a punto de hacer presa en el que queda, ¿quién o qué cosa le ayudará? La ayuda temporal no será sino una especie de desesperación todavía más triste. Entonces solo ayuda, y bien, la eternidad. Al decir: «Amarás», te está afirmando con ello «que tu amor tiene una validez eterna». Pero no te lo dice consolando, pues así no serviría de ayuda, sino que te lo dice encomendando, cabalmente, porque el peligro está al acecho. Y al decir la eternidad: «Amarás», es cuenta suya garantizar que

sea realizable. ¡Qué poco significan todos los demás consuelos en comparación con el de la eternidad! ¿De qué serviría toda otra cura del alma en comparación con la de la eternidad? Por grande que fuese la suavidad de sus palabras, diciendo: «Consuélate», el afligido tendría a mano una multitud de objeciones. Pero la eternidad –no porque soberbiamente no quiera tolerar ninguna objeción, sino por cuidar del afligido– le encomienda: «Ama». ¡Estas sí que son admirables palabras de consuelo y admirable compasión! Todo discurso humano sería una desfachatez, casi como una broma, tratando de decir al desesperado que *tenía que* hacer aquello que él más deseaba, y cuya imposibilidad le había hecho caer en la desesperación. ¿Hay todavía necesidad de una prueba que nos demuestre el origen divino del mandamiento del amor? ¿Has intentado alguna vez acercarte a un afligido semejante, a quien la pérdida del amado está destrozando? ¡Inténtalo! ¡Piensa qué se te ocurriría decirle! Desde luego que querrías consolarlo. Pero ¿no es verdad que lo único que no se te ocurriría decirle es eso de «Tú debes amar»? Y por otra parte –haz la prueba–, ¿no sería algo que, desde el primer momento en que fuera dicho, casi llenaría de irritación al afligido, porque ninguna otra afirmación parecería más inoportuna en tal ocasión? Y así tú, que acabas de hacer este serio experimento..., tú, que en el momento más pesado descubriste lo vacíos y repelentes que son todos los fundamentos del consuelo humano –pero sin ningún consuelo–, tú que descubriste que ni siquiera la advertencia exhortativa de la eternidad podía librarte de caer, ¡habrás aprendido a estimar este «debes» que salva de la desesperación! Quizá en otras ocasiones, no tan decisivas, verificaste muchas veces que la auténtica edificación consiste en que se hable con rigor, mas en esta ocasión conseguiste aprender en el sentido más profundo que solo este «debes» salva dichosamente, por toda la eternidad, de la desesperación. Digo: «dichosamente por toda la eternidad»; sí, pues solamente queda liberado de la desesperación aquel que lo está *eternamente*. El amor que,

convirtiéndose en deber, se sometió a la transformación de la eternidad, no queda liberado de la desgracia, sino salvado de la desesperación, salvado por igual en el tiempo de la dicha como en el tiempo de la desgracia.

¡Mira!, la pasión enciende y la sabiduría terrestre enfría; pero ni aquel encendimiento ni esta frialdad, ni tampoco todas las mezcolanzas de ambos, serían capaces de producir el aire puro de lo eterno. En aquel encendimiento hay algo sofocante, y en esta frialdad algo desabrido, y en las mezcolanzas algo confuso, o una cierta insidia como en el peligroso tiempo de la primavera. Mas este «tú debes amar» volatiliza todas las miasmas y asegura la salud por toda la eternidad. Y lo mismo acontece en todas las demás regiones; este «debes» de la eternidad es lo salvador, lo purificador y lo ennoblecedor. Siéntate, por ejemplo, junto a uno que esté profundamente afligido. Esto puede aliviarle unos instantes, si tienes por tu parte la habilidad de conferir a la pasión una expresión desesperada, tan desesperada que ni el mismo afligido la supiese; pero esto es, aun así, lo falso. También podrás apaciguarle por unos instantes, si poseyendo la sabiduría y la experiencia terrestres le vas abriendo diversas perspectivas provisionales, allí donde el afligido no divisaba ninguna; pero esto es lo falso. En cambio, el «tú debes afligirte» es tanto lo verdadero como lo bello en este caso. Porque no tengo derecho a insolentarme contra los dolores de la vida, puesto que *he de* afligirme; es decir, que tampoco tengo derecho a desesperarme, pues *he de* afligirme; ni tampoco tengo derecho para cesar de afligirme, puesto que *he de* afligirme. Y esto mismo es lo que sucede con el amor. No tienes derecho a endurecerte contra este sentimiento, puesto que tú *debes* amar; tampoco tienes derecho a amar desesperadamente, pues *has de* amar; ni tampoco tienes derecho a malbaratar este sentimiento en ti, pues tú *debes* amar. Debes preservar el amor y debes preservarte a ti mismo, y preservándote a ti mismo preservar el amor. El mandamiento frena allí donde lo meramente humano quiere desbocarse; el

mandamiento fortalece allí donde lo meramente humano está a punto de desanimarse; el mandamiento reinflama y confiere sabiduría allí donde lo meramente humano se queda cansado y precavido. El mandamiento consume y devora lo que hay de malsano en tu amor, pero gracias al precepto podrás reavivar la llama nuevamente cuando, hablando en términos humanos, estaba a punto de agotarse. Cuando pienses que no necesitas consejos de nadie, que te bastas a ti mismo, pide consejo al mandamiento; cuando desesperadamente te encierres en ti mismo, sal a pedir consejo al mandamiento; y cuando no veas ninguna salida, entonces el mandamiento te tomará de su mano para que todo se arregle[6].

Si en el primer epígrafe se ha desarrollado la noción de pena o aflicción bajo categorías estéticas, es natural pensar que en el presente texto Kierkegaard adopta otro punto de vista, ya no estético, aunque nos hable de la belleza que reside en el cumplimiento del deber de apenarse o afligirse. Como acabamos de leer, «me apenaré» o «me afligiré» será, para el caso concreto que describe, lo bello y además también lo verdadero. Echando quizás en falta que el texto no incluya la cualificación de bueno, ya que es lo bueno lo que propiamente se asocia con la esfera de lo ético-moral, el discurso adquiere el rango de ético al dirigir nuestra atención hacia el deber. Ahora bien, lo ético del deber en este contexto requiere que se lo enmarque dentro del horizonte de unas meditaciones cristianas. No se trata de que ahora establezcamos la diferencia entre las múltiples éticas y la ética cristiana. Es decir, no se trata de distinguir entre una ética político-social de corte

6. *Las obras del amor*, I, II, 1. Traducción de la editora, teniendo en cuenta las versiones españolas de Demetrio Rivero (Guadarrama, Madrid 1965) y María Victoria Alonso (Sígueme, Salamanca 2006).

aristotélico o una ética del imperativo del deber de corte kantiano (por citar dos clásicos paradigmas de la ética) y la ética cristiana. Simplemente, debemos tener presente que el mandamiento al que el texto se refiere no es cualquier regla, orden o mandato. El mandamiento del amor es el encomendamiento de la realización de algo ya previamente recibido en abundancia, de algo con lo que ya contamos. De ahí que el texto mencione que es por cuenta de la eternidad que quede garantizado que el mandamiento sea realizable; o, atendiendo a las últimas palabras del fragmento, será el mandamiento quien te guíe cuando te encierres en ti y cuando no veas ninguna salida posible a tu situación vital desesperada. En esta misma línea, téngase presente también el prólogo al Discurso III de la presente edición, donde Kierkegaard resume su idea de humanidad y de la igualdad humana: «cristianamente, todo ser humano, incondicionalmente cada ser humano, repito, incondicionalmente cada ser humano, es igualmente próximo a Dios –¿en qué medida próximo e igualmente próximo?–, es amado por Él». «Te apenarás», «amarás», porque has sido, estás siendo y serás amado.

3. *Sobre una única pena y cómo aprender a apenarnos de esa única pena. La kénosis del llanto y la pena como enfermedad para la vida*[7]

Hemos leído el Discurso I titulado *La pecadora*, un discurso sobre un fragmento bíblico acerca de una mujer, una mujer pecadora. A la pecadora, por mucho que

7. La pena incondicional por el propio pecado se desarrolla principalmente en el Discurso I del presente libro.

nos suene contradictorio, podríamos llamarla dama; sí, la pecadora es también una dama, desde luego que de la pena. Hasta aquí todo puede encajar. No nos inquieta que una pecadora esté asociada al pecado, por supuesto; y que tenga pena de su propio pecado, quizá tampoco. Pero que una fulana sea maestra de amor, ¿no te escandaliza? Que una perdida sea ejemplo de vida, ¿no te escandaliza? Que una desviada sea nuestra guía, a quien hemos de seguir para hallar la verdadera alegría, ¿no te escandaliza? Que la carnal sensualidad de las lágrimas de su rostro que se derraman sobre la piel descalza de Él, y los perfumes que con sus manos ungen esos pies desnudos, y los frondosos cabellos arrastrados que los cubren y los secan una y otra vez, ofrezcan la imagen del prototipo de confesión religiosa, el prototipo de cómo acercarse al altar a comulgar, ¿no te escandaliza?

Una vez más, la mujer en la obra de Kierkegaard es maestra de vida, incluso cuando su vida es ¡la de una mujer pública, la de una indigna! Y, sin embargo, es ejemplar: ella ha amado mucho. Hemos visto en tantas ocasiones al deprimido en amores, al desafortunado emprendedor, al derrumbado luchador, al abatido y apesadumbrado por la vida, al aniquilado por el pecado... Todos ellos nos han podido conmover mucho más fácilmente que aquella persona que tenía pena incondicional sobre una sola cosa, su pecado, aquella que tuvo la desfachatez de incordiar en un banquete y de derrochar extractos de preciadas esencias.

Esta mujer pecadora es ejemplar: es maestra de amor. Esta mujer, mediante la recta pena del propio pecado, sin ser capaz de hacer nada, nos muestra cómo amar a Dios sobre todas las cosas. Con su pena, ama dejándose amar.

Esta mujer es ejemplar: es maestra de libertad. La libertad que confiere tener pena incondicional del pecado propio es esa libertad que le hace a uno libre respecto de toda la multitud de preocupaciones de la vida, que hace posible llevarlas con mayor ligereza, al volverse todo lo demás indiferente, irrelevante. No obstante, esta libertad, que es la bendición asociada a esta pena, es el síntoma característico de una enfermedad. Es la libertad que encierra la enfermedad consistente en tener incondicionalmente una sola pena de lo único incondicionalmente importante. ¡Paradójica enfermedad que precisamente es para vida!

Ella es ejemplar: es maestra de humildad. No poder hacer nada, saberse absolutamente impotente ante Dios respecto de hallar el perdón. Esta única pena del pecado propio nos sitúa cara a cara con nuestra impotencia ante lo único incondicionalmente importante. Esta pena por el propio pecado nos muestra a su vez quién es el que todo lo puede, el omnipotente.

Ella es ejemplar: es maestra de la pureza de corazón. Pureza de corazón es querer una sola cosa[8]. Ella se vacía para recibir al Salvador. Así la describe Kierkegaard: indiferente ante todo lo demás excepto a hallar el perdón, y consciente de ser incapaz por sí misma de absolutamente nada, llora, calla y llora, y yace llorando tirada, enjugando con lágrimas los pies de la única persona sobre quien ella comprende del todo que es incondicionalmente e in-

8. Santiago 4, 8. Cf. el discurso de Kierkegaard acerca de este versículo sobre pureza de corazón en *Opbyggelige Taler i forskellig Aand* (Discursos edificantes en diversos espíritus). Esta obra no ha sido traducida al español, excepto la oración inicial del discurso, que aparece en «A propósito de una confesión», en *La filosofía y el bien: agradecimientos a Miguel García-Baró*, I, 3, Apeiron, Madrid 2018.

finitamente capaz de absolutamente todo. Calla y llora, benditas lágrimas –que en el llorar también se halla la bendición del olvido–. La kénosis del llanto de su única pena es la expresión del completo olvido de sí, como el hijo enfermo en el seno de su madre, ella como hija enferma en Cristo maternal.

Ella es ejemplar: nos acerca a la oración para rogar que aprendamos a tener recta pena de nuestros pecados. En el Discurso I, Kierkegaard nos recuerda que en el día santo se hace necesario rogar en la oración de inicio de la eucaristía para que aprendamos a apenarnos de nuestros pecados. Dichoso aquel que encuentra la verdadera pena de su pecado –exclama–, de tal manera que todo lo demás le resulte indiferente, excepto el hecho de que la indiferencia es la expresión negativa de la confirmación de que hay solamente una cosa que le es incondicionalmente importante. De modo que el hecho de que todo lo demás le sea incondicionalmente indiferente no es una enfermedad para muerte, sino precisamente para vida. Le va la vida en ello, en que una sola cosa le es incondicionalmente importante, a saber: hallar el perdón.

Ella es ejemplar: es maestra de confesión. La verdadera pena del propio pecado la conduce a manifestarse, a confesarse. Una confesión como la de la pecadora implica amar mucho. Y no solamente amar mucho, pues –como hemos podido leer en el Discurso II– Kierkegaard mantiene que una confesión perfectamente honesta, profunda, en todo verdadera, completamente implacable, como la de la pecadora, es amor perfecto.

Ella es ejemplar: es maestra de dicha. Acude a la mesa del banquete con pena, regresa a casa con alegría. La

pecadora es bienaventurada. Sus muchos pecados le son perdonados, porque ella ha amado mucho a Cristo.

Ella es ejemplar: es una imagen eterna. Ella hace verdadero el perdón de los pecados, algo que Cristo adquirió para nosotros. Dice Kierkegaard en el Discurso II que así es como esta mujer es una imagen eterna: con su amor se hizo, por decirlo de algún modo, indispensable al Salvador.

4. *La pena temerosa de Dios*[9]

Al comienzo del Discurso I, Kierkegaard habla sobre la mujer. Aunque luego se centre en la imagen específica de la mujer pecadora, y de lo que de ella podemos aprender –cuyas líneas básicas se han intentado recoger en el apartado anterior–, primero nos sitúa ante el papel de la mujer como maestra. Es posible que muchas personas no estén de acuerdo con la imagen de feminidad que presenta, y que incluso se sientan ofendidas por sus palabras; otras, sin embargo, quizá piensen que por fin se han puesto las cosas en su sitio. El tema de la identidad femenina y de su papel político-social está permanentemente sobre la mesa en la actualidad y somos conscientes de que suscita antagónicas y feroces reacciones.

Siguiendo con lo dicho en el prólogo, donde animábamos al lector a aventurarse a una lectura experimental, sugiero que, en lugar de fijarnos en lo que Kierkegaard enuncia por escrito y podemos citar atribuyéndoselo a él, prestemos atención al discurso, a cómo lo dice y dónde lo dice. Naturalmente, tener en cuenta el cómo y el contexto es indispensable para el acercamiento a cualquier obra, pero en el universo literario de Kierkegaard no solamente es importante, sino que resulta un elemento esencial, decisivo, debido a lo cual citar a este autor se convierte en una tarea harto compleja[10]. Y no me estoy refiriendo a la supuesta necesidad de conocer la biografía de un autor, sino al análisis de la estructura de su producción textual. Pues bien, el cómo y el contexto nos llevarán a ver que, aunque a primera vista no lo parezca, en este texto y para el lugar en el que se inserta, la mujer es preeminente. Kierkegaard elogia a la mujer, y no lo hace en cualquier ámbito marginal de la vida: la ensalza en la encrucijada de la plenitud de la existencia.

De una mujer se aprende la devoción, la piedad, la humilde fe en relación con lo extraordinario, no la fe incrédula, ni tampoco la fe dubitativa, sino la fe del creyente que se sabe servidor; se aprende la recta escucha de la Palabra, aunque no se comprendan las palabras; se aprende la custodia y meditación de la Palabra en el silencio del corazón; se aprende la serena, profunda pena temerosa de Dios que calla ante Dios; se aprende a no desesperar, a preocuparse por lo único necesario; se aprende seriedad e interioridad. Es posible que alguien deseara que esta aparente fragilidad del llamado sexo débil debiera transformarse en la supuesta mayor fortaleza del hombre; que la aparente falta de recursos femeninos se transformara en el despliegue de posibilidades con las que el hombre parece ayudarse a sí mismo; que la simpleza femenina de tener una sola cosa, de que su elemento sea uno, se transformara en ese abarcar mucho y

9. Cf. Discurso I y Discurso III del presente libro.

10. Cf. S. Kierkegaard, *Post Scriptum*, II, 1, 1, Sígueme, Salamanca 2011.

de todo que suele atribuirse a los hombres (muchos pensamientos, muchas ideas, muchas resoluciones, muchas intenciones, muchos deseos); que ese silencio de la mujer, y esa serena y humilde receptividad de la escucha se transformara en ser el escuchado; que las subordinadas pasiones y los sentimientos tan clásicamente atribuidos a las mujeres se trasformaran en la reivindicación del intelecto y de la supuesta templada prudencia objetiva asociada con el hombre. Si así fuera, Kierkegaard sospecha que correríamos el peligroso riesgo de sacrificar la seriedad y la interioridad que reclama lo eterno, de boicotearnos a nosotros mismos en nuestro crecimiento como seres humanos, de errar en la dirección hacia lo supremo de la vida, hacia una vida plenamente vivida. Pues todos esos atributos de la mujer que podrían simplificarse en un solo atributo, el silencio, son precisamente la vía de la piedad y la devoción verdaderas ante Dios.

Claramente, los tres discursos se encuadran en la determinación «ante Dios». ¿Y si su carácter edificante consistiera principalmente en exhortar al oyente a meditar –aunque nos manejemos con tópicos y cada época y cultura inevitablemente lo hace en su imaginario–, a meditar sobre lo deseable que reside en esto que podemos aprender de una mujer, lo deseable para todos por igual, pertenezca uno al género que sea? Si es así, entonces fijémonos en que de una mujer llamada María, nuestra Señora, aprendemos la pena. La pena, en esta ocasión, no es pena del propio pecado. María, no pecadora sino virgen, queda exenta del tratamiento de los temas sobre el propio pecado y de la pena por dicho pecado. Kierkegaard cuida mucho las numerosas menciones que a lo largo de su obra hace de María, madre

de Jesús, algunas de las cuales leyó en alto en la iglesia de Nuestra Señora de Copenhague. Si la pecadora habla directamente al que se sabe pecador o se reconoce como tal, y es maestra de la pena del propio pecado, la virgen María, que concibió y llevó en su seno a Dios, apela al que se sabe junto a Dios y es maestra de la pena temerosa de Dios.

El Discurso III apunta a una preocupación, una sola preocupación que quizá sea la que mejor ayude a que cada uno de nosotros logremos lo más alto. Esta preocupación la compara con la excesiva confianza y la despreocupada franqueza con la que uno se sabe llamado a estar cerca de Dios. Esta comparación de ningún modo desvirtúa la importancia de mantener una relación de confianza en Dios y de despreocupada franqueza que brota del camino de la verdad. Esta comparación tampoco desbanca relaciones tan esenciales como el ansia o anhelo de Dios, la dependencia de Dios, la esperanza en Dios, el amor a Dios. Y, sin embargo, el discurso nos hace reflexionar en que quizá lo más seguro para encontrar a Dios sea tener pena; tener pena como modo de lograr lo más alto, tener pena de Dios, afligirse por Dios[11].

Esta pena no es un sentimiento efímero, un estado de ánimo pasajero que se desvanece a medida que uno se aproxima a Dios. Este sentimiento, este estado de ánimo, la pena, ya contamos con ella; en principio no guarda mayor secreto, es un sentimiento humano. No parece que requiera ulterior meditación, pero nótese que en los discursos se viene poniendo la atención en que los sentimientos también se aprenden, y no son fáciles de aprender; no

11. Agradezco al Dr. Viñas haberme indicado esta pista.

obstante, resultan decisivos en nuestra relación con Dios. Nos apenamos, pero aprendemos a apenarnos rectamente. En la escuela de los sentimientos –y para la presente ocasión, en la escuela de la pena–, si antes escuchábamos de unas siluetas femeninas la infinita benignidad que la pena trágica, entendida estéticamente, encierra, y luego aprendíamos de otra mujer maestra la recta pena del propio pecado, ahora aprendemos de la madre de Dios la pena temerosa de Dios. Dice el edificante discurso que quizá esta pena es más profunda cuanto más cerca está uno de Dios, tal y como el así apenado está más temeroso de sí mismo cuanto más se acerca a Dios.

Es la madre, María, la de bello corazón, la maestra de esta serena, silenciosa, profunda pena temerosa de Dios que calla ante Dios. El silencio, elemento por excelencia atribuido a la mujer, expresado en el silencio de la pena, es una característica compartida por los cuatro momentos que en este epílogo se exponen sobre la pena. Pero ¿qué decir del silencio? Desde luego que no es algo tan sencillo como no hablar. Pues creer humildemente como María y decir «He aquí la esclava del Señor» es en realidad callar. También Abraham dijo una sola frase a su hijo cuando este le preguntó que dónde estaba el cordero para el holocausto: «Dios mismo se proveerá de res para el sacrificio, hijo mío»; pero sus palabras eran en realidad callar. Es silencio no del que no habla, sino del que no puede hablar[12]. En el límite del lenguaje humano, María asiente y una espada le atraviesa el alma; no comprende y en silencio oculta la palabra en su

12. Cf. Problema I y III en S. Kierkegaard, *Temor y temblor*, Alianza, Madrid 2001. Sobre el silencio o aprender a callar, cf. también *Los lirios del campo y las aves del cielo*, Trotta, Madrid 2007.

piadoso y bello corazón, donde la conserva meditándola; no desespera, calla ante Dios con serena, silenciosa, profunda pena temerosa de Dios.

Así de cerca reside la llena de gracia junto al que fue uno con su carne, junto al que alimentó en sus entrañas. Así también María, maestra de una pena que logra el encuentro tan íntimo con Dios, ofrece consuelo y alegría, aunque tal vez este consuelo y esta alegría no satisfagan el cielo que uno espera para una vida bien vivida, una vida en plenitud.

Al final del Discurso III leíamos que así como algo que edifica es siempre terrible al principio, y así como el amor verdadero está siempre inquieto al principio, y así como el amor a Dios es siempre pena al principio, de manera similar lo que parece perturbador no es siempre perturbador, lo verdaderamente aquietador es siempre inquietante al principio. En este sentido, permítaseme citar extensamente una última consideración sobre el consuelo y la alegría que aparece en *Las obras del amor* (parte I, II.3):

> El Cielo no meramente se alegra –y más que pueda hacerlo ningún poeta– con el alegre, ni solo se aflige con el afligido; no, el cielo tiene preparada para el afligido una alegría nueva y más beatífica. De esta manera el cristianismo siempre nos trae consuelo, y su consuelo se distingue de toda consolación humana, pues esta siempre quiere ser a sabiendas una compensación por la pérdida de la alegría, mientras que el consuelo cristiano *es la alegría.* Hablando humanamente, la consolación es una invención tardía. Primero llegaron el sufrimiento, el dolor y la pérdida de la alegría, y así, después –¡ay, muy tardíamente!– fueron los hombres descubriendo las huellas del consuelo. Y lo mismo puede afirmarse acerca de la vida de cada individuo particular. Primero acaece el sufri-

miento y el dolor y la pérdida de la alegría, y así, después –¡ay, a veces mucho después!– llega el consuelo. Mas sobre el consuelo cristiano jamás se podrá afirmar que llega después, ya que, siendo el consuelo de la eternidad, es más antiguo que toda la alegría temporal; tan pronto como llega este consuelo, ya saca la delantera de lo que es eterno y como que absorbe de una vez el dolor, pues el dolor y la pérdida de la alegría son lo momentáneo –aunque este momento dure años–, lo momentáneo que queda ahogado en lo eterno. La consolación cristiana no es tampoco una compensación por la pérdida de la alegría, puesto que ella es la alegría misma; toda otra alegría comparada con la consolación del cristianismo no es en definitiva más que desconsuelo. Sin embargo, la vida del hombre sobre la tierra no ha sido ni es, desgraciadamente, tan perfecta como para que la alegría de la eternidad se le pueda anunciar como alegría; fue por su culpa como lo malbarató y lo está malbaratando. A esto se debe que la alegría de la eternidad solamente le pueda ser anunciada como consuelo. De la misma manera que los ojos humanos no toleran enfrentarse a la luz del sol sino a través de cristales ahumados, así tampoco puede tolerar ningún hombre enfrentarse con la alegría de la eternidad si no es a través de esa cierta penumbra que consiste en que se le anuncie como consuelo.

Por lo tanto, sea cual fuere tu suerte en el amor y en la amistad, cualquiera que haya sido tu carencia, tu pérdida y tus desconsuelos en confidencia con el poeta, no te apures en demasía, todavía te resta lo supremo: ¡ama al prójimo! Al prójimo, según quedó expuesto, lo puedes encontrar con toda facilidad, lo puedes encontrar absolutamente siempre, y nunca lo puedes perder; ya que el ser querido puede tratarte de tal modo que haya que darlo por perdido, y tú puedes perder a un amigo, pero es imposible que pierdas al prójimo, por mucho que te maltrate. Es cierto que, por tu parte y a pesar de todo, puedes seguir amando al ser querido y al amigo, mas no puedes seguir llamándolos de verdad el amado y el amigo, pues de verdad,

desgraciadamente, se han transmutado. Por el contrario, ninguna mutación es capaz de arrebatarte al prójimo, puesto que no es él quien se aferra a ti, sino que es tu amor el que tiene firmemente agarrado al prójimo. Por eso, si tu amor al prójimo no sufre ninguna transmutación, entonces tampoco habrá ningún cambio capaz de sustraerte la existencia del prójimo. Ni la muerte puede arrebatártelo, pues si te quita uno, enseguida la vida se encarga de darte otro. La muerte puede arrebatarte un amigo, porque amando al amigo no eres más que una sola cosa con el amigo; pero amando al prójimo, formas equipo con Dios, y así la muerte es incapaz de arrebatarte al prójimo. Por eso, no te apures en demasía si lo has perdido todo en el amor y en la amistad, si nunca poseíste nada de esta dicha; levanta a pesar de todo tu ánimo: ¡todavía te resta lo mejor en el amor del prójimo![13]

13. Cf. S. Kierkegaard, *Las obras del amor*, I, II, 3. Traducción de la editora teniendo en cuenta las versiones españolas de Demetrio Rivero (Guadarrama, Madrid 1965) y María Victoria Alonso (Sígueme, Salamanca 2006).

S. Kierkegaard.

«Que una mujer sea presentada como maestra, como prototipo de la piedad, no puede sorprender a nadie que sepa que la piedad es, según su esencia, feminidad». De esta forma inicia el filósofo danés el primero de sus tres discursos sobre la mujer pecadora que se acerca a Jesús de Nazaret (Lc 7, 37-50).

Estos sermones edificantes convierten una experiencia religiosa y moral en diálogo filosófico de carácter socrático. Porque cuando Kierkegaard invita a sus oyentes y lectores a abordar una cuestión, en el fondo les está proponiendo ensayar y adoptar las actitudes propias del verdadero filosofar, la primera de las cuales es la escucha. Y es que solo quien es capaz de callar y hacer silencio interior podrá traspasar el umbral angosto que da acceso a la sabiduría.

En esta línea, la mujer protagonista de los tres discursos puede muy bien ser presentada como maestra y prototipo del filósofo, entre cuyas tareas principales están luchar sin tregua para liberarse de la angustia y alcanzar el consuelo, trabajar para desterrar la tristeza que brota del sufrimiento y el mal, y dejarse poseer por esa misteriosa alegría que no solo le precede, sino que le apremia a participar en la fiesta del amor desbordante, sentido último de la vida.

Søren Kierkegaard (1813-1854) fue uno de los más geniales pensadores del siglo XIX. Unió existencia y filosofía con pasión crítica en busca de la verdad.

Nekane Legarreta es doctora en filosofía y especialista en el pensamiento del filósofo danés.

ISBN: 978-84-301 2034-5
PVP: 17,00 €
EDICIONES SÍGUEME